

MEMORIAS DE UN OFICIAL DE MARINA INGLÉS

AL SERVICIO DE CHILE

DURANTE LOS AÑOS DE 1821 - 1829

TRADUCCIÓN DE

J. T. MEDINA

BIBLIOTECA NACIONAL

COLLECTIO MEDINENSIS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

ESTADO, 63

1923

MEMORIAS DE UN OFICIAL
DE MARINA INGLÉS

MEMORIAS DE UN OFICIAL DE MARINA INGLÉS

AL SERVICIO DE CHILE

DURANTE LOS AÑOS DE 1821 - 1829

TRADUCCIÓN DE

J. T. MEDINA

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

ESTADO, 63

1923

¿QUIÉN FUÉ EL AUTOR DE ESTE LIBRO?

EN los últimos meses de 1831 veía la luz pública en Londres una obra en tres tomos en 12.º, intitulada *Campaigns and cruises in Venezuela and New Grenada, and in the Pacific Ocean; from 1817 to 1830: with the narrative of a march from the River Orinoco to San Buenaventura on the coast of Chocó; and Sketches of the West Coast of South America from the Gulf of California, to the Archipelago of Chiloé. Also Tales of Venezuela: illustrative of revolutionary men, manners and incidents*; y sospecho que la tirada debe haber sido muy reducida, porque ni Lowndes, en 1834, ni Bohn, en 1857, mencionaron el libro en el nutridísimo *Bibliographer's Manual*.

A referir esos últimos particulares están consagrados los tomos II y III, que, aunque tan bien escritos e hilvanados que se leen como la más entretenida de las novelas, no revisten, ni con mucho, la importancia del I, dedicado que está a referir los sucesos históricos de aquel interesantísimo período de las guerras de la Independencia en América.

En una Advertencia plena de modestia, el autor afirma que todo lo que relata le consta de propia información, y cuándo de ajena, de fuentes insospechables; y así sucede en efecto, salvo en contadísimos casos y de importancia relativamente muy secundaria, que no he de poner de relieve en lo que toca a Chile porque el lector medianamente instruído podrá salvar fácilmente, como por ejemplo, aquella anécdota relativa al obispo don José Ignacio Cienfuegos, a quien confunde con don Francisco José de Marán.

Si a tan honrado propósito se añade que el narrador era hombre acucioso y observador, tanto que, según se verá, junto con historiar sucesos militares y políticos de la más alta trascendencia, ha penetrado a fondo en nuestras costumbres nacionales de aquel tiempo, hasta hacerse eco de las tonadas favoritas del pueblo, ya se comprenderá la importancia que reviste para nosotros su obra. De ahí también, nuestro natural interés por descubrir quien la escribiera.

A gala tuvo el autor ocultar toda referencia a su nombre. Resulta de todo punto inútil repasar sus páginas para ver modo de descubrirle en alguna de las muchas incidencias en que le tocó figurar; digo mal, en una en que se nombra,—lo que comprobamos *a posteriori*,—la alusión que hace a su persona está de tal manera disimulada, que sería materia de adivinanza saber que de él se trata.

¿A qué se debió semejante ocultación? Imposible sería decirlo. Ni siquiera lograron averiguarlo sus contemporáneos. El traductor francés de la obra, al paso que observa que «cuando el libro se publicó en Londres, los órganos más acreditados de la prensa le tributaron, unánimemente, los más brillantes elogios», no pudieron adelantar una palabra respecto a quien fuera el autor. Ese mismo traductor, también anónimo, pero cuyo nombre han logrado descubrir los bibliógrafos,—Alphonse Viollet,—a pesar de que escribía en 1837. digamos, por consiguiente, apenas seis años después de haber aparecido el original inglés, tuvo que guardar silencio respecto a quien perteneciera la obra que divulgaba en Francia. Halkett y Laing ni siquiera pudieron hacer caudal del libro en su *Dictionary of the anonymous and pseudonymous of Great Britain*. Sabin, en Estados Unidos, en el tomo III de su *Dictionary of books, etc.* (n. 10193) citó el libro inglés, pero sin decir palabra acerca de quien fuera el autor; y apenas necesito decir que Blanco-Fombona en el prólogo que puso al frente de la traducción castellana de la obra inglesa, tomándola de la francesa, no adelantó en un punto la averiguación del anónimo, limitándose a expresar que si no firmó el autor inglés su libro ello debe atribuirse al escepticismo de que estaba dominado!

Diré, por último, que nuestro Barros Arana no recuerda tampoco en su *Catálogo de obras anónimas las Campaigns and Cruises, etc.*

Ensayaré por mi parte el ver modo de resolver este problema envuelto hasta ahora en el misterio, tomando por punto de partida algunos de los hechos en que el autor nos dice haber figurado, haciendo caso omiso de todos aquellos que atañen a su permanencia en el servicio de Venezuela, para concretarnos al tiempo que militó bajo las banderas de Chile.

Dícenos, pues, que hallándose en Guayaquil con licencia de Sucre, a cuyas órdenes había servido, para dirigirse a Europa, llegó allí Lord Cochrane al mando de la escuadra chilena y que habiendo recibido de él ofrecimiento de incorporarse a una de sus naves con el mismo grado que tenía en el ejército de Colombia, se embarcó a bordo de la *Independencia* el 16 de Noviembre de 1821: dato del mayor interés para descubrir su nombre, pero que viene a complicarse con la circunstancia de que en el mismo caso se vió el teniente G. Noyes; por fortuna, la duda de si podría atribuirse a éste la paternidad de la obra se mantiene por solo un instante, pues en nota cuida de advertirse que ese oficial falleció en Valparaíso en 1825. Queda, pues, así, como candidato al intento que buscamos uno solo de los dos oficiales que ingresaron a la escuadra allí en Guayaquil.

En términos más generales, se cuenta en el libro que su autor tomó parte en las excursiones a las costas de México y California, cuya relación ocupa todo el capítulo Primero de la obra; que se halló

en las dos expediciones a Chiloé, que cuenta también por extenso, y sin otros muchos particulares que sobran al intento que perseguimos, cómo había militado a las órdenes inmediatas de Freire cuando en 1823 se trasladó de Talcahuano a Valparaíso, a bordo de la *Independencia*.

Cuando esto sabemos, léase ahora el siguiente documento y júzgese si calza, diré así, en todo y por todo con esos antecedentes.

«Excmo. Señor Director Supremo.—Don Ricardo Longeville Vowel, capitán de tropa de la Marina de Chile, ante V. E. con el mayor respeto parezco y hago presente que por los certificados que tengo el honor de acompañar, firmados por los Jefes y Contadores con quienes he navegado (*sic*) consta que ha estado siempre de servicio actual en la dicha clase, desde Noviembre de 1821 hasta la fecha, durante que tiempo he presenciado las campañas de México y California y con los bloqueos de Chiloé, teniendo el honor de servir a bordo de *La Independencia* cuando vino V. E. de Talcahuano acá en 1823; en fin, en toda expedición. Pero el despacho que gozo, firmado por don Bernardo O'Higgins, se ha traspapelado en las oficinas, mientras estaba yo al mar, y por descuido del último comisario don Santiago Campino no se tomó razón en la Comisaría. Ahora, aunque dieciocho meses se me deben, no puedo gozar en el mes de gratificación, como los demás han reci-

bido, para poder mantenerme con la decencia necesaria a un oficial; por tanto, a V. E. suplico rendidamente se sirva renovar el dicho despacho, con la misma antigüedad. Que es justicia, etc.—Excmo. Señor.—*Ricardo Longeville Vowell.*» (1)

(1) He aquí ahora la resolución que a esa solicitud se dió en vista de los documentos que la acompañaban:

Valparaíso, Noviembre 5 de 1824.—Expídasele despacho de capitán de Infantería de Marina, con la antigüedad de el que expone habersele extraviado.—*Benavente.*

Cumplida con la fecha.

Certifico yo que don Ricardo Longeville Vowell ha servido a bordo de la *C. C. Independencia*, en clase de capitán de tropa desde el 13 de Noviembre de 1821, hasta su traslado a la *Lautaro* en el puerto de Talcahuano, el día 18 de Febrero de 1824; y que en todo este tiempo no se ha ausentado un día de su servicio, siempre presentándose a las revistas de comisario.—En el nombre de su difunto jefe don Guillermo Wilkinson. O' Higgins, y Octubre 1 | 824.

Cónstame que desde que fuí embarcado por orden superior en la corbeta expresada, encontré a bordo al mando de la guarnición al dicho capitán, y que en todo es conforme a lo relacionado. Fecha *ut supra*.—*Pablo Zorrilla.*

Es constante que el capitán de tropa don Ricardo Vowell se embarcó el 13 de Noviembre del año veinte y uno en la corbeta de guerra *Independencia*, continuando en ella sus servicios hasta que yo fuí transbordado a otro buque, que fué en Abril 23 de 823; y para que este le sirva, lo firmo a petición del interesado, en Valparaíso, y Octubre 2 de 824.—*Francisco Monroy.*

Visto Bueno.—*Guillermo E. Granville*, comandante segundo.

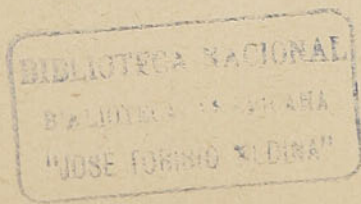
Visto Bueno.—*P. Délano.*

This is to certify that Cap. R. Vowell of the marine of this ship is discharged to the C. S. S. *Lautaro*, by order of the Commander in Chief of the Squadron, and is entitled to all pay and prize money due him up to this date for the said ship.

C. S. S. *Independencia*. Bay of Talcahuano F. de 18... (roto).—*Paul Délano*.—*Pablo Zorrilla.* (Archivo de Gobierno. Promociones, 1817 a 1826, número 193).

Resultaría inoficioso para quien haya de leer este libro que fuéramos comprobando tales datos uno por uno con citas de sus páginas. Y después de esto, sería llegado el momento de que consignáramos algunos antecedentes biográficos de Vowell, pero, como en el caso anterior, ellos resultan de su relato mismo, y en la parte de su carrera que precedió a su entrada al servicio de Chile de lo que cuenta en los catorce primeros capítulos del tomo I de su obra. fáciles de consultar hoy en día merced a la traducción castellana de esa parte que hizo don Luis de Terán y que se incorporó en la «Biblioteca Ayacucho». Limitémonos, pues, a decir que partió de Inglaterra en los comienzos de 1817, con el grado de oficial del Primer regimiento de Lanceros Venezolanos y que después de haber militado en Venezuela y Nueva Granada, en ocasiones con grave riesgo de su vida, y de soportar las terribles penurias anexas a aquellas duras campañas, durante cuatro años, arribó a Guayaquil,—se dijo ya—, con licencia de sus jefes para regresar a su patria, enfermo de un cruel reumatismo. Desde ese punto de su carrera comienza el relato que va a leerse en las páginas que siguen, que he traducido literalmente del idioma en que fué escrito, y sin más alteración en su forma externa que cambiar el título y la numeración de los capítulos.

J. T. MEDINA.



CAPÍTULO PRIMERO

Lord Cochrane y la Escuadra.—Entra el autor al servicio de Chile.—La Escuadra chilena se hace a la vela para Acapulco.—Islas de la Plata y Cocos.—Captura de un falucho pirata.—Golfo de Fonseca.—Volcanes en la costa de Tehuantepec.—*El Araucano* detenido en Acapulco.—Lord Cochrane penetra en la bahía.—Descripción de Acapulco.—*La Independencia* y el *Araucano* enviados a California.—Islas de las «Tres Marías».—Captura de un cañonero español.—Comisión para el Cabo Sanlúcar.—Desgraciada expedición en tierra.—Declaración de independencia en California del Sur.—Motín y pérdida del *Araucano*.—Guaymas, en el golfo de California.—Partida para Chile.—Llegada a Coquimbo.

San Martín, al igual de Bolívar, había derrotado también a los españoles, que mandaba el Virrey Laserna, y entrado a Lima. Los fuertes del Callao se habían rendido a las armas patriotas, y como ya no era necesaria allí la presencia de la escuadra chilena, Lord Cochrane resolvió salir en busca de las fragatas *Prueba* y *Venganza*, únicos restos de la escuadra española en el Pacífico, que habían ido a buscar refugio en la bahía de Acapulco. Sin embargo, como algunas de las naves que componían la escuadra, especialmente la *O'Higgins*, necesitaban

ser reparadas después del prolongado bloqueo del Callao y de la costa del Perú en general, Lord Cochrane estimó conveniente marchar desde luego a Guayaquil, donde seguramente hallaría carpinteros de ribera, y donde también había todo género de facilidades para varar un buque de cualquier tamaño, si fuese necesario.

Llegó allí en el mes de Septiembre con las fragatas *O'Higgins* y *Valdivia* (antes la *María Isabel*) y la *Esmeralda*, la corbeta *Independencia*, el bergantín *Araucano*, la goleta *Mercedes* y un gran buque de comercio, apresado, que se llamaba *Trinidad*. El Gobierno de Guayaquil recibió a Lord Cochrane con toda deferencia, ofreciéndole cuanta asistencia estuviera en su mano, y en el acto procedió a reparar la escuadra, a fin de salir en persecución del enemigo lo más pronto que pudiera. La *O'Higgins*, fragata antigua, construída de abeto, aunque de corte elegante y muy velera, tenía una molesta vía de agua, que era difícil remediar. Desembarcáronse todos sus cañones, provisiones y lastre, y se la varó cerca de la orilla enfrente de la Ciudad Vieja. Allí estuvo en seco dos veces al día por efecto de las mareas, sostenida por cables tendidos de sus maderos y afianzados en los árboles y casas de la orilla. Por este medio se carenaron sus costados, si bien fué imposible atinar exactamente con la vía de agua, que estaba en la costura de las tablas, cerca del timón, sin tumbarla, y como tal operación forzosa-mente había de demandar mucho tiempo, no que-

ría Lord Cochrane sufrir tanta demora. Tal fué el empeño que se gastó a bordo de todas las naves, que bien pronto se hallaron en estado de hacerse a la mar, partiendo luego en dirección a un pequeño río, llamado Balao, a intento de llenar de agua sus pipas.

Hallándome por este tiempo imposibilitado de seguir en el ejército, por causa de un fuerte ataque de reumatismo, que no había forma de curar en este clima, había obtenido ya de Sucre mi licencia para regresar a Europa. Sin embargo, en vista de que por estos días no se presentaba oportunidad alguna de lograr desde Guayaquil pasaje por el Cabo de Hornos, a no ser que me hubiera resuelto a tomarlo para Filadelfia, vía Cantón, a bordo del *Teaplant*, de la marina mercante norteamericana, como se me ofreció, obtuve de Lord Cochrane (1) el nombramiento de oficial de marina en la escuadra de Chile, con el mismo grado que tenía en el ejército de Colombia. Ingresé a la *Independencia*, mandada por el capitán Wilkinson, el 16 de Noviembre [1821] junto con otro oficial inglés (2) y algunos sol-

(1) Lord Cochrane tenía autorización del Gobierno de Chile para nombrar y ascender oficiales en las expediciones lejanas en que se hallase. Todos los nombramientos extendidos en esas circunstancias debían ser revalidados por el Director O'Higgins al regreso de la escuadra a Valparaíso.

(2) Este oficial fué el teniente G. Noyes, del Regimiento Albión. Después de haber hecho, en compañía del autor, las campañas de Colombia y la mayor parte de los cruceros en el Pacífico, murió en el año 1825, a bordo del *Lautaro*, en Valparaíso, y fué enterrado por sus compatriotas en el fuerte San Antonio.

dados que en mi compañía habían cruzado el país y se hallaban también inválidos.

La escuadra levó anclas poco después y siguió en observación río abajo, hasta la isla de Puná. Forma ésta una considerable extensión de tierra baja, cuya mayor parte se halla hoy intransitable por los matorrales, si bien en otro tiempo estuvo muy bien cultivada y densamente poblada. El último de los Incas del Perú, Manco Capac, en venganza de la muerte de un hijo suyo, que fué traidoramente asesinado por los habitantes de la isla, se dice que hizo matar a hombres, mujeres y niños, hasta en número de ochenta mil. Al presente sólo se ven en ella diseminadas unas pocas granjas y una pequeña aldea en el desembarcadero, con iglesia de madera. Después de haber hecho agua a toda prisa en Balao, seguimos viaje a Acapulco. Luego que pasamos la isla del Muerto, Lord Cochrane destacó la goleta *Mercedes*, al mando del teniente Shepherd, con instrucciones de penetrar en la bahía de Panamá a ver si descubría fondeadas entre las islas de las Perlas las fragatas españolas; y con orden de reunirse en seguida con la escuadra en Acapulco para comunicar las noticias que hubiera podido adquirir.

En nuestra travesía al lugar de la cita, pasamos muy cerca de la rocosa isla de la Plata, nombre que se le dió por el reparto hecho allí entre los buques de la escuadra del Comodoro Anson del tesoro tomado en Paita y Guayaquil. Pocos días después llegamos a la pequeña y poco frecuentada isla de

Cocos, así llamada por las numerosas palmas que producen ese fruto, de que se halla cubierta desde la misma orilla del mar hasta la cumbre de los cerros. La isla es alta y en forma de cono. Tiene hermoso aspecto, hallándose aislada en medio del vasto océano y continuamente cubierta de verdura. Aquí se puede tener agua en abundancia. Además de una pequeña laguna de agua dulce, de que se desprende un arroyuelo hacia el mar, se ven numerosas transparentes cascadas, despeñándose, en varios sitios, de los ásperos peñascales de que en parte se halla rodeada. Bandadas innumerables de pájaros de mar, especialmente gaviotas y *bobos*, anidan aquí. Al parecer son raras veces perseguidos, porque vuelan en bandadas, que semejan nubes, entre nuestras naves al acercarnos, posándose sin miedo en las antenas y aparejos y ensordeciéndonos con sus graznidos.

Después de detenernos aquí por unas cuantas horas, en tanto que el Almirante con algunos oficiales bajaban a tierra para examinar la aguada, nos alistábamos para marcharnos y proseguir nuestro crucero, cuando se divisó un falucho, que avanzaba con ayuda de sus remos, muy pegado a la costa, tratando de escapar escurriéndose entre las rocas y pequeñas islas que por allí había. El *Valdivia*, al mando del capitán H. Cobbett, dióle caza en el acto, embistiéndole tarde de la noche, con pérdida de uno de sus mástiles. Resultó ser un buque del Gobierno del Perú, con cargamento de vino y pa-

ños, tripulado por unos cuantos ingleses y norteamericanos, que se habían escapado con él desde el Callao, y, según propia confesión, intentaban piratear en la costa, si es que ya no lo tenían comenzado, como había razón sobrada para juzgarlo por la diversidad de objetos que se hallaron a su bordo.

Lord Cochrane destacó al *Araucano*, bergantín de andar muy rápido, comandado por el capitán Simpson, en derechura a Acapulco, en la esperanza de poder interceptar a tiempo algún buque español, según informe que tenía. El resto de la escuadra debía seguir sus huellas, navegando cerca de las costas de León y Tehuantepec, a intento de ver si hallaban las fragatas en cuya busca íbamos.

Al aproximarnos a las costas de México nos asaltó una de esas rachas de viento fortísimo,—mejor dicho, pequeños tifones,—que aquí llaman *chubascos*, que soplan con frecuencia en estas latitudes. La *O'Higgins* se vió tan maltratada por el mar grueso de costado, que el Almirante creyó necesario hacer cambiar el rumbo para el golfo de Fonseca. De allí, destacó a la *Independencia* a fin de que inspeccionara los puertos del Realejo y Sonsonate.

En las afueras del Realejo un piloto indígena viejo llegó a bordo y nos informó que el pabellón de los patriotas flameaba allí y que no había buque alguno en el río. Poco después, y hallándonos empeñados en dar caza a un bergantín de sospechosa apariencia, la *Independencia* chocó de repente en una roca sumergida, mientras corría a lo largo de la

costa a un andar de seis nudos por hora. El choque fué tan violento, que echó por el suelo a cuantos se hallaban de pie; pero, afortunadamente, el buque emergió de sobre las rocas, después de dos o tres fuertes estrellones. Recibió daños de poca consideración, salvo la rotura de unos cuarenta pies de su falsa quilla. Esa roca no estaba marcada en las cartas, y parece ser de origen volcánico, por un fragmento de ella que se incrustó en la quilla, donde quedó hasta que fué sacado en Valparaíso, seis meses después.

Cuando regresamos al golfo de Fonseca, nos hallamos con que la vía de agua en la *O'Higgins* había aumentado de manera alarmante. Lord Cochrane estuvo pensando seriamente en abandonarla y quemarla, después de extraer de ella las provisiones y pertrechos de guerra, y distribuir su tripulación en las dos naves restantes; porque, en realidad, se hallaban muy lejos de estar bien gobernadas, a causa de que casi todos los marinos extranjeros habían dejado el servicio en el Callao. La vía de agua fué al fin parcialmente reparada, con gran dificultad, por haber tenido que hacer el trabajo desde el interior de la nave.

En tanto que los buques se hallaban fondeados en la embocadura de la parte de afuera del golfo, completando su provisión de agua y preparándose para hacerse al mar, un alcalde de cierto pueblo, distante de allí unas pocas leguas, vino a bordo a visitarnos. Se manifestó tan complacido de la recep-

ción que se le hizo, que con gran instancia pidió a algunos oficiales que bajasen con él a visitarle en su casa, ofreciendo suministrar cuantas provisiones frescas se necesitasen. Obtuve permiso para ir, como encargado que estaba de nuestro rancho, y se señaló un oficial de la dotación de la artillería del *Valdivia* para que me acompañase con el mismo objeto. Llegamos a la aldea indígena, hicimos nuestras compras, y regresábamos en una canoa, cargada de aves, cerdos y legumbres, en la expectativa de que habrían de causar las delicias de nuestros compañeros de rancho, que durante algún tiempo sólo habían estado comiendo *charqui* y carne salada, cuando un repentino golpe de viento volcó la canoa y quedamos nadando en medio del ganado en pie que llevábamos. Nos hallábamos en el centro de una rápida corriente, entre dos islas peñascosas, de tal modo que después de varias tentativas infructuosas para enderezar la canoa, los indios la abandonaron, aconsejándonos que nos dirigiéramos al punto más cercano, que, por fortuna, no estaba muy distante. La isla a que llegamos estaba tan apartada del continente, que hasta los remeros se agarraban la cabeza cuando les preguntamos si sería posible llegar nadando a tierra. Hubimos, pues, de sentarnos sin hablar palabra, formando triste grupo, en la esperanza de que pudiéramos obtener el auxilio de algunos pescadores que regresaran a tierra desde mar afuera; nuestros amigos indígenas lamentaban en altas voces la pérdida de su canoa; en tanto que

Daly y yo lo hacíamos de la intempestiva suerte que corrían los cerdos y aves, que iban arrastrados mar afuera y que, sin duda, pronto habían de servir de festín a los tiburones. Pasamos una noche muy desagradable, y aún parte del día siguiente, en las rocas, sin una gota de agua; pero, por fortuna una piragua cruzó cerca de nosotros y pudo salvarnos de tan lamentable situación. Estuvimos muy cerca de que la escuadra nos dejase, porque se hallaba levadas las anclas y del lado exterior del puerto cuando logramos alcanzarla.

Este golfo se interna bastante tierra adentro, en dirección al elevado volcán de León, que se ve mar afuera desde muy lejos. Las corrientes, en muchas de sus secciones, son muy rápidas, y forman tales reventazones en algunas de las playas, que resultan peligrosas para las canoas y botes pequeños. Así mismo soplan también repentinamente de tierra fuertes rachas de viento de los elevados valles vecinos, que lo hacen fondeadero inseguro para las naves, por más que se halle completamente cerrado. Al darnos a la vela desde aquí, siguiendo a lo largo de la costa, divisamos varios volcanes en actividad, vecinos al mar. Uno de ellos, sobre todo, notamos que arrojaba piedras y corrientes de lava, perfectamente distinguibles a la claridad del día, que se deslizaban en fajas rojizas ardientes por los flancos de la montaña.

La cantidad de tortugas que hallamos en este sitio nadando en la superficie del mar era asombrosa.

Dondequiera que el mar permitía el arriar un bote, estábamos seguros de pescarlas por docenas en un momento. Había a bordo varios canacas (3), isleños de Sandwich, quienes, es bien sabido, son excelentes nadadores. Uno de ellos, que servía de patrón de bote en el esquife del capitán, era notablemente diestro en la pesca de la tortuga. Acostumbraba sumergirse debajo de ellas, mientras tomaban el sol, y luego las daba vueltas cogiéndolas de las aletas, hasta que llegaba algún bote para izarlas. Se estimaba esto como un cambio de alimentación muy ventajoso para los que en la escuadra gustaban de ellas, por cuanto nuestras provisiones saladas y el tasajo de buey, que en este litoral llaman *charqui*, había sido traído desde Chile, y se hallaba en muy mal estado. Aquellos marinos y soldados chilenos que nunca habían visto antes una tortuga, manifestaban gran repugnancia por su aspecto, creyendo que eran sapos de mar de un tamaño enorme. No había forma de que las gustasen en la sopa, o mejor dicho, en el estofado que se hacía de ellas, aunque por extremo sabroso al paladar, que llevaba buena dosis de pisco en su condimento con el objeto de inducirlos a abandonar sus escrúpulos respecto a ellas. Al recibir su porción, o bien la cedían a algunos de sus paisanos ya veteranos en las campañas, que querían gustar de algo fresco, o bien las arrojaban por

(3) La voz *canaca*, vale, literalmente, *hombre* en el idioma de los isleños de Sandwich. Se usa por los navegantes para designar a los originarios de esas islas.

la borda. Se hizo por tal motivo necesario darles charqui y carne salada. Salamos varios quintales de la parte carnosa de las tortugas, que secamos al sol en los rebenques de los aparejos. Se conservó muy bien y llevamos alguna cantidad a Chile.

En el entretanto, el *Araucano* había llegado a Acapulco. El capitán Simpson supo que las fragatas españolas habían permanecido ancladas en la bahía durante algunos meses, sin ser molestadas de los fuertes, por más que la bandera patriota flotaba en los castillos y en la ciudad. No se las había obligado a dejar la plaza a causa de la falta de provisiones que allí se dejaba sentir. Un gran descontento, que casi asumió las proporciones de motín, se había producido entre los *huachinangos* (marineros criollos de la costa de sotavento), que eran los que en gran parte componían sus tripulaciones, porque en realidad muy pocos quedaban aún vivos de la dotación con que partieron de España. Las fragatas se habían dirigido a Panamá, en busca de Lord Cochrane, deseando entregarse a él antes que a ninguna autoridad de las colonias sublevadas. En Acapulco estaban fondeados dos buques ingleses de los que hacían el comercio con la India y sólo unos cuantos españoles mercantes, y aunque el Gobierno tenía izado allí el tricolor nacional, (4) lo mismo que

(4) Forman la bandera mexicana tres fajas perpendiculares, roja la del mástil, blanca y verde. En la parte central se ve un buitre posado sobre un tunal, llevando en sus garras una serpiente. Tal fué, según refiere la tradición, lo primero que llamara la atención de Cortés al desembarcar en la costa de México.

en el resto de México, parecía aún hallarse en muy buena disposición respecto a la nación española. Sentimiento natural era éste en una plaza que no tenía comercio alguno propio y había prosperado sólo a causa de ser el puerto a que regularmente llegaban los galeones cargados de Manila y de donde partían con dinero y mercaderías europeas.

El capitán Simpson, habiendo cometido la imprudencia de bajar a tierra, confiado en que la bandera patriota flotaba en los fuertes, fué aprehendido y encerrado en el castillo, bajo pretexto de que no estaba investido de una comisión debidamente legalizada. Durante la noche, se envió también tropa a bordo del *Araucano*, que se hallaba anclado en las afueras de la bahía, con orden de entrarlo a la parte interior del fondeadero, para quedar bajo los fuegos de las baterías. Se le detuvo así hasta que pudo hacerse a la vela con rumbo a Manila un buque español con un valioso cargamento de dinero, cuyo sobrecargo había, a no dudarlo, sabido hallar argumentos de peso para inducir al gobernador mexicano a cometer este acto de hostilidad a la bandera chilena. Con todo, al saber la próxima llegada de Lord Cochrane, cuyo sólo nombre llenaba de espanto dondequiera que se presentara en el Pacífico, el gobernador puso en libertad al capitán Simpson, dándole muchas excusas por el paso que se había visto obligado a dar, protestando que lo había confundido con un pirata, que, según estaba informado, merodeaba por esas costas.

El *Araucano* se hizo mar afuera para salir al encuentro de la escuadra a su arribo, y el capitán Simpson dió cuenta al Almirante de lo que le había ocurrido. Informóle, asimismo, que las baterías de tierra se habían alistado, y penetrado al castillo un batallón de infantería; y que todo estaba indicando que se preparaban para resistir la entrada de la escuadra. Lord Cochrane, en consecuencia, despachó a tierra un parlamentario para asegurar al gobernador de las intenciones pacíficas que le llevaban a la bahía, que eran sólo las de obtener agua y refrescos, añadiendo que, en caso de que los fuertes le opusiesen cualquiera resistencia, la escuadra se vería obligada a usar de la fuerza, lo que no podría menos de dañar la ciudad y perjudicar a sus pacíficos habitantes.

Inmediatamente después de haberse dirigido a tierra el parlamentario, la *O'Higgins* dió la señal de prepararse para el combate y penetró a la bahía, seguida de las otras naves. Siendo el viento desfavorable, nos vimos obligados a entrar uno en pos de otro. Al doblar la punta más interior de la bahía, se nos ofreció un hermoso golpe de vista de la ciudad, con sus edificios pintados de blanco, defendida por una poderosa fortaleza y varias baterías, en las que flotaba la bandera mexicana. Como pudimos perfectamente distinguir que los cañones estaban en posición, con sus mechas encendidas, fondeamos en línea, de costado al castillo, con los cables dispuestos de manera de entrar inmediatamente en

combate, porque no nos hallábamos de manera alguna ciertos acerca de cuales fueran las intenciones que se abrigaban respecto a nosotros, pues el parlamentario no había regresado aún a bordo. Después de un rato, llegó el gobernador en su embarcación de gala para dar al Almirante la bienvenida invitar a él y a sus oficiales a que bajasen a tierra. Creyó el Almirante que no podía aceptar así no más semejante invitación; aunque el gobernador, a su regreso, envió a bordo carne fresca y pan para las naves.

La bahía de Acapulco es, con mucho, la más segura en la costa occidental de la América Española. Se halla completamente encerrada, a causa de la entrada de vueltas y revueltas que tiene; y posee un buen fondeadero cerca del lugar de desembarco. La ciudad es limpia, aunque no muy extensa. De ordinario, contadas personas vivían en ella y era poco frecuentada de visitantes, salvo en el periódico arribo de los buques que llegaban de Manila. En tales casos, acostumbraban dispersarse a considerables distancia por los alrededores, dando al lugar la apariencia de una feria. Los fuertes son poderosos y bien construídos y dominan por completo el fondeadero interior.

Una lengua de tierra, que divide la bahía del mar abierto, hacia el Oeste, ha sido cortada, hasta muy cerca del nivel del agua, a intento de dar franca entrada a las brisas marítimas. Esta penosa faena fué llevada a cabo por los prisioneros patriotas du-

rante las primeras campañas de la revolución. Trabajaron aherrojados, hasta terminar la faena, y en seguida fueron fusilados, en vista de que ya no se necesitaba de sus servicios. Al dar entrada a las brisas del mar a la ciudad y bahía, se produjo en ambas un resultado muy saludable, pues de antes eran notablemente calurosas e insalubres.

Además de los buques ingleses de comercio con la India, hallamos aquí un gran galeón español llamado *El Toche*, que no se había atrevido a emprender viaje a Manila al saber que Lord Cochrane andaba por la costa, porque en una ocasión anterior había escapado a duras penas de caer en su poder en las afueras de Arica. El capitán español se sobresaltó tanto al ver aparecer a la escuadra chilena, que aunque había llevado su nave hasta muy cerca del desembarcadero y retirado las velas, no se consideraba seguro de no ser capturado hasta no sacar el timón y trasladarlo a tierra. Ejecutó esta operación la noche misma de nuestra llegada.

Toda la playa está cubierta con corales blancos y brillantes, semejantes al alabastro, que se desnuzan en ceniza menuda, muy usada para lavar la ropa por causa de la excelente pureza de su color. Las embarcaciones fondeadas en la bahía se aseguran de naufragio por un pescante que se avanza de ambos lados, formado por dos palos largos que atraviesan sobre ellas cosa de cuatro pies de cada borda, a cuyo remate se hallan asegurados por listones de madera cruzados. Semejante aparato se

usa también entre los polinesios. Pregunta: ¿ha sido inventado originariamente en el continente, o por los isleños?

El *Mercedes* llegó de Panamá trayendo malas noticias de la misión que se le encargó, por cuanto el teniente Shepherd había divisado varios barcos grandes al ancla en la bahía, pero no se acercó lo bastante para distinguirlos con precisión. En vista de eso, el Almirante destacó al teniente P. Grenfell para que practicara el reconocimiento, y aguardara el resultado de la comisión de la goleta en Acapulco. Como resultara imposible obtener aquí provisiones para el abastecimiento de sus naves, dispuso que la *Independencia* y el *Araucano* se dirigiesen a California, provistos de dinero para comprar harina y bueyes. Estos debían ser beneficiados y salados en tiras, dondequiera que pudieran adquirirse, y regresar con las provisiones a la escuadra. Se tenía también noticia de un gran buque español que debía partir pronto de San Blas hacia Manila, cargado con millón y medio de pesos, que teníamos orden de buscar.

Hallándonos a la vista de las islas de las Tres Marías, que demoran frente a la entrada de la bahía de San Blas, el capitán Wilkinson, que mandaba la *Independencia*, despachó al capitán Simpson para que siguiera al golfo de California, hasta la Misión de Loreto, donde podría comprar ganado. En tanto que parte de su gente se ocupase de beneficiar las reses, debía cruzar el golfo en dirección a

Guaymas, comprar allí harina, y reunirse a la *Independencia* en el cabo Sanlúcar, recogiendo a bordo, a su regreso, la gente que había quedado beneficiando el ganado.

En las Tres Marías, frecuentadas de ordinario por balleneros ingleses y norteamericanos, se coge en abundancia la tortuga llamada carey, cuyo caparazón es el que se vende en el comercio con ese nombre. La carne es insípida, sin igualar siquiera a la llamada «pico de buho», que es la especie que generalmente se pesca en la costa. En los cerros de estas islas es donde se halla el árbol llamado *lignum-vitae*, que algunas naves de comercio han estado cortando últimamente; si bien, a causa de su excesivo peso y lo abrupto del terreno al través del cual hay que transportar las tablas hasta la orilla del mar, se hace sumamente difícil la operación. Se dice que algunos de estos árboles son de grueso considerable, tanto como doce o catorce pulgadas de diámetro, de que se podrían fabricar excelentes roldanas, en vista de su tamaño.

Avanzamos en busca de ganado hasta la bahía de San José, en el límite meridional de California, donde se hallan una aldea y misión. Como esperábamos encontrar allí fondeado algún buque español, ordenó el capitán Wilkinson que se disfrazase la *Independencia* lo mejor que se pudiera para imitar a un buque de comercio inglés, y para ocultar su fuerza se retiraron los cañones y sus portales se cubrieron con lonas, a fin de no despertar la

alarma del buque enemigo hasta no hallarnos junto a él.

Al enfrentar la bahía, vimos en el fondeadero un bergantín, que enarbolaba una gran bandera española, y un gallardete, que manifestaban ser un barco de guerra; en consecuencia, izamos los colores de Inglaterra a intento de hacernos pasar por uno de los buques que hacen el comercio con la India. Esta estratagema engañó al español, que permaneció tranquilamente en su sitio, porque, de lo contrario, sin duda alguna, habría tratado de escapar en el acto, o varádose en tierra si hubiera sospechado quienes éramos en realidad. Al pasar cerca del bergantín, en busca del fondeadero, el capitán nos dirigió la palabra en inglés, preguntando con altanería qué asunto nos llevaba a los mares de su Majestad Católica, ordenándonos, con los términos más denigrantes, que echáramos el ancla a su costado, y enviáramos en el acto un bote a su bordo con los papeles de la nave. El capitán Wilkinson cumplió esa orden tan terminante con mucha aparente humildad, sustituyendo, sin embargo, por cuchillos los papeles de la nave. En el instante en que el bote comenzaba a remar, ordenó que todos los cañones a la vez se sacasen a los portalones y que a un tiempo se arriasen los colores ingleses y se izase la bandera chilena, junto con su gallardete e insignia de comodoro.

Estaba la cubierta del bergantín atestada de indios, que habían ido de tierra a ayudar a colocar el

timón, que pocos días antes había sido bajado por causa de haber tocado con una roca, y luego que descubrieron quiénes éramos, la mayor parte de ellos se arrojó al mar, aunque nos hallábamos a más de dos millas de la playa, porque, a no dudarlo, esperaban recibir una descarga como primer saludo. Nuestros botes pronto los recogieron y los condujeron a bordo, porque no queríamos que tan luego se supiese en tierra el arribo de un buque de guerra. El bergantín, que, por de contado, se rindió en el acto, resultó ser el *San Francisco Javier*, que podía cargar 16 cañones, pero que sólo contaba entonces con 14. Era una embarcación mercante armada en corso, que hacía la carrera entre las Misiones de la costa de California y Mazatlán, San Blas y otros puertos de México, donde aún se admitía el pabellón español, sin embargo de haberse declarado la independencia. Contenía un valioso cargamento de sebo, vino, porcelana de China, etc. Los indios, que luego dejaron sus aprensiones, nos informaron que el intendente de la misión se hallaba ausente en San José, que, como lo restante de California, conservaba su dependencia de España. Supimos también que el ex-gobernador de San Blas, don José Antonio Quartara, que había tenido que huir de México cuando se declaró la independencia, se hallaba en las casas de la misión, junto con el comandante de las milicias, en espera de pasaje para Manila.

El capitán Wilkinson, considerando suficiente

el número de rehenes que tenía en su poder para la entrega del ganado que quería comprar, ordenó que a media noche bajase a tierra un pelotón de marina con el objeto de sorprender a los dos oficiales españoles y llevarlos a bordo. Hízose así con la mayor rapidez, porque no tenían la menor idea de que el buque que habían visto fondear en la rada fuese enemigo, y se les apresó mientras jugaban a los naipes en la sala de la misión. Al día siguiente fueron puestos en libertad, alegando de su parte que habían traído ganado de la campiña para vender, lo que luego se efectuó, una vez que los vecinos descubrieron que no habíamos llegado hasta allí para robarlos, como en un principio lo temieron. Los dos oficiales españoles se manifestaron tan complacidos al ver que se respetaban sus personas y propiedades,—contrariamente a lo que candorosamente declaraban ser lo corriente entre sus propios partidarios durante la guerra,—que vinieron con frecuencia a comer a bordo y nos sirvieron mucho en nuestras relaciones con los del país.

Noticiaron al capitán Wilkinson que en una bahía allí cercana estaba al ancla un pequeño bergantín español, y como se hallaba temeroso de que comunicase a San Blas nuestra presencia y pusiese sobre aviso al buque de Manila, despachó al teniente Campbell, norteamericano, con un destacamento de soldados y marineros para que lo echasen a pique. Los vecinos nos engañaron respecto a la distancia que había desde la misión de San José

al puerto en que se hallaba, pues era de más de 18 leguas, en vez de las ocho de que nos hablaron. Sin embargo, el teniente Campbell alcanzó hasta allí y procedió a hundir el bergantín, sin la menor oposición de parte de los indios. Volvióse después de eso a la nave, pero, por desgracia, anduvo tan imprudente que dejó almorzando a su gente en una pequeña aldea distante como una legua de la bahía, y acompañado de un desertor de un ballenero inglés, que le servía de guía, volvió para atrás a fin de cerciorarse de si los vecinos trataban de poner a flote el bergantín. A ese tiempo, los indios se habían reunido en número considerable en la playa, y al ver al oficial tan apartado de su gente, le echaron abajo del caballo a pedradas y lo mataron, junto con el muchacho que le acompañaba. Los que formaban el destacamento que había hecho alto en la aldea, estaban mientras tanto gozando de la comida, que en abundancia se les ofreció, de pescado, huevos y aguardiente. No abrigaban la menor sospecha de traición, hasta que en el momento más inesperado recibieron una descarga de sus propias armas, que con descuido dejaron arrimadas en un rincón del cuarto, y de que se habían apoderado los indios, que entraron sin ser notados. Varios resultaron muertos y heridos y los sobrevivientes, atadas las manos a las colas de los caballos, se les llevó a las minas de plata del Real de San Antonio, donde fueron aherrojados. El capitán Wilkinson envióde parlamentario a nuestro contador don Fran-

cisco Monroy, al Intendente de las Misiones que mandaba en San Antonio, quien, sin respeto a su comisión, le puso en un cepo en el calabozo. Todos, sin embargo, fueron sueltos, merced a la intervención del Superior de las Misiones del Sud de California. Por fortuna llegó a San José y pudo aquietar los ánimos de los habitantes del lugar, que estaban temerosos de que nos quisiéramos vengar.

El Superior nos invitó a presenciar la lectura que iba a hacer de la declaración de la independenciam de California, paso a que fué inducido por el ejemplo de México, hallándose ya convencido, en vista de la llegada de la escuadra chilena, que la causa realista estaba perdida en el Pacífico y que su persistencia en izar el pabellón español en las misiones por algún tiempo más, sólo podía conducir a introducir entre ellas la guerra, con el séquito de calamidades consiguientes. Mil quinientos indios entraron a la ciudad en su acompañamiento, armados de lanzas y de largos fusiles españoles y montados en hermosos y briosos caballos. Parecían como servir de escolta al Superior, bajo cuyas órdenes se hallaban, pero tenían también alcaldes indígenas, a quienes prestaban mucho respeto y obediencia.

Todos los californenses son excelentes jinetes, y muchos de ellos son dueños de grandes tropas de hermosos caballos. Como el terreno en esta parte del país está en una gran extensión cubierto de arbustos espinosos, cuando montan a caballo andan siempre vestidos de una especie de sobretodo de piel de cier-

vo curtida, con una caperuza para protección de la cabeza y rostro, y botas altas de lo mismo. El caballo se halla también bien resguardado de las púas por tiras de suela, que les caen sobre los encuentros hasta las rodillas, protegiendo, a la vez, los muslos y espinillas. Estas piezas son siempre ornamentadas, estampadas con figuras varias de flores, pájaros y animales, muy parecidas en su estilo a las que dibujan los chinos.

A la llegada del capitán Wilkinson con algunos de sus oficiales, los indios estaban formados en semicírculo alrededor del Padre Superior, que se hallaba de pie sobre unas gradas al frente de la misión, y que les preguntó si querían jurar sostener la independencia del país; a lo que todos contestaron afirmativamente, como lo habrían hecho, sin duda, con igual prontitud ante cualquiera otra proposición del misionero. Con gran sorpresa y agrado suyo, la *Independencia* procedió a hacer una salva, a cierta señal convenida. Contestaron con disparos irregulares, cargados con tiros a bala, lo que ciertamente tenía más la apariencia de pelea que de regocijo. Un barril de aguardiente de Pisco, que se les envió de a bordo, completó su alegría.

Después de esta ceremonia, el Superior nos invitó a comer, regalándonos con tal variedad y número de platos como jamás había visto en fiesta alguna. La cocina indígena nunca se alzó a un grado superior, y los guisos, especialmente los de tortuga, salmón y venado, resultaron excelentes. Después de la co-

mida, el Padre subió a caballo, acompañándonos a recorrer los viñedos y plantaciones de caña de azúcar pertenecientes a la misión. Durante el paseo, ocurrió un hecho que por poco no nos envuelve en pleito con los indios y que pudo haber tenido consecuencias muy serias; porque en ningún momento saben dominarse y se hallaban entonces en el apogeo de la confusión consiguiente a un festín.

El Padre, que no entendía una palabra de inglés, notó que el capitán Wilkinson estaba impartiendo órdenes a uno de sus oficiales, quien, al recibirlas, partió de galope al sitio en que se hallaba nuestra gente, no lejos de allí, llenando de agua los barriles. Era simplemente para prevenirla que se fuese a bordo, de temor que los indios se desviasen hacia ese sitio y se peleasen con ellos; pero al Padre se le metió en la cabeza que habíamos ideado un ardid para llevarlo a bordo, por algún motivo que se imaginó. Recordó entonces de repente que se hallaba a más de una legua de distancia de su escolta, y volviendo grupas, sin decir palabra, partió a escape, saltando zanjas y vallados, en dirección a la misión. El capitán Wilkinson y sus oficiales, sin tener idea de cual fuera el motivo secreto que le obligara a tan violenta escapada, le siguieron al mismo paso. Esto sirvió para aumentar hasta lo último, el terror del pobre fraile, causando la mayor alarma en el pueblo, al través del cual pasó a carrera tendida, con sus hábitos que volaban al viento, y perseguido, como naturalmente lo supusieron los

indios, por los herejes ingleses. Su agitación no le permitía articular palabra al llegar a la misión: hasta que al fin, con gran sorpresa nuestra, nos acusó delante de la multitud reunida de habérselo querido robar. Tuvimos la mayor dificultad para convencerle de que nos hallábamos del todo inocentes de semejante propósito, hasta que al fin lo conseguimos por la llegada del oficial cuya partida había producido la alarma y al ver el Padre que la lancha se dirigía a bordo. Pero su confianza en nosotros estaba evidentemente quebrantada; y como los indios se hallaban persuadidos de que, por una manera u otra, habíamos insultado a su Superior, nos pareció lo más acertado tomar el camino de la playa de la mejor manera que pudimos, por una senda diversa de la que de ordinario seguíamos. Por nuestro amigo Quartara supimos después que nuestra decisión había sido muy oportuna, porque varios de los indios se habían emboscado cerca de un arroyo que atravesaba el camino acostumbrado con intención de vengar la supuesta afrenta, haciéndonos fuego.

Por esos días comenzaba a llegar en abundancia el ganado para la venta, a cuatro pesos por cabeza; y valiéndonos de algunos de los nuestros que salaban la carne a bordo y la ponían a secar al sol en tierra, tuvimos pronto el acopio suficiente, deseosos de partir cuanto antes. Hasta entonces, sin embargo, nada habíamos sabido del *Araucano*, a pesar de que hacía ya largo tiempo que debía de haber-

senos reunido. Por fin, entre los indios, que a diario iban llegando del interior, se susurraba que partidas de extranjeros se habían visto en la costa, en Loreto y Puerto Escondido. El capitán Wilkinson se manifestaba muy inquieto con tales noticias y resolvió despachar por tierra un oficial a esos sitios para que averiguase lo que hubiese de cierto en dichas informaciones, dándole orden por escrito para que tomase a su cargo a cualesquiera de los tripulantes del *Araucano* que lograse encontrar y se volviese con ellos a San José, medida que contradijeron enérgicamente Quartara y el Superior de la misión, por considerar en extremo peligrosa la comisión que se confiaba a ese oficial. Hiciéronle presente que tendría que atravesar regiones inexploradas de California, infestadas por panteras y jaguares, y pobladas sólo por indios, que asesinarían a todo europeo para apoderarse de sus vestidos, especialmente tratándose de un marino, que sabían llegaban todos por allí con propósitos hostiles. El comandante de las milicias se ofreció, con todo, a acompañarle, y tan completamente logró disfrazarle, vistiéndole pieles de venado, que atravesó toda la región sin ser descubierto, durmiendo a diario en los bosques y alejándose de las aldeas y granjas. Cerca de San Antonio se topó con un cabo de marina de la dotación del *Araucano*, quien le comunicó la poco agradable noticia de que la tripulación extranjera del bergantín se había sublevado y escapádose con él.

El camino entre San José y San Antonio, después

de ir ascendiendo gradualmente por espacio de unas pocas millas desde la costa, se eleva de repente, por una cuesta llena de precipicios, hasta una meseta de gran altura. Esta se extiende, hacia la derecha, hasta los bordes del golfo, donde se hunde abruptamente en la playa, como si hubiera sido socavada por un tiro de pólvora; y hacia la izquierda alcanza hasta la base de un elevado cordón de montañas, cuyas cumbres, moldeadas en conos y pirámides de apariencia fantástica, divisamos desde a bordo la noche antes de dirigirnos a la costa. Una rotura muy notable se presenta en la más alta de aquéllas, quedando al descubierto una roca sólida, casi en línea perpendicular, desde la cumbre a la base, en que comienza una quebrada ancha y profunda, que deja partida en dos la meseta toda a lo largo, hasta su terminación cerca de San José. Esta quebrada tiene de ancho como unas cien yardas y de cincuenta a ochenta de profundidad. Con frecuencia descendimos a ella en el curso de nuestro viaje, pero con muy difícil tránsito para nuestras cabalgaduras, a causa de la arena de que está cubierta en el fondo, que, aunque plana, es suelta y pesada. Cuentan los indígenas que fué formada no mucho tiempo atrás por una avenida que se descargó de un pico vecino. Sea como fuere, tiene poco aspecto de haber pasado por ella un torrente, y la quebrada más bien parece haber sido un golfo abandonado por el mar. Estaba sembrada en muchas partes de matorrales espesos, poblados, según me aseguró mi compañero, de

jaguares. Nosotros, sin embargo, no hallamos otras fieras que tropillas de *coyotes*, que parecen más bien lobos o zorros muy grandes, mostrándose dudosos sobre si atacarnos o no. Las serpientes de cascabel abundaban tanto, que matamos unas diez y ocho o veinte cuando se asoleaban en la arena, eligiendo para llevar a bordo algunos de aquellos cascabeles que tenían gran número de anillos.

El capitán Simpson llegó luego a la punta de Sanlúcar, en un bote sin toldo, con parte de su gente, habiendo dejado la restante en Loreto, a cargo del teniente Noyes. Contó que al tiempo de su primera llegada a esa misión había comprado ganado y hecho desembarcar algunos hombres, a cargo de un subalterno, para salar y secar la carne. Desde ese punto prosiguió entonces a Guaymas, donde compró harina, y regresó a Loreto, porque la gente y provisiones habían quedado allí. Al bajar a tierra para apresurar su embarque, un contraamaestre inglés, a cuyo cargo dejó el buque, indujo al resto de los extranjeros que quedaron a bordo a escaparse con el bergantín, habiendo hecho desembarcar a los chilenos en Puerto Escondido, con pretexto de que bajasen a tierra a cortar leña. Se supo después que habían llevado al *Araucano* a las islas de Sandwich, donde fué apresado por Tamaahmaah, informado que fué por los misioneros ingleses allí residentes de la forma ilegal en que había sido adquirido. El Rey lo conservó por algún tiempo, fondeado a salvo dentro de un dique formado por pilotes clavados en la arena,

en espera de alguna recompensa del Gobierno de Chile por su salvamento.

A consecuencia de este suceso, el capitán Wilkinson se vió forzado a marchar en el acto a Loreto para recoger la gente que había quedado allí. Encontramos el destacamento a las órdenes de Noyes, y todos encerrados en la iglesia de la misión, por haber sido sorprendidos y desarmados por los indios. A nuestra llegada, sin embargo, fueron puestos en libertad y autorizados para embarcarse. Desde ese punto nos hicimos a la vela para Guaymas, a fin de comprar más harina para la escuadra en reemplazo a la que había sido embarcada en el *Araucano* antes de que se lo llevaran. Hubimos, así, de abandonar toda esperanza de hallar al buque español que buscábamos, que a diario habíamos estado esperando de San Blas. Si hubiéramos permanecido en nuestra estación en San José, indudablemente que lo interceptáramos, por cuanto todas las naves que se dirigen al Oeste desde la costa norte de México pasan a la vista del cabo Sanlúcar, de donde emprenden su viaje. No poca mortificación fué para nosotros vernos obligados a perder la ocasión que se nos ofrecía de apoderarnos de ese buque, que, probablemente, habría de ser el último que hubiera de cruzar el Pacífico llevando dinero bajo bandera española. Se aseguraba que tenía a su bordo más de millón y medio de pesos, sin contar la plata piña y lingotes.

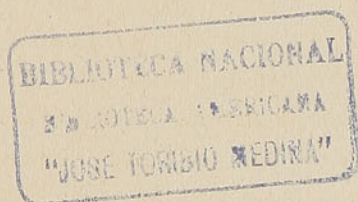
Guaymas es una bahía pequeña, pero segura, donde en todo tiempo se pueden obtener abundantes

provisiones. El capitán Wilkinson compró la harina a nueve pesos la carga de una mula, de peso de trescientas libras, en cuyo precio se incluían dos pesos por el pago del transporte por tierra desde los molinos del interior. Embarcó también cantidad de raíz de biznaga (una especie de cactus), que es valioso antiescorbútico, para el gasto de la gente de a bordo. El tubérculo, que tiene unas seis pulgadas de grueso, se corta en tajadas, que se secan al sol, y tienen un sabor sacarino, semejante al de las peras secas. Los habitantes del lugar se hallaban muy temerosos de un ataque, que esperaban por horas, de los indios de Río Colorado, tribu numerosa y feroz, de la extremidad norte del golfo, que últimamente habían estado haciendo muchos daños, quienes, poco después de nuestra partida, verificaron su temida incursión y asolaron la costa.

El clima de California es templado y agradable. Si bien las mañanas son más bien frías, por causa de las brisas del mar, que cesan al salir del sol, la temperatura es lo bastante alta en el verano para permitir que las uvas maduren y se produzcan la caña de azúcar y el tabaco a maravilla. Los habitantes rara vez hacen más de un toSCO arropo y aguardiente de la azúcar, pero de la uva fabrican un vino delgado agradable y que se asemeja al champaña. Las provisiones de toda especie son notablemente baratas, y el suelo es, en general, muy fértil.†

Dejamos, pues, esas costas, para regresar en busca de la escuadra chilena. Lord Cochrane tenía

señalado a Guayaquil como lugar de reunión, pero al llegar a la Puná nos hallamos con que había partido de allí. Después de embarcar coca y plátanos para la gente de a bordo, nos dirigimos a Guambacho, en la costa del Perú; desde donde seguimos hasta Coquimbo, en Chile, sin haber logrado ver, ni tener siquiera la menor noticia de la escuadra.



CAPITULO II

Valparaíso.—El Puerto.—El Almendral.—Quebradas.—Aldea y cementerio ingleses.—Fuertes San Antonio y el Barón.—Mercado en la Recova.—Vientos de verano e invierno.—Numerosos naufragios.—Niño salvado por los huasos.—Navíos náufragos.—Temblor de 1822.—Continua elevación de las capas terrestres en la costa.—Adobes.—Carretas de bueyes.—Arrieros.—El poncho.

Después de un viaje penoso (estábamos a mediados de invierno), durante el cual divisamos a la distancia las islas de Más Afuera y Juan Fernández, fondeamos en la bahía de Valparaíso hacia fines de Junio de 1822. Hallamos aquí al Almirante y reunida la mayor parte de la escuadra. A Lord Cochrane no le había sido posible dar con las fragatas españolas, las que, sin haber logrado, a su vez, encontrarle, se habían entregado en el Callao a San Martín, el Protector del Perú.

La vista que se ofrece al entrar a la bahía de Valparaíso no corresponde de modo alguno al nombre de la ciudad. Los altos cerros de que está rodeada de los costados sud y del oriente, son casi estériles y parecen inadecuados para el cultivo, sin producir

otra cosa que un pasto obscuro y espinoso, al través del cual se diseñan sendas de color rojizo brillante. Unos pocos arbustos achaparrados y plantas de aloe de flor encuentran abrigo en las quebradas, rocosas y profundas, que se han formado por una larga serie de inviernos en el frente de los cerros. Estos se alzan tan violentamente de la playa que sólo dejan sitio para una calle, que va de la Recova o mercado (donde estuvo el edificio de la Gobernación antes del gran temblor de 1822) hasta un espacio abierto en la playa, llamado La Jarcia, por un paseo muy angosto que allí tiene lugar. Hay también ahí un mercado, especialmente de frutas y legumbres.

En este lugar, el cerro queda distante del mar algunos centenares de yardas, dejando espacio para una parte de los suburbios, muy agradable, llamada El Almendral, o plantación de almendros. Aquí se forma una calle bastante ancha y larga, poblada de casas de campo y huertos de duraznos. En la playa, en esta sección de la bahía, la mayor parte de los pescadores que proveen a la ciudad han edificado sus cabañas y sacan a tierra sus canoas. Estas están hechas del árbol de la bellota, de ordinario de doce a quince pies de largo y como dos de ancho y de unas diez y ocho pulgadas de hondura. Son muy propensas a darse vuelta, y así, todas se hallan provistas de salvavidas de una madera muy liviana, que van colgadas del lado de afuera cerca de la línea de flotación, para darles más estabilidad. Su

tosca y primitiva hechura nos induce a pensar que los aborígenes de esta parte de la costa debieron usar sólo de balsas, tal como lo acostumbran hoy los pescadores en el Perú.

En este lugar se verifican también las *matanzas*—o el beneficio de las reses por los carniceros,—a la orilla de la playa, y del todo separado del camino de las casas. Rara vez pasa un año sin que se produzca algún gran incendio en estos extensos tinglados, que, estando techados con hojas de palma y llenos de panzas de sebo, arden de manera tan espantosa en los días en que soplan los vientos alisios, que hace materialmente imposible salvar la vida al ganado en pie que de ordinario encierra.

La principal calle del puerto, que generalmente se considera como tal el que se extiende desde el Resguardo o Aduana hasta el Arsenal, es la Planchada, que corre paralela a la playa. En este lugar, antes del terremoto, existía sólo una casa que mereciese el nombre de tal, edificada que fué por Mr. Price, un comerciante inglés. Los extranjeros han dado desde entonces el ejemplo a los del país de edificar en esta parte casas de dos pisos, que ofrecen la más agradable vista. Hay ahora aquí una serie de casas, adornadas de balcones y con almacenes en el piso bajo. El mar se ha retirado bastante después del terrible cataclismo de 1822, y, además de eso, los propietarios de las casas colindantes con los cerros mantienen todo el año cuadrillas de peones que van excavando el cerro al fondo de los patios,

pues muchas de las casas fueron originariamente edificadas al pie mismo del cerro. Con las piedras y escombros sacados de ese modo y que han sido arrojados a la playa se han formado montones de tierra hasta una distancia en que anteriormente solían estar amarradas las embarcaciones pequeñas. Muchas de las casas de importancia en esta parte de la ciudad han sido edificadas en terreno ganado al cerro o al mar.

Hay numerosas quebradas, que se internan bastante en la montaña y por las cuales descienden corrientes de agua, que quedan casi en seco en el verano, pero que suelen causar considerables perjuicios en el invierno, por lo repentino y violento de sus creces. Anualmente son destruídos así muchos *ranchos* y se pierden no pocas vidas, porque, a pesar de reiteradas advertencias, los habitantes vuelven a edificar, en la primavera próxima, en los mismos sitios en que vieron ser barridas sus cabañas. Todas las quebradas están densamente pobladas, especialmente por lavanderas, gremio que abunda notablemente en Valparaíso. Debemos, con todo, exceptuar la de San Agustín, frente al desembarcadero, donde se halla situado el teatro, edificado en el lugar en que estaba antes un convento; como también las de San Francisco y Santo Domingo, en ambas de las cuales hay iglesias anexas a los monasterios y algunas de las mejores casas particulares. Dos de los cerros que se hallan entre estas quebradas, llamados por los del país el Arrayán y la Cordillera,

(pero por los marinos ingleses, Palo mayor y Cofa de trinquete), forman también extensos *barrios*, que abrigan una población numerosa, en su mayoría de la clase baja. Los *ranchos* o cabañas más pequeños esparcidos en las laderas de los cerros son innumerables. Se levantan dondequiera resulta posible nivelar un pedazo de terreno de cuatro o cinco yardas cuadradas; si bien los senderos que a ellos conducen resultan escasamente accesibles para las cabras. Muchos de estos ranchos tienen su retamo, plantado en el frente, cuyas flores amarillas y brillantes producen una hermosa vista.

Entre la quebrada de San Agustín y la del Durazno se alza un cerro muy alto, casi plano en la cumbre, que a nadie se le había ocurrido habitar, hasta que un comerciante inglés apellidado Bateman, edificó allí la primera casa, en 1822. Construyó también un camino circular para facilitar su acceso, y habiendo adquirido el suelo, tuvo el propósito de edificar en grande allí. Por desgracia, antes de que lograra ver realizado su plan de fundar una aldea, fué asesinado en su solitaria mansión por los peones de que se valía, tentados, probablemente, por las riquezas que se le suponía guardar y por el desamparado sitio en que vivía. Hay al presente en ese lugar un número considerable de casas aseadas, con jardines en el frente, edificadas al estilo de cabañas, desde donde se logra una espléndida vista de la bahía y del ancho mar. Están habitadas exclusivamente por familias inglesas, en-

tre las cuales se cuenta la del vicecónsul inglés Mr. White. Hay también una cómoda casa de huéspedes, tenida por el capitán Ross, y una pieza de billar. Hasta nombre inglés tiene, pues los extranjeros la llaman «Mount Pleasant» y los chilenos «Cerro Alegre».

Como a los ingleses no les era permitido, por no profesar el catolicismo, enterrar sus muertos en tierra consagrada, que era de propiedad de las iglesias en Valparaíso, durante algunos años emplearon para ello el fuerte San Antonio y otros lugares cerrados, donde las tumbas no fuesen profanadas. Poseen ahora un extenso cementerio, rodeado de una muralla alta, en la cumbre de un cerro, entre las quebradas de Elías y de San Juan de Dios, para cuyo acceso han construído a expensas de los comerciantes extranjeros un camino que va serpenteando por el cerro. Los chilenos han seguido últimamente el ejemplo de sus visitantes y han labrado para sí un *campo santo*, con una pequeña capilla, colindante con el cementerio inglés y norteamericano.

La bahía de Valparaíso se hallaba anteriormente defendida por cinco fuertes, de los cuales sólo quedan dos: San Antonio y el Barón. El primero, situado en el mismo costado de la bahía en que se halla el desembarcadero, inmediato al arsenal, no pasa de ser una batería para salvas. Los cañones se hallan montados en *barbeta*, y la batería misma construída inmediatamente al pie de una roca perpendicular, desde donde, inevitablemente, tendrían

que caer al fuerte piedras y escombros, en caso de que se le disparase. En el otro fuerte, que está situado en el lado opuesto de la bahía, en una eminencia que domina los alrededores, en la vecindad del camino que conduce a Quillota, los cañones se hallan desmontados y sus cureñas en mal estado por falta de pintura. No hay ni siquiera una lancha cañonera para el resguardo de la bahía.

En Valparaíso se logra buen fondeadero la mayor parte del año, a saber, desde Septiembre hasta Abril inclusive, y es fácil procurarse provisiones en abundancia a precios razonables. Al presente se fabrica con regularidad el bizcocho de mar, y la carne salada para el gasto de las naves por dos ingleses, los señores M. Farlane y Potts, que han levantado en el Almendral, a intento de proveerlas, un establecimiento en escala tan vasta, que ha causado la admiración de los chilenos. El agua dista de ser buena, y resulta difícil de obtenerla, pues toda la que se gasta en el puerto se compra a los *aguateros*, que la bajan a hombro en pequeños barriles desde lo alto de las quebradas, más arriba de donde se hallan las lavanderías de las mujeres. Estas quebradas tienen una producción muy precaria, estando casi secas en el verano, y tan turbias en la estación lluviosa, que con frecuencia resulta el agua inadecuada para el uso. Los buques se proveen de ella generalmente en el Almendral, donde existe un pozo de propiedad de un inglés, del que se saca el agua por medio de una rueda que mueven peones colocados en su interior.

El mercado, en la Recova, está de ordinario bien provisto de carne, pescado, legumbres y fruta; pero como su abasto depende por completo de las aldeas y granjas situadas a distancia considerable del puerto, cualquier mal tiempo acarrea una escasez momentánea. A veces sucede también que los carniceros que proveen el mercado, que son todos propietarios de pequeños huertos y no están atendidos para su subsistencia a la venta de la carne, se confabulan para no suplir al puerto hasta que no se deroga alguna impopular *alcabala* o contribución del mercado que consideran indebida.

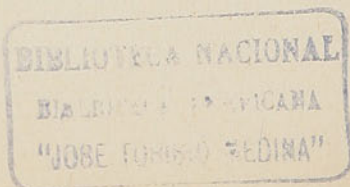
En la Recova se vende para consumo de la ciudad considerable cantidad de una hierba marítima llamada *cochayuyo* y no poca se lleva en mulas a la capital. Es alimento predilecto de los chilenos, sobre todo en cuaresma y en los días de ayuno que ocurren en el año. Se tuesta siempre en el rescoldo hasta quedar quebradiza antes de cocinarla, y ya cocida, frita o en batidos, resulta muy pasable y se la considera grandemente alimenticia.

Durante el verano, esto es, desde comienzos de Septiembre hasta fines de Abril, el viento sopla aquí continuamente del Sur, con ligeras variaciones del cuadrante. Estando la bahía completamente resguardada por este rumbo por cerros elevados, y hacia el Oriente, el fondeadero resulta del todo seguro en esa estación de cualquier viento capaz de alterar peligrosamente el mar; pero en las tardes, el viento que aún no se ha dejado sentir en la bahía,

aunque ha estado soplando fuerte afuera, parece al fin haberse acumulado a la espalda de la península que forma el puerto y se deja caer sobre él, corriendo con violencia sobre la bahía. Continúa por algunas horas entre las quebradas, con tal violencia no mermada, que obliga con frecuencia a las naves a garrar de sus fondeaderos; sobre todo si se hallan ancladas frente al Almendral, donde, por causa de la mayor exposición al viento en que se hallan, sufren su mayor furia. Resulta bastante desagradable andar por la calle a tales horas y, a veces, hasta difícil estar de pie ante sus violentas rachas. Las arenas sueltas saltan a la cara con tal fuerza, que suelen lastimar, y el polvo menudo y tierra que vuela de los cerros son levantados en columnas a tanta altura, que van a caer adentro en la bahía, entre los buques. Las calles quedan desiertas del todo, y los vecinos dentro de sus casas se ven obligados a encender velas, mientras persiste el viento, porque el polvo penetra aún en los baúles y escritorios y cubre el mobiliario entero de las habitaciones.

Durante los meses restantes, pero más especialmente en Junio y Julio, se recomienda a los buques que se ven obligados a permanecer en el puerto reforzar sus anclas, teniendo cuidado, a ser posible, de que no haya buque fondeado del lado norte, porque muchos de los accidentes que se producen con ocasión de los temporales se ha notado que tienen lugar a causa de que un buque se va sobre otro. En esta

época del año se suceden los vientos recios del norte y del noroeste, acompañados de fuertes lluvias, y como la boca de la bahía está completamente abierta al Pacífico, los golpes de mar en tales ocasiones resultan muy peligrosos. Un temporal de esta especie puede generalmente preverse por la inusitada transparencia del aire. Un cerro que demora hacia el norte del pequeño puerto de Quintero, con dos mogotes en su cumbre, llamado «La Silla del Gobernador», se puede distinguir con toda claridad antes de que venga el temporal, aunque es raras veces visible en otros días. Esta vista y una densa nube (conocida con el nombre de *mantel*) cerniéndose sobre los cerros que dominan a Viña del Mar, son señales en las cuales puede confiarse tanto como en un barómetro. Se altera primeramente el mar, y luego se presenta el viento, que continúa de ordinario soplando con gran fuerza por dos o tres días. Durante ese tiempo es casi imposible desembarcar o subir a bordo, a no ser quizás durante una calma, en un bote ballenero del arsenal; en consecuencia, las naves que no se hallan suficientemente provistas de agua o comestibles, pueden verse en situación bastante mala. Raras veces pasa algún invierno sin que naufraguen varios veleros, y como la costa es rocosa en una extensión considerable, precisamente en la parte donde naufragan se pierden de ordinario buque y carga por completo, y con frecuencia las vidas de todos los tripulantes.



En el invierno de 1823, durante un *norte* (como se llaman estos vientos) se perdieron completamente diez y ocho naves en el espacio de veinticuatro horas. Las que se vararon en un sitio escabroso, llamado «Cruz de los Reyes», se hicieron pedazos al dar en tierra, y los marineros que se habían encaramado a los aparejos, con la violencia del golpe fueron lanzados entre las rocas y restos náufragos, en los que perecieron, a cincuenta yardas de distancia de la calle principal, atestada de espectadores, que fueron impotentes para prestarles el menor auxilio. Los buques que se vararon en la playa arenosa del Almendral anduvieron con más suerte, porque los *huasos* o criollos del interior que rondaban la playa se lanzaron impávidos a las rompientes y lograron salvar con sus lazos a todo el que se acercaba a la orilla.

El *Lyon*, buque mercante de la India que estaba anclado inmediato a la *Independencia*, fué uno de los que se perdieron. Escapó de estrellarse en las rocas merced a la destreza y actividad de su capitán, que al notar que su buque se iba a la playa, cortó los cables e izando la vela de foque logró hacerlo encastrar en la arena. En una de las naves perdidas en el mismo paraje (creo que la *Louise*) se hallaba la mujer del capitán, una inglesa, con un niño de pecho. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para envolverlo y meterlo en seguida en un baúl, después de dar aviso a los huasos estacionados en la playa (por alguno de los marineros que a nado habían salido a

tierra) de hallarse listos para pescarlo. Cuando notó que las miradas de la muchedumbre se fijaban en el buque, arrojó al agua el baúl y se quedó observando cómo las olas lo empujaban a la playa, donde los huasos lo pescaron al punto con sus lazos. Habiéndolo abierto, encontraron al niño sano y bueno, porque apenas si un poco de agua había penetrado al baúl durante el corto espacio que estuvo a merced de las olas. Al ver a su hijo en salvo, la madre no trepidó un momento y se arrojó al agua en medio de aquel espantoso mar, valiéndole su valor y presencia de ánimo para ser también salvada por los huasos.

Por muy prontos que se hallen siempre los chilenos para prestar ayuda a los naufragos, consideran que las mercaderías todas que son arrojadas a la playa por causa de naufragio les pertenecen y de ellas se apoderan en el acto, a pesar de las patrullas que las autoridades establecen para resguardar a los buques que naufragan: pero como los soldados desde niños están acostumbrados a oír que las especies náufragas son del pueblo, es fácil suponer que no se manifiestan muy estrictos para protegerlas del robo. Tan lejos están de eso, que dan a sus amigos todo género de facilidades para apoderarse y acarrear tales mercaderías. Durante varios meses después de ocurridos los naufragios, en los cerros de las vecindades del puerto se pueden ver en muchos sitios piezas de paño y diferentes especies de telas puestas a secar al sol. También se ofrecen en venta

por la gente del pueblo en las calles muchos artículos de valía, que vocean sin empacho haber sido salvados del naufragio, a cuya causa pueden darlos muy baratos.

Los temblores son frecuentes en Chile, tanto, que se considera cosa rara que se pase un mes sin que haya siquiera uno. Con todo, los habitantes, a quienes uno podría creer acostumbrados a los remezones, son siempre en tales casos los que se asustan más que los extranjeros. De ordinario vienen precedidos de lo que llaman *ruido*, que procede de las montañas. No siempre es seguido de algún remezón, pero son muy temidos de los habitantes, a pesar de la extrema frecuencia con que ocurren. Estos ruidos y los remezones suaves apenas si los perciben los extranjeros luego de llegar a la América del Sur, ni alcanzan aún a notarlos durante algún tiempo después de su arribo, a no ser por el pánico que se produce en la gente del país, que corre desfavorida a las calles, sin cuidarse para nada de su vestimenta, golpeándose el pecho, con invocaciones a Nuestra Señora del Carmen y diciendo a gritos: «¡Misericordia, Señor!».

Poco después de nuestra llegada a Chile, el 19 de Noviembre de 1822, se sintió un temblor en todo el país, que se extendió aún hasta más al sur del Archipiélago de Chiloé. Este fué con mucho el más fuerte de cuantos recordaba haber sentido la gente más anciana, llenando de terror aún a los extranjeros que estaban acostumbrados a experi-

mentar semejante fenómeno en otros países. El día había estado excepcionalmente tranquilo y abochornado para la estación, y, como después hubimos de recordarlo, en la bahía se inició una gran marejada, sin manifestación alguna de viento en las afueras, aunque ya había pasado la época del año en que se producen tormentas accidentales. El primer remezón se dejó sentir a las diez y media de la noche. Por fortuna comenzó sin mucha fuerza, de modo que sirvió de anuncio a los vecinos para salir de sus casas. Fué luego seguido de otro, y prosiguieron con tal violencia, que en pocos segundos todas las iglesias de Valparaíso quedaron reducidas a montones de escombros. También el palacio de gobierno, que por entonces ocupaba el Director don Bernardo O'Higgins, y casi todas las casas particulares y hasta casi todos los ranchos bajos fueron destruídos o quedaron inhabitables, por falta de los techos y rajaduras de las paredes en todas direcciones.

La única casa de alguna importancia que quedó sin sufrir daño considerable, fué una de tres pisos,—la edificada por Mr. Price a orillas del mar. Por su altura se estimaba que esta casa se hallaba mucho más expuesta a sufrir los estragos de un temblor que cualquiera otra del puerto, peligro que parecía incrementarse aún por la circunstancia de encontrarse aislada, sin apoyo alguno en edificios colindantes. Su salvación debe atribuirse a que descansaba en sólidos cimientos, cosa no acostumbrada

entonces y considerada por los arquitectos del país como inútil. Pero desde ese día ha podido establecerse, sin la menor duda, que aunque la superficie terrestre parece sufrir por parejo las sacudidas de un temblor, no producen daños en los edificios levantados con cimientos profundos, o sobre rocas. En el Almendral, sobre todo, las casas edificadas sobre un suelo arenoso, fueron tan instantáneamente echadas por tierra, que muchos de sus habitantes perecieron entre las ruinas. La iglesia de la Merced, allí levantada, fué derribada en el acto y destruída mucho más que las otras; aunque había sido edificada con tales materiales, que la torre, hecha de ladrillos, no se partió en fragmentos, cuando se desplomó, sino que se vino íntegra al suelo, quedando clavada de punta y con su base hacia arriba, apoyada en los escombros.

El ruido de que vino acompañado el temblor fué espantoso. En vez de los que ocurrían generalmente, parecían más bien descargas de truenos subterráneos, como el de los torrentes que van arrastrando en su curso desenfrenado piedras de gran tamaño; y en momentos por terribles sacudones, como si grandes capas de granito fueran removidas debajo de los cerros. Además de esto, el estruendo de las iglesias y otros edificios que se venían al suelo, los gritos de los habitantes despavoridos y los aullidos de los perros que pululaban por las calles, formaban un concierto terrorífico, que los que nos hallábamos a

bordo y relativamente fuera de peligro, no podíamos oír sin estremecernos.

Destacamentos de marineros fueron inmediatamente despachados a tierra de todas las naves, para protección de la Aduana y los almacenes medio arruinados de las principales casas de comercio nacionales y extranjeras. En el desempeño de estas funciones tuvimos amplia oportunidad de presentar los horrores de un temblor de primera magnitud, como ciertamente era éste. Muchos de los moradores fueron muertos en el primer momento en sus lechos. Otros, que habían logrado salir fuera de sus casas, fueron aplastados por los maderos y murallas que se desplomaban, al tratar de escapar en las calles. La confusión era tremenda: todo espacio abierto se veía lleno de gentes, sobrecogidas por el terror, la mayor parte medio desnudas, porque la mayoría había saltado de sus camas a la primera alarma, sin tener tiempo después de buscar sus ropas. Continuaban vagando sin objeto determinado, golpeándose el pecho, y rezando en alta voz; muchos de ellos, tratando de averiguar, en agonías de temor, el paradero de sus padres e hijos. A la vez, bandas de *rotosos* merodeaban por las calles desiertas, aprovechándose de la ocasión para saquear las casas. Muchos de estos malvados fueron encontrados después enterrados entre las ruinas, conservando todavía en su poder los objetos de diversa índole que habían robado. Para aumento de los horrores de esa noche, se produjeron varios incendios en diver-

sos puntos del Puerto y en el Almendral, a consecuencia de la caída de los techos secos de los ranchos sobre los fogones, que se hallan siempre en la parte del centro.

O'Higgins, el Director de Chile, escapó a duras penas. Cayó debajo de la puerta de entrada del palacio, y a pesar de ser hombre más bien corpulento, fué sacado de allí a la rastra por su ayuda de campo don Enrique Lasala, justamente a tiempo que el edificio entero se desplomaba sobre la Recova. El capitán y piloto de una pequeña balandra al ancla en la bahía, se hallaban gravemente enfermos en tierra en la taberna de Lacey, a consecuencia de haber sido heridos de peligro por ladrones que habían abordado y saqueado su nave. Estaban entonces tan debilitados por la pérdida de sangre, que no podían ni siquiera sentarse en la noche que precedió al temblor, pero al notar que la casa en que se hallaban estaba a punto de caerse y que todos habían huído dejándolos abandonados a su suerte, la alarma les dió fuerzas por el momento para levantarse y trotar hasta la playa, logrando llegar a ella en salvo, después de atravesar por la parte más angosta donde se desplomaban los edificios. Entre muchos otros accidentes fatales, hubo que contar en el Almendral el de Mr. Ford, su mujer e hijos, que perecieron entre las ruinas de su casa, en la cual yo debí de dormir esa noche, a no haber sido por que se me llamó a bordo por asuntos de servicio.

Después de haber pasado el peligro del momen-

to, aunque los remezones continuaron a intervalos durante la noche, y aún por semanas después, los habitantes fueron a buscar refugio en los cerros vecinos. Allí se reunieron en grupos alrededor de los Padres, confesando en voz alta sus pecados a guisa de penitencia y rezando el rosario con gran devoción. Algunos hombres se azotaban desnudos de la cintura arriba y se golpeaban con manojos de espinas hasta que sus espaldas laceradas manaban sangre. Hubo que notar que no pocos de aquellos que con ansiedad inquirían por la suerte que hubieran corrido sus deudos y amigos (porque muchas familias estuvieron dispersas durante varios días de los que siguieron al terremoto), que no se habían olvidado, en medio de su sobresalto, de salvar sus crucifijos e imágenes de santos de su devoción, cargándolos algunos consigo, hasta que expiraron, sin cuidarse de fatigas.

A bordo de las naves el temblor se sintió con mucha más fuerza de la que es posible imaginar, pues fueron sacudidas como si hubieran estado golpeándose sobre escollos, con una sensación semejante a la que pudieran producir barriles llenos de agua que rodaran sobre cubierta; a la vez que al mismo tiempo las cadenas de las anclas sonaban con estrépito. El mar hervía en una serie de olas cortas como el torbellino que causan dos fuertes corrientes al encontrarse. Las lanchas que se empleaban en la bahía para cargar y descargar las naves, y que se hallaban fondeadas como a cien yardas del desembar-

cajero, quedaron de repente en seco. Hubo entonces gran temor de que el mar se retirase de la orilla y volviese de repente (como había ocurrido durante el terrible terremoto del Callao) para arrasar con todo, naves y cuanto había en tierra, tanto en el Puerto como en el Almendral.

Se levantaron varios bancos de arena y el sondaje quedó de hecho cambiado en la bahía de Valparaíso. La pequeña de Quintero, donde las naves acostumbraban antes fondear en dos y media a tres brazas, quedó arruinada como puerto, porque el fondo del mar se levantó para siempre cuatro pies en la noche del 22. Los depósitos de conchas de la costa vecina, que durante siglos se habían empleado para hacer cal, por la misma causa se levantaron cerca de una braza de su anterior nivel. Los buques costeros que llegaron a Valparaíso luego después del terremoto, informaron que una gran alteración en el sondaje había tenido lugar cerca de tierra y en las caletas que frecuentaban, en una extensión de dos grados a lo largo de la costa.

Un brillante meteoro pasó sobre Chile durante la noche, lo que vino a aumentar en extremo la alarma de los aterrorizados habitantes. Amaneció, por fin, pero fué para mostrar el triste espectáculo de la desierta y arruinada ciudad. Se veía a las gentes en grupos desolados acampar en los cerros, sin abrigo suficiente; y como las sacudidas se sucedían continuamente, resultaba en extremo peligroso aventurarse entre las casas desplomadas en

busca de cualquier cosa. Muchos, sin embargo, desafiaron el peligro, procurando descubrir entre las ruinas los cuerpos despedazados de sus amigos que habían perecido; en tanto que otros se ocupaban en reunir ropas y otras especies que pudieran serles útiles en los campamentos que formaron en los cerros.

Y esta calamidad no se limitó a Valparaíso, pues no hubo ciudad o aldea que no sufrieran, poco o mucho, a causa del terremoto. Como las granjas inmediatas a la costa, y especialmente las vecinas al puerto, habían sido casi en su totalidad arruinadas, no se pudo llevar de ellas provisiones a la ciudad y se produjo la escasez más grande, sobre todo entre las clases pobres, que carecían de los medios para enviar a ellas en busea de alimentos. Hubo necesidad de que el Gobernador apostase centinelas en los pocos hornos de hacer pan que escaparon de la destrucción general para evitar que el populacho hambriento se apoderase de ellos y se comiesen las hogazas a medio cocer. También se vieron obligados a solicitar guardia los hoteles ingleses y franceses, que se habían ingeniado para proporcionar pan a sus huéspedes. Los corredores fronterizos de estas casas se veían llenos durante todo el día de mujeres,—algunas de aspecto muy decente,—que se asomaban a las ventanas, llevando en brazos sus hijuelos, pidiendo para ellos un pan con qué alimentarlos.

Como en los cerros vecinos no había árboles y

sólo unos cuantos matorrales en las Quebradas, con dificultad conseguían algunas ramas con que formar cobertizos para defenderse siquiera del sol. Para colmo de estas miserias, se descargó una fuerte lluvia, tan inusitada en esta época del año, y continuó con ligeras interrupciones casi toda la noche, hasta formar torrentes que descendían de los cerros y que arrastraron camas y mobiliarios de los que se habían recogido de entre las ruinas.

Desgracias de esta naturaleza se olvidan con facilidad en países acostumbrados a sufrirlas, y en pocas semanas los vecinos comenzaron a reedificar sus casas en los mismos sitios en que de antes estaban. Esto fué obra de poco tiempo, porque en Chile casi todos los edificios se hacen de *adobes*, o sea, cierta especie de ladrillos secados al sol, de tal modo que de los escombros de una casa se aprovechan materiales para construir otra.

Estos *adobes* los hacen de cierta especie de tierra rojiza, que se remoja y se lleva a un estado de suficiente consistencia por obra de hombres, y, a veces, por bueyes. Cierta cantidad de fragmentos de la paja que quedan en las trillas, después de molida por las patas de los animales, se mezcla con el barro para darle mayor consistencia y hacer que ambas materias se adhieran mejor entre sí. Se reducen después, en moldes, al tamaño de ladrillos que, de ordinario, tienen diez y ocho pulgadas de largo, nueve de ancho y seis de espesor. Estos se extienden en el suelo para que se sequen, y dándoles vuelta repeti-

das veces, se colocan después de canto, con cuya operación quedan en estado de usarlos en diez días o una quincena. La mezcla empleada para unirlos no es más que un barro claro, untuoso, de color rojizo, que se halla en los cerros. Este se cierne y mezclado con agua adquiere la consistencia necesaria para su empleo, y aunque no se revuelve con cal, es muy resistente y sustituye perfectamente a la mezcla hecha con cal y arena, cuando se usa el material de adobes.

Construyendo de este modo una casa, se puede terminar desde luego sólo una parte de las murallas, y una vez concluídas las del primer piso, se cubren con techos de paja, dejándolas secarse el tiempo necesario para que adquieran la debida dureza, antes de ponerles un segundo piso o de techarlas. Por este medio, las casas duran cuanto se quiera, si la parte superior de las murallas se halla protegida de las lluvias. Como las tejas que se usan en Chile tienen sólo un lomo, se necesitan dos al colocarlas, de lo que resultan las techumbres muy pesadas. Aquí no se consiguen pizarras, pero en las ciudades costeñas de ordinario hacen los techos con tabloncillos achafanados, que van superpuestos y cubiertos con hoja de lata o lona de buque, calafateados por dentro y fuera. Los ranchos se techan siempre con paja u hojas de palma, que se emplean más generalmente, pues además de conseguirse con ellas una cubierta mejor, abundan mucho en las vecindades.

Las tapias para cierros de granjas y plantacio-

nes se fabrican también de una especie de adobes más grandes. Sus moldes se hacen de una armazón sólida, de seis pies de longitud, tres de grueso y como de diez y ocho pulgadas de ancho. Dentro de ella se echan montones de barro, toscamente hecho, mezclados con cascajo, y se les apisona fuerte con una *maceta* o pisón. Cuando el molde está lleno, se levanta y se coloca en el sitio inmediato, continuando el mismo procedimiento hasta que se termina la pared de la altura y largo que se desea.

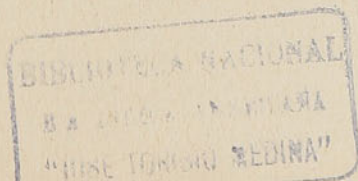
La distancia entre Valparaíso y Santiago es de cerca de treinta leguas. El camino es lo bastante ancho para dar cabida a dos carros, y resulta pasable durante el verano, después de las reparaciones que se le hacen en la primavera. Al cabo de unas cuantas semanas de lluvias fuertes en el invierno, el aspecto del camino se transforma completamente. Cualquier hendidura, por la fuerza del agua, se convierte entonces en hoyo grande y profundo, siendo inútil pretender rellenarlos,—a no ser por corto tiempo,—de otro modo que valiéndose de trozos de madera o ramas de árboles, hasta que vuelve el tiempo seco y permite repararlo sólidamente, operación que hay que repetir, sin embargo, todos los años. En las partes bajas del camino el barro es en muchos sitios tan profundo, que es necesario descargar las mulas y retirarlas a lazo; las carretas se entierran hasta el eje, y con frecuencia hay que ocurrir a sacarles las ruedas para que puedan salir, cargadas a hombro por peones, salvando así los

malos pasos, porque la fuerza combinada de ocho o diez yuntas de bueyes es insuficiente para que puedan salir de los pantanos. Los ríos de Curacaví y Pudahuel crecen también tanto, que los que viajan a caballo tienen que cruzarlos a nado, y vehículos de toda especie quedan detenidos por espacio de semanas, porque no hay en esos ríos puentes ni canoas.

La *carreta*, o carro tirado por bueyes, es de una hechura muy tosca, y tan pesada, que aun vacía, se requiere una yunta de bueyes para moverla. El armazón está hecha de maderos gruesos, de unos ocho pies de largo, por cuatro de ancho, que descansa en un eje muy sólido, que los mismos carreteros hacen de árboles del camino que sean adecuados, porque escasamente dura más de dos jornadas. Este eje se labra toscamente con hacha, y se redondea en la parte en que encajan las ruedas, dándole un espesor de unas seis pulgadas. Las carretas tienen sólo dos ruedas, cuyas mazas se fabrican de trozos de madera, sin pulir, en forma de un doble pan de azúcar, generalmente de troncos de peumo o algarrobo, que prefieren por su dureza, y de dos pies de diámetro, Los rayos son fuertes y bastos, con relación a su largo, y las pinas de cerca de un pie de ancho y seis pulgadas de espesor. Sobrepuestas se ponen *sobrecamas*, o segundas pinas, que son tan resistentes como las interiores y se hallan aseguradas con las primeras por medio de clavos de madera. El pértigo, a que se halla asido el eje, es

también sólido y tosco, y los yugos para los bueyes, aunque están labrados con alguna prolijidad, son tan pesados, que obligan a los bueyes a estar con la cabeza siempre inclinada hacia el suelo. Los pertigueños son de tiras de cuero crudas, ligadas unas con otras. Sobre la carreta se levanta un toldo, o mejor dicho, una choza, hecha con ramas de árboles y cubierta con cueros de vaca. Por regla general, para cada carreta se emplean tres yuntas de bueyes. Estos son manejados por medio de una larga *picana*, pues el carretero se coloca en el techo del toldo, cuando el camino es bueno y derecho. Al descender algún cerro empinado, desenyuga las dos yuntas delanteras y las amarra de los cuernos a la parte posterior del vehículo, donde la obstinada resistencia que oponen a ser arrastrados hace el efecto de una palanca. Sin este contrapeso, las carretas se precipitarían seguramente cerro abajo para ir a caer en el fondo de los precipicios que en su mayoría forman los cerros que contornean el camino. Así sucede, a veces, a pesar de tales precauciones, pues no hay parapeto alguno contra semejantes accidentes.

Nunca va más de un carretero en cada carreta, motivo por el cual y a fin de proteger las mercaderías que conducen, viajan siempre en partidas de seis o siete, a cargo de un *capataz*, o conductor, que las lleva todas a sus órdenes. Mutuamente se asisten con el préstamo de sus bueyes, en los malos pasos o en las subidas de las cuestas, como también en



reparar las carretas cuando les ocurre algún accidente. Se turnan en el cuidado de los bueyes en las noches y durante las horas más ardientes del día, en que se desenyugan los bueyes y se les deja pastar a lo largo del camino. En la estación seca, cuando el pasto escasea en estos parajes, llevan arriba de los toldos grandes atados de paja picada, para alimento del ganado.

El número de los carreteros y la reputación que tienen de vigor e intrepidez, constituyen protección importante para las mercaderías de valor que continuamente están acarreado del puerto a la ciudad y viceversa, ya que todos los caminos de Chile, cual más cual menos, están infestados de ladrones. Además, es proverbial la honradez de estos hombres. Los comerciantes están habituados a confiarles grandes sumas de dinero, que invariablemente entregan a sus destinatarios, sin que jamás se haya dado caso en que traicionen la confianza depositada en ellos. El jornal que reciben es insignificante, pues no pasa de dos y medio pesos, sin que se les dé ración, en cada viaje, durante el verano. Se considera que esta estación abarca las dos terceras partes del año, gastando generalmente en esa época seis o siete días en cada viaje. En el invierno se les aumenta el salario hasta tres pesos y medio, aunque en esa estación no emplean no menos de diez días y hasta una quincena en el camino, y a veces se demoran más de un mes: Además, los accidentes que ocurren con tanta frecuencia a las carretas y las

avenidas los retardan por muchos días, sin que por esto sus patrones les concedan indemnización alguna.

Los arrieros tienen un jornal aún inferior que el de los carreteros, en vista del menor tiempo que gastan en sus viajes, aunque su trabajo es mucho más duro, salvo que van montados y no a pie, como aquéllos. Dos arrieros y un muchacho bastan para guiar una recua, que cuenta, a veces, con ochenta o más mulas, todas las que deben cargar y descargar dos veces en el día, sin contar con el trabajo para arreglar las cargas durante la travesía y para sacar los animales que se hundan en el barro. Tienen, asimismo, que juntarlas por mañana y tarde, después que han pastado lo suficiente, y vigilarlas por turno durante las noches, por cuanto de ordinario se pierden en los terrenos baldíos, en los que se introducen con preferencia en busca de mejores pastos. Estas recuas son llevadas por los caminos, y aún por calles bien pobladas, al sonido de un cencerro, o pequeña campanilla de bronce, colgada al pescuezo de una yegua con cría. Los huasos la llaman *la madrina* y va siempre a la cabeza de las mulas, conducida por un muchacho. No llevan rienda ni cordel, pero al cargar o descargarlas, los arrieros les cubren la cabeza con un poncho, con lo que se están quietas mientras tienen tapados los ojos.

Este poncho o manta, como también se le llama, se usa por los chilenos todos en cualquier tiempo, salvo por aquellos que pretenden andar vestidos a

la inglesa. Aun muchos de los extranjeros residentes en el país lo usan en los viajes, porque en verdad es una prenda de vestir muy cómoda, que cubre el cuerpo hasta las rodillas cuando se está a caballo, dejando los brazos en completa libertad. Es una pieza cuadrada, como capa larga, sin mangas, que llega más abajo de las rodillas, con una abertura en el centro para dejar pasar la cabeza. Este artefacto, que usan especialmente los arrieros y carreteros, se hace de una tela toscamente tejida, de lana, teñida de negro, con listas rojas en las orillas. Otras se fabrican de tela de algodón grueso, en pequeños telares, blancas de ordinario, con fajas anchas de colores varios. Los ponchos más hermosos se fabrican en el Perú, donde se les llaman también *ruanas*. Los colores que se emplean para teñir el estambre son muy brillantes y durables. Muchas han sido extraídas de las huacas de los habitantes primitivos, que conservan sus colores tan brillantes como si fuesen nuevas.

CAPITULO III

Traje de los huasos.—Supersticiones.—Chinganas.—Carreras de caballos.—Bailes nacionales.—El rodeo.—Marca del ganado.—Toros bravos.—Destreza de los jinetes.—Caza con halcón.—Caza de la vicuña.—Viñedos de Chile.—Exportación de caballos.—Charqui.—La polilla.—El escorpión y la tarántula.—El río Biobío.—Habitantes de Santiago.—El estrado.—Bebida del mate.—Trajes de las chilenas.

Los huasos o habitantes de las montañas de Chile (así llamados para distinguirlos de los chinos y cholos de la costa) no dejan de andar nunca, en casa o fuera de ella, sin poncho. En realidad les resulta una prenda de vestir sumamente cómoda, que los resguarda del agua y que se saca del cuerpo con entera facilidad cuando no se le necesita, sin contar con que se le emplea para varios usos, como son, de mantel, carpeta para jugar, y capa. El resto de su traje se compone en invierno de un gorro de fieltro, blanco o azul obscuro, y en verano de un sombrero de alas anchas, hecho de cogollos de palma; de una especie de casaca tosca, teñida de azul, ajustada al cuerpo, y unos calzones de tela afelpada de color de púrpura. Estas últimas prendas se sujetan por

medio de una faja o banda ancha, que se enrolla en la cintura, en lugar de tirantes, que no los usan. La faja es de color chillón, tejida de lana o seda, con flecos en los extremos, y se usa como portamoneda, llevando en ella envuelto el dinero. Cubren las piernas con una especie de polainas, llamadas *botas*; como medias largas, abiertas en la planta del pie, de un tejido basto de lana, teñidas de negro. Les llegan hasta la mitad del muslo y vuelven hasta cerca de los tobillos, atadas debajo de las rodillas con ligas de tiras de color. En lugar de zapatos, usan *ojotas*, especie de sandalias, hechas de cuero sin curtir, atadas a los talones y a los dedos del pie con tiras del mismo cuero. Sobre todo, jamás andan sin grandes espuelas de hierro o plata, con enormes rodajas, de lo que se precian mucho, sintiéndose muy complacidos con el sonido agudo que producen al andar.

El arma que el huaso siempre lleva consigo es el cuchillo *cachiblanco*, llamado así por la larga cacha blanca que tiene, que le sirve para todos los menesteres domésticos y para el ataque y defensa. Se familiarizan con su uso desde la niñez, y lo sacan relucir a la menor provocación. Se lleva en una vaina, ya metido dentro de la bota, ya puesto entre la faja y el cuerpo en la cintura. Usan también la *bolsa*, hecha de la piel de algún animal pequeño, que sacan entera, a excepción de los huecos de la cabeza y patas, dejando siempre la parte de la cola como adorno. Su preparación no exige cuidado alguno, pues

se limitan a refregarla continuamente con las manos hasta dejarla dúctil, y la usan principalmente para guardar el tabaco, el pedernal, eslabón y el yesquero, hecho de la punta de un cuerno de vaca, que llenan con yesca, de hongos secos. Odres para llevar vino, aguardiente y chicha los fabrican del mismo modo, de un cuero de cabra. La manteca salada la guardan en un cuero de carnero, con su lana, y el sebo en una *panza* de vaca.

Los huasos son de constitución fuerte, de un color aceitunado, que se parece al de los gitanos, con ojos negros o de avellana, y cabellos negros gruesos, que tiran a crespos, que basta a distinguirlos de los indios. Algunos los tienen rojizos, y ojos claros, pero esto dista de ser común y es mirado por ellos como el colmo de la fealdad. Los hombres cuidan bastante de su cabello y lo llevan trenzado en una guedeja larga, atado en el extremo con una cinta negra. Aunque rehacios a todo trabajo pesado, son sumamente activos, especialmente en sus diversiones campestres, y capaces de un gran esfuerzo, si es necesario. Son, con mucho, los mejores marinos de cualquier país de Sud-América. Son devotos, o mejor dicho, supersticiosos en grado extremo, cumpliendo religiosamente con todas las fiestas y otras prácticas y ceremonias de la Iglesia Romana.

La existencia de los aparecidos la creen a pie juntillas, tal como sucede en todo Sud-América. Creen también en varias especies de seres sobrenaturales, como los *duendes*, o enanos, que, según ellos, per-

siguen a personas determinadas, para quienes son únicamente visibles. Se les representa como brujos caprichosos, generosos en los favores que otorgan cuando les agrada, pero excesivamente inclinados a los celos; y cuando se enojan, capaces de inferir cualquier daño, con excepción de la muerte, al que antes habían hecho objeto de sus afecciones. También son temidos los *bultos*, que son como apariciones de espectros malévolos, que habitan en las quebradas y cerros solitarios, y que de ordinario se dejan ver al romper el día, asemejándose mucho a una corona de nubes o niebla, de quienes se dice que son seguros precursores de desgracias para los que los ven. La creencia en las *brujas* es también arraigada y universal.

A los huasos les gusta mucho frecuentar las *chinganas*, o casas de baile, en las que, de ordinario, se exaltan de tal modo con el aguardiente, el vino o la chicha, que de seguro se originan riñas, en las que sale el cuchillo a relucir sin ceremonia. Pocos domingos o días de fiesta habrá en que no ocurra alguna reyerta con las consiguientes heridas, si bien raras veces mortales. Son muy diestros en defenderse con el poncho, que a este intento se envuelven en el brazo izquierdo, y, de ordinario, al atacar se hiernen en la cara, especialmente con el objeto de dejar desfigurado al adversario, más bien que de herirlo de gravedad. Esto se da por tan bien entendido, que los circunstantes en raras ocasiones tratan de apartar a los contendores, a no ser cuando

estiman que han perdido ya el dominio de sí mismos.

Son también grandes jugadores, tanto de naipes, como con los tejos, en lo que emplean la mayor parte de sus horas libres, que no son pocas. Cuando acampan a orilla de los caminos para dar descanso a sus caballos y mulas, forman inmediatamente una rueda alrededor de un poncho y empiezan a jugar. Tal es su entusiasmo por este entretenimiento, que bien pronto se les reúne un grupo de mirones, que aunque no participen del juego, asumen con sus actitudes y sus palabras un interés tan grande como los mismos jugadores. Las riñas de gallos y las carreras de caballos son sus diversiones favoritas en los días de fiesta, y en ellas aventuran cuanto dinero tienen y cuanto les pertenece, con excepción de su caballo predilecto. Este se exceptúa siempre, y tal es el apego del huaso por dicho animal, que su aserto corriente, o mejor dicho, el juramento que acostumbra es: «que se muera mi mejor caballo».

En Chile nunca hay carreras de más de dos caballos a la vez, que despiertan muy poco interés entre los aficionados ingleses. Tienen siempre por objeto decidir una apuesta particular, sin que posean no ción siquiera de una plana o de saltos en que corran varios. Los caballos van montados por niños, que se aferran a ellos como monos, sin silla ni freno y con sólo un poncho a guisa de montura, amarrado con una cincha, y una cuerda atada al pecho del caballo para que el jinete pueda sujetarse durante la carrera. Como el largo de ésta nunca es

de más de un cuarto de milla y en línea recta, bien se comprende que no hay oportunidad para desplegar ciencia alguna en los jinetes. De tal cosa no tienen siquiera idea y los caballos corren la distancia a toda la velocidad de que son capaces. Como cada pulgada de terreno resulta, por esa causa, de importancia, el juez o *mandón* gasta largo tiempo en alinear los caballos, de tal modo que sus patas deben tocar exactamente la línea trazada a lo ancho de la pista, y una y otra vez los hace volver para atrás si no parten al mismo instante.

La carrera de sortija es también un ejercicio corriente, en el que son muy diestros, aunque es hazaña bien difícil de acertar, porque el anillo cuelga suelto y debe tocarse con la punta de la espada pasando a la carrera. Son, asimismo, muy diestros para recoger del suelo una moneda pequeña, corriendo al galope. Para hacer esto, se dejan colgar de la montura de una rodilla o del tobillo, y sin otro auxilio vuelven a su asiento después de ejecutado el hecho. Frecuentemente también dos de ellos luchan para ver modo de sacarse mutuamente de la montura, cogiéndose de las manos y espoleando sus cabalgaduras en opuestas direcciones.

En la batalla de Maypú, en que se decidió la suerte de los españoles en Chile por la derrota del Presidente Osorio, se reunieron los huasos de las vecindades de Quillota, Rancagua y Aconcagua en grandes partidas irregulares y contribuyeron no poco al triunfo de los patriotas, sin más armas que sus

lazos y cuchillos, Anduvieron merodeando por los flancos del ejército español, y haciendo acometidas repentinas con sus bien adiestrados caballos, lograron echar el lazo a no pocos oficiales, a quienes arrastraron a todo correr hasta la retaguardia del ejército patriota, donde los mataron y despojaron. También se juntaron a la caballería de línea, que mandaba el coronel don Ramón Freire, en una carga contra la artillería realista, situada en una altura cerca de las casas de la hacienda de El Espejo, y logrando enlazar las piezas de campaña las arrastraron más allá de la ceja del cerro.

Las huasas son de mucho mejor aspecto, aunque de menor estatura, que los hombres de su misma raza. Forman un grupo alegre, suave y agradable en sus maneras y son muy hospitalarias y afectas a los extranjeros. Constituyen un contraste favorable al lado de sus maridos y hermanos, jactanciosos y pendencieros, sin que tomen parte en sus diversiones, a no ser en el fandango, al cual son por extremo aficionadas. El baile favorito entre ellos es de sólo una pareja, que lo ejecutan una frente a la otra, y en el que a veces son relevados por alguno de los circunstantes, que se sitúa, sin decir palabra, delante de uno de los que bailan, que está obligado a dejar en el acto a su compañero y pasar a sentarse.

Estos bailes de ordinario son peculiares de la gente del campo y tienen comúnmente nombres indígenas, como *huachambé*, *ziquiminiqui* y *cachupina*, y además nombres españoles, tomados de la letra que

se canta, como el *cuando*, la *solita* y la *jurga*. El tono de todos es ligero y animado, salvo el del *cuando*, danza que comienza como el minué y termina con un paso muy rápido, llamado *zapateo*, del ruido que forman los zapatos contra el suelo, llevando ambos danzantes pañuelos en las manos, que los mueven formando círculos. Contradanzas y valeses se bailan sólo por las clases acomodadas, pero a veces ejecutan también las danzas de los huasos, cantando versos más cultos que los ordinarios, e inventando en ocasiones otras canciones y tonadas para los mismos pasos y figuras. El refresco acostumbrado en las chinganas es el *ponche*, fabricado con retoños de *culén* cocidos en agua caliente y con alguna pimienta. Esta bebida se endulza y se mezcla con aguardiente, y de ordinario se enfría con pedazos de hielo o nieve llevados de la Cordillera.

En otoño tiene lugar el *rodeo* en todas las haciendas de Chile, y es época de alegría y regocijo entre los huasos y peones de todo el país. Esta voz significa literalmente el rodear e implica la operación de reunir todo el ganado de la *estancia* para tomar nota de él y proceder a marcar los animales que no tienen aún la señal de su dueño, que resulta siempre algún extraño geroglífico, pues no se emplean en ella letras. En el rodeo se ofrece ocasión para que los huasos muestren lo buenos jinetes que son y su destreza en el empleo del lazo. Se gastan siempre varios días en juntar el ganado disperso en sus campos de pastoreo y llevarlo hasta los corrales, porque

en las grandes haciendas aquellos son numerosos y suelen hallarse a distancia de varias leguas. Al aproximarse las diversas manadas, su tendencia a escaparse a sus querencias causa no pocas molestias, y aún peligro, a los vaqueros. Los toros madrigados, que guían sus respectivas manadas, al ver que se hallan rodeados, se ponen furiosos y con frecuencia logran romper los corrales, a pesar de todo el empeño que se gasta para retenerlos. Los huasos se ven obligados a seguir al toro a todo correr, al través de terrenos tan abruptos cuanto es posible imaginar, hasta que logran adelantársele o echarle el lazo para volverle a la fuerza.

Cuando por fin se hallan reunidas todas las manadas, el ruido que forman tantos millares de animales con sus balidos es ensordecedor. Después que el mayordomo de la hacienda ha elegido los destinados a venderse, y a matar para hacerlos charqui, y se han marcado los terneros, que se amarran alrededor del corral para que las vacas permanezcan en las vecindades de las casas de la hacienda, al resto del ganado se le da suelta, produciéndose batallas encarnizadas entre los toros antes de que puedan juntar sus respectivas manadas. En algunas de las apartadas estancias cerca de la Cordillera y hacia la provincia de Concepción el ganado es sumamente bravo, y sus toros, a causa de ello, eran preferidos para ser lidiados, cuando se usaban las corridas. Algunos de los viejos, al ser llevados antes de lidiarse, mostraban tal obstinación, que enterraban

sus cuernos en el suelo y ni golpes ni heridas lo-
graban hacerlos moverse de allí. Se negaban a to-
mar agua y alimento y morían en el sitio en que se
quedaban.

Se procede en seguida a juntar los caballos y a
marcarlos, y se eligen los potrillos que se necesitan
y se han de amansar para el servicio. Los huasos
dan en estas ocasiones muestras de gran destreza.
Alguno se sienta en una tranca sobre la puerta del
corral, esperando la oportunidad de que echen fue-
ra alguno *chúcaro* para montársele encima al tiempo
de salir, sin freno ni montura, a pesar de cuantos
esfuerzos haga para botarlo, aguijándole todo el
tiempo con las grandes y afiladas espuelas de que
todos usan, hasta enloquecerle y lograr que al fin
caiga rendido al suelo.

En las vecindades de Rancagua y de las otras
pequeñas ciudades vecinas a la Cordillera se acos-
tumbra domesticar halcones para cazar perdices y
otras aves. Al halcón se le enseña a correr las aves
hacia los matorrales en busca de refugio, donde fá-
cilmente son tomadas a mano, pues se hallan tan
aterrorizadas, que no intentan escaparse.

También se caza la vicuña en las haciendas del
pie de los Andes, en el invierno, cuando los fríos
excesivos y la caída de nieve en abundancia las obli-
gan a dejar sus madrigueras de las montañas. Se
reune cantidad de peones e indios de las estancias
circunvecinas, y formando cordón al rededor de la
quebrada en que los animales han sido vistos, van

poco a poco estrechándolos, hasta meterlos en una parte sin salida. Cuando han logrado esto, los cazadores matan muchos con armas de fuego, hasta que los restantes, desesperados por la carnicería, arremeten hacia la única salida que les queda y pasan a llevarse cuanto encuentran. Se estima su carne tan buena como la del venado, y la piel, que es de un color rojizo semejante al de las rosas secas, resulta excelente para abrigos y sombreros, siendo en todo igual a la del castor en su finura y aspecto sedoso.

El clima de Chile es demasiado templado para que puedan producirse la caña de azúcar o el cacao, y bien poco tabaco es el que se da en el país. Las viñas son abundantes y de sus uvas se hace muy buen vino y aguardiente. Tres clases más de bebidas se fabrican también de ellas, además del vino, a saber, según los métodos con que se preparan: *chicha*, *chacolí* y *sancochado*. Las dos primeras son voces indígenas; y a la última se le llama así a causa de que el jugo de la uva se cuece antes de que fermente. Este método, como se comprende, le da más vigor y dulzura al licor por la evaporación de la parte acuosa que contiene.

También se produce el trigo en cantidad y se exporta de Valparaíso al Perú, y algunas veces, al través del Cabo de Hornos, a Buenos Aires y Montevideo. Caballos y mulas se llevan en gran número a la costa del Pacífico, donde alcanzan un alto precio. En los años últimos, naves que habían llegado

cargadas con espato de las islas de Sandwich, llevaron en su viaje de vuelta caballos hasta Nueva Gales del Sur y a la tierra de Van Diemen: especulación que ha resultado provechosa, porque un caballo no cuesta más de ocho pesos o media onza en Chile, sobre todo si se compran en las estancias del interior, y pueden venderse en aquellos países por ochenta o noventa libras, y así, aunque sólo la mitad de los que se embarquen lleguen en salvo, el resto basta para cubrir todos los gastos y dejar una bonita utilidad.

En las estancias de ganados se fabrican grandes cantidades de charqui, sin salar. Se embalan en líos, de peso de dos quintales cada uno, y se exportan en gran cantidad para su venta en las costas del Perú y México, sin el que se consume en Chile, donde la generalidad de los habitantes prefiere la carne en este estado a la fresca (1). Los líos son balas, que forman poniendo las piezas largas y costillares para cubrir los trozos de cecina y *malayas*, que se conside-

(1) Los chilenos cocinan el charqui, ya fresco o añejo, de varias maneras y en todas ellas tiene buen gusto. El *charquicán* es plato corriente en todo el país, y es con mucho preferible a la renombrada *olla* española. Se corta el charqui en pedazos menudos, se machaca entre dos piedras, hasta dejarlo como estopa, y se pone en una cacerola con mantequilla, papas y ají, y en tiempo de verano se le agregan arvejas o frijoles; y en invierno pedazos de zapallo. Estos ingredientes se mezclan, agregando el agua suficiente para cocer los vegetales. El *valdiviano* se hace de charqui, machacado como se dijo, al que se le agrega agua hirviendo. Se le pone vinagre, pimienta y tajadas de cebolla.

ran las mejores y son las que tiene el animal pegados a la piel junto al vientre y costados. El todo se lía en un fardo cuadrado por tiras de cuero crudo, de una media pulgada de ancho, que forma una especie de red sobre la carne seca, de manera que permita entrada al aire. En el charqui, ya por haberse humedecido, ya por estar guardado mucho tiempo, penetra un gusano peludo, llamado *polilla*, que se reproduce con mucha facilidad. Bien pronto reduce el charqui a polvo, a menos que se abra el fardo con frecuencia y se le esponga al sol. Este insecto hace también mucho perjuicio en los cueros secos, en los cuales forma agujeros, si no se tiene cuidado de sacarlos al aire y golpearlos con palos. Después de salir de su estado de crisálida, este gusano se transforma en un pequeño coleóptero de color negro.

En Chile no existen reptiles venenosos de ninguna especie, porque el aguijón del *tehuanque*, que se encuentra en la parte baja de las Cordilleras, y el del alacrán, que infesta la parte rocosa de Coquimbo, aunque ambos son especies de escorpión, no son de modo alguno peligrosos. El único insecto venenoso del cual pueden temerse serios accidentes es la *araña colmilluda*, o tarántula. La mordedura de esta araña produce fiebre y delirio, que algunas veces tienen resultado fatal. Los cirujanos del país, no obstante su timidez como prácticos, siempre en tales casos recomiendan el cercionamiento de la carne que circunda la herida, si es posible. Los mos-

quitos apenas si causan alguna molestia, con excepción, quizás, en los bancos del gran río Biobío. Este es el más grande de la costa occidental de Sud-América, con excepción, tal vez, del río Guayaquil. Nace en la Cordillera, más allá de Talca, y corre al través de los extensos llanos de Arauco hasta su desembocadura en el mar, muy cerca de la bahía de Talcahuano. No es navegable en su boca, por causa del banco que lo atraviesa, pero es de profundidad considerable y de más de una milla de ancho, un poco hacia arriba, cerca de la ciudad de Concepción. El otro gran río de Chile es el Maule, que corre al través de la provincia de Concepción y entra en la pequeña bahía de aquel nombre. Aquí se construyen muchas pequeñas embarcaciones costeras, y los residentes } ingleses han echado al agua en el río en los últimos tiempos algunos hermosos bergantines, pero el puerto es poco frecuentado por causa de su peligrosa barra.

Los habitantes de Santiago son muy joviales y hospitalarios. Gustan de la sociedad de los extranjeros, sobre todo de los ingleses, por cuya nación y el carácter de sus hijos profesan gran estima, hablando siempre con el mayor respeto y gratitud de «el gran Canning». Sus diversiones favoritas son baile y la música, en los que sobresalen muchos de los sudamericanos. El juego está también muy desarrollado aquí, sobre todo el del *monte*, en el cual infinitas veces miles de pesos se arriesgan a una carta.

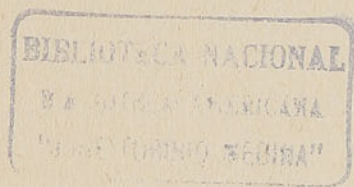
La *sala*, o salón, en la que reciben sus visitas, se

halla invariablemente provista en las casas de buen tono, tanto en la ciudad como en las aldeas y haciendas, de un *estrado*. Forma éste una plataforma, de ordinario dando frente a la puerta, como de un pie de alto y cuatro o cinco de ancho, cubierto con colchones o alfombras, en el que toman asiento las damas de la familia y sus visitantes; en tanto que en una fila de sillas muy bajas se colocan los caballeros, en diferentes sitios del cuarto. Aquí los hombres fuman sus cigarros y discuten los sucesos políticos del día, dirigiendo rara vez la palabra a las señoras; quienes, a su turno, fuman también sus cigarrillos, hechos de tabaco envuelto en hojas de maíz, y en ocasiones, cuando se les pide, tocan la guitarra y cantan. Esta costumbre tan insociable va acabándose rápidamente, y las señoras chilenas parecen muy agradadas de que los extranjeros se coloquen junto a ellas en el estrado, escuchando sus cantos y entrando en conversación con ellas. Fué esto en un principio considerado como falta de educación, pero después de excusado, en vista de que los extranjeros ignoraban las costumbres del país, se ha hecho de buen gusto. En verdad que en cualquiera nación de Sud-América la conversación con las mujeres es con mucho preferible a la de los hombres. Ultimamente, algunas familias que se preciaban de seguir los modales ingleses han comenzado a dar reuniones para tomar el té, pero pasarán muchos años todavía antes de que abandonen por completo el uso del mate y de la bombilla.

Aquél es una copa pequeña, generalmente de plata, y entre las clases más pobres, de loza obscura, o de un diminuto calabazo de forma ovalada, con un pie de la misma materia. Deriva su nombre del *mate*, o calabaza, que fué en un principio, y continúa aún siendolo entre la gente del pueblo, usado a ese efecto. Habiéndose colocado dentro de él algunas hojas y vástagos machacados de la *yerba del Paraguay*, con un poco de azúcar, y a veces tajadas de limón, se le pone agua caliente, y la infusión se chupa por medio de una *bombilla*, o tubo de plata, estaño o caña, que tiene en un extremo un bulbo agujereado para impedir que penetre en la boca el polvo de las hojas. El mate circula de mano en mano entre todos los presentes, y no es raro que el criado negro que lo presenta, lo pruebe primero para ver si está lo bastante dulce, antes de ofrecerlo. La infusión se toma siempre tan caliente, que hace mucho daño a la dentadura, pero se considera altamente impolítico dejar que se enfríe.

El traje de las chilenas es al presente muy parecido al de las señoras inglesas, salvo que en ningún caso usan sombrero, limitándose a cubrir la cabeza con un pañuelo cuando salen a la calle. Con muchísima razón estiman que sus negros rizos son harto más sentadores que cualquier artificio para cubrirse, y como aún las mujeres de la clase más pobre se toman el mayor trabajo en trenzarse y adornarse el cabello, tienen un honesto orgullo en mostrarlo. El chal se considera prenda de vestir indispensable

en todas las clases sociales; las aldeanas gastan, en vez de uno de seda o gasa, un *rebozo*, que es una pieza cuadrada de tela basta. Este lo usan en todo tiempo, aún cuando cocinan o se ocupan en otros menesteres domésticos, y se manifiestan del todo avergonzadas si se las ve sin él, o, como ellas dicen, «en cuerpo». Cuando van a misa, siempre llevan traje negro, con una mantilla, y aún los mendigos poseen algunos andrajos del mismo color, que reservan cuidadosamente para ese efecto.



CAPITULO IV

Camino de Valparaíso a Santiago.—Cuesta de Zapata.—Aspecto matinal de Casablanca.—Cajón de Zapata.—Bustamante.—Madera de espino.—Cuesta de Prado.—Llano de Santiago.—Vista de los Andes.—Estero de Pudahuel.—Entrada a la capital.—Plaza mayor.—Aguadores.—Edificios públicos.—Escuelas.—Plata labrada de las iglesias.—Penitencia pública.—Cargando la cruz.—Festividad de Corpus Christi.—Procesión de San Pedro por el mar.—Casa de Ejercicios.

El camino real de Valparaíso a la capital pasa sobre dos cerros altos y empinados, llamados cuestras, sobre los cuales se ha labrado una carretera que va serpenteando, a mucho trabajo y costo. Una de esas cuestras, denominada de Zapata, se halla cerca de la villa de Casablanca, y la otra, mucho más alta, la Cuesta de Prado, está situada entre la posta de Bustamante y la laguna de Pudahuel. El número de vueltas de estos caminos, es, por cierto, considerable, a fin de lograr una subida bastante gradual para que las carretas pesadamente cargadas puedan ser arrastradas. En la Cuesta de Prado hay no menos de cincuenta y seis vueltas. Siendo los cerros en los que han sido labradas muy empinados, apenas de-

jan espacio para que puedan pasar dos carretas a la vez, de tal modo que la parte interna de cada una quede en situación perpendicular al eje de la inmediata.

Estas cuestas se hallan muy expuestas a deteriorarse con las lluvias fuertes, que forman en ellas profundas zanjas; el camino, labrado en un terreno rocoso, con frecuencia se ve cortado, minado ya por el agua, o, como acontece con frecuencia, por las sacudidas de los temblores. Las vueltas, cuando quedan obstruidas por el cascajo y piedras que han caído sobre ellas, son fáciles de limpiar, pero resulta casi imposible llenar con seguridad las grietas, y lo angosto de ellas, no permite excavación alguna del costado del cerro para salvar los malos pasos. El lado de la cuesta en que se desarrollan las vueltas se alza perpendicularmente sobre el valle, y si la fuerza de los bueyes al subir llega a fallar, o se rompe de repente el pértigo (lo que con frecuencia ocurre aún en terreno plano) nada bastará a impedir que la carreta se desplome para caer en un precipicio de varios centenares de yardas.

La vista, al mirar hacia atrás desde la primera cuesta, se extiende sobre un valle perfectamente plano, de unas ocho o diez leguas de largo y de unas cinco o seis de ancho. Este presenta un aspecto singular al romper el día en el verano. La superficie entera del suelo se ve cubierta con una densa neblina baja, que semeja vedijas del agodón más blanco, que se levanta del río y de los varios canales exca-

vados para el riego. Nada más se divisa entonces, a no ser las copas de los árboles y los pequeños montículos del suelo, que parecen islas en un mar mediterráneo. Luego de salir el sol, la niebla se levanta poco a poco, dejando ver gradualmente un hermoso paisaje del valle y la pequeña ciudad de Casablanca. Un camino de cinco leguas de largo conduce al pie de la cuesta, tan perfectamente recto y parejo, que produce una impresión extraña. La vista se engaña por completo al mirarlo desde la altura, por cuanto su brillante color blanquizo, para ir a terminar gradualmente en un punto, produce exactamente la ilusión de un delgado obelisco de piedra blanca.

El descenso del otro lado, que es muy breve y tiene mucho menos vueltas, conduce al Cajón de Zapata, llamado así por causa de ir el camino encerrado entre dos cerros y terminar en una quebrada. Por ésta corre un arroyo, tan completamente oculto por los árboles que la pueblan, que sólo se oye el ruido del agua, y se divisa una vez, cuando cruza el camino, para perderse inmediatamente entre los bosques. El Cajón abunda en caza, como perdices de patas rojas, palomas silvestres, *torcazas*, y una especie de hortelano, que llaman *zorzal*, abundante sobre todo en las viñas y cuya carne es tan sabrosa como la de aquel pájaro europeo. Toda esta región se halla infestada por innumerables bandadas de loros, de color verde y amarillo, cuyos incesantes chillidos resultan muy desagradables. Su plumaje es de un brillo extraordinario, pero tal belleza, a jui-

cio de los labradores chilenos, está muy distante de compensar los perjuicios que causa en las siembras de toda especie. Las bayas del *piquillín*, que abunda aquí, alimenta a millares del pequeño loro verde llamado *catita*, de cabeza blanca y plumas azules. Es como del tamaño del pinzón real, se domestican con facilidad y bien pronto aprenden a tartamudear el español.

Después de atravesar el río Curacaví por un vado, hondo en todo tiempo y a menudo peligroso, el camino corre al través de un fértil valle, en su mayor parte sembrado de trigo, hasta el pie de la Cuesta de Prado, así llamada por el nombre de una enorme propiedad de los alrededores. El terreno montañoso que se extiende entre Bustamante y el pie de la Cuesta está cubierto principalmente de espinos, árbol espinoso, rojizo, que crece hasta un grueso considerable. Produce una pequeña flor amarilla de una fragancia exquisita, llamada aroma, que las chilenas acostumbran guardar en sus baúles y otros muebles, porque, además de su olor agradable, se dice que ahuyenta la polilla. La tierra poblada de estos árboles en una gran extensión en muchas regiones de Chile está lejos de ser improductiva a sus dueños, según a primera vista pudiera creerse. Como los troncos de estos árboles son bastante altos y lo suficientemente derechos, producen una madera excelente para *horcones*, especie de vigas bifurcadas en la punta, que se entierran en los aleros terminales de las granjas para sostener el te-

cho de fagina, y en las esquinas y a todo lo largo, los mojinetes y envigado. Son útiles también para guardacantones, puentes y para toda obra forzosamente expuesta a mojarse, pues su madera es notablemente duradera y muy resistente a la humedad. Se vende con facilidad y a un alto precio, cortada en trozos para el fuego, pues arde bien, con poco humo y deja cenizas fuertes. Es también la madera más adecuada que exista en Chile, y quizás en cualquier parte, para hacer carbón, por lo cual se la busca con preferencia, pues no se puede obtener carbón mineral sino en las cercanías de Penco, en la bahía de Concepción, que contiene tanto azufre y es tan pizarreño que no sirve para los menesteres domésticos. Quizá ni aún para fundir el hierro.

Al llegar a la cumbre de la Cuesta de Prado se ofrece de repente al viajero una de las vistas más maravillosas que probablemente haya en el mundo. La llanura bien cultivada de Santiago aparece a sus pies, cubierta de arboledas y regada por los ríos Mapocho, Maypú y otros riachuelos que bajan de las montañas. Hacia la derecha, el valle de Puanque, rodeado por florestas de *bollenes*, *peumos* y *quillayes*, que han sido cortados en algunas partes para campos de cultivo. El obscuro *litre*, que es el *upas* de Chile, proyecta su triste sombra sobre muchos sitios de estos bosques. Es de una naturaleza ponzoñosa tan singular, que si se le toma impensadamente, produce en la piel una especie de erisipela, razón por la cual es difícil impedir que los peones lo

corten. Los que se acuestan a dormir la siesta a su sombra, invariablemente se despiertan con vahidos y náuseas y con los párpados tan hinchados, que de ordinario se hallan imposibilitados de proseguir su camino sin un guía. Se dice que los que duermen una noche entera bajo de ellos, sobre todo si cae bastante rocío, pagan con la vida su imprudencia. En el extremo más lejano se puede ver la ciudad misma, perceptible, a la distancia de treinta millas, por el número de sus blancas torres y campanarios, y circundada por pequeñas aldeas y quintas.

El fondo de este precioso escenario lo forman los majestuosos Andes, alzándose en todo su esplendor en inmensos semicírculos, dejando reducidos a cumbres insignificantes los cerros más altos que se levantan entre ellos y el valle. Estos apenas si se distinguen, o acaso si se fija en ellos la vista, sirven sólo para mostrar por contraste la inconcebible altura de la Cordillera. Esta es, con mucho, la vista más hermosa que puede observarse en Chile; porque aunque también logra divisarse desde el mar mucho antes que la costa, la distancia a que se encuentra no puede apreciarse lo bastante para dar una idea correcta de su elevación. Aún desde aquí, la altura sobre el nivel del mar desde la cual el viajero la divisa, le resta mucho a su altura aparente; y todavía, aunque el más cercano de sus picos se halla por lo menos distante de la Cuesta trece o catorce leguas, parece que estuviera sólo a unas cuantas millas. Se ven mejor aún en el invierno,

cuando se hallan completamente cubiertos con un manto de nieve, que al reflejar los rayos del sol poniente, brillan tanto, que difícilmente pueden mirarse de fijo. Los precipicios y hondonadas que tienen se alcanzan a distinguir con los varios reflejos y sombras que en ellos se proyectan con la nieve. Mucho tiempo después que el sol se ha puesto en Santiago, sus rayos alumbran sus picos más altos, en tanto que la ciudad se halla punto menos que a oscuras, a causa de que en Chile casi no hay crepúsculo, sobre todo en los meses de invierno.

El descenso de la última cuesta hasta el plan es mucho más breve y acentuado que la subida. El estero de Pudahuel es el único mal paso que aún resta en el camino, con un vado muy peligroso, porque las arenas se mudan con frecuencia y se alejan del sitio del paso. Después de cada aguacero grande, el *vadero* o cuidador del vado, tiene la obligación de cruzar el estero a caballo y señalar el lugar en que puede pasarse con la mayor seguridad. Este oficio se halla confiado a un huaso viejo, que construye su rancho en la orilla, al comenzar la estación lluviosa, y de ordinario gana lo bastante para mantenerse durante el año sirviendo de guía a los extranjeros para mostrarles el vado.

Como media milla más arriba del paso, las orillas del estero son altas y no muy separadas, de tal modo que sería fácil construir allí un puente, o colocar un bote, pues el agua es honda y no muy correntosa. Aún no ha sido esto hecho por el

Gobierno, y así, sucede con frecuencia que el muchacho que conduce el correo de Valparaíso se ve allí detenido a la orilla durante tres o cuatro días, esperando la oportunidad para pasar el río. Tal número de carretas, carruajes de toda especie y hombres de a caballo se reúnen aquí cuando el río va crecido, que parece una feria. Suelen llegar carretas con grupos de mujeres (trayendo, por supuesto, sus guitarras) que vienen sólo a divertirse y para ver y ser vistas de los pasajeros que cruzan el vado. Carreras de caballos y el juego se inician en la ribera. Los huasos tienen siempre algunos caballos altos y fornidos que recomiendan como muy buenos nadadores a los que tienen prisa de pasar al otro lado, y se hallan siempre listos para ofrecer su ayuda a los *birlochos*, especie de carruaje para un caballo, que se usa mucho en este camino.

Las calles al entrar a Santiago por el obelisco son insignificantes y mal pavimentadas, pero se mejoran mucho a medida que se avanza hacia el centro de la ciudad. Están enlozadas de ambos lados con piedras de pórfido rojo del San Cristóbal, y muchas de las casas son hermosas. La plaza mayor es espaciosa y mantenida con limpieza. Tiene una hermosa fuente de bronce en el centro, rodeada de un tazón de piedra labrada. Constantemente se halla rodeada de *aguateros*, o conductores de agua, llenando los barriles que llevan a vender por las calles en mulas, sentados entre los barriles. Un *viaje* o carga de agua se vende por un real, y el

agua se entrega sin necesidad de descargar los barriles por medio de agujeros que tienen en la parte alta y baja

El Cabildo dispuso, en 1829, que este gremio de los aguadores dejase el estridente pregón que acostumbraban desde tiempo inmemorial, diciendo «agua», y que todos llevasen colgada de los barriles una campanilla cuyo sonido sirviese de anuncio, en lugar de hacerse presentes por su antiguo grito. La innovación fué obedecida de muy mal grado, dando origen a muchas reyertas entre ellos y la muchedumbre, que acostumbraba fastidiarlos durante largo rato cuando pasaban, preguntándoles cuáles de sus deudos se hallaban «en capilla», aludiendo a la práctica de que en los días de alguna ejecución capital se pidiese limosna al toque de campanilla para costear una misa por el alma de los malhechores. Estos aguateros deben sacar licencia del Cabildo y sólo se les permite ejercer su industria en el radio de la ciudad que les está señalado. En cada barrio hay un *cabo* de los aguateros que se hace responsable de la conducta de los de su distrito y los encabeza cuando se produce algún incendio en la ciudad, circunstancia en la que se les obliga a estar con sus barriles listos para acarrear agua.

Los edificios públicos de Santiago son todos contruídos de ladrillos (excepto la catedral), en un estilo bastante hermoso, sobre todo la Casa de Moneda, que se halla aislada, con una plazuela a su frente, en la cual existe una fuente de agua muy cla-

ra. Este edificio abarca una cuadra, o sea, cerca de doscientos cincuenta pasos en todo sentido; es de dos pisos y consta de tres patios y una capilla, donde se dice diariamente misa para las familias de los que anteriormente fueron empleados del establecimiento y que tienen allí hermosos departamentos. Al presente no se acuña moneda alguna, pues toda la maquinaria, y aún las grandes losas en que descansaba, fueron enviadas a Coquimbo por el General Pinto cuando desempeñó la presidencia.

El Consulado, donde funciona un tribunal que resuelve todas las cuestiones de comercio, y tiene sus oficinas el Banco Nacional, está situado en la plazuela de la Compañía, frente al hermoso templo que antiguamente fué de la Compañía de Jesús. Cercano a él está el colegio que fundaron los jesuítas. Se halla actualmente lleno de estudiantes chilenos, a cargo de maestros de ideas más liberales, que los educan, no como antes, exclusivamente para la Iglesia, sino para todos los puestos sociales. En otro lado de la pequeña plaza se halla la Aduana, edificio vasto, donde todas las carretas que llegan del puerto cargadas de mercaderías tienen que parar. Frente a ésta, está el Coliseo, teatro mísero, el cual, sin embargo, es bastante concurrido todos los miércoles y domingos.

El Palacio del Presidente, en el cual se hallan las oficinas públicas y la Tesorería, es una hermosa construcción de ladrillos, con el frente de pórfido rojo y con pilastras y esquineros de piedra de lo mismo. Es-

te edificio, juntamente con la cárcel, que está edificada en el propio estilo y parecen formar un todo homogéneo, componen un costado de la plaza. El próximo a éste ocupa la catedral, de piedra labrada, y el palacio del Obispo. Este último ha sido convertido en colegio para señoritas, donde las hijas de los vecinos principales son instruidas en todos los ramos de educación, y hasta se les enseña inglés y francés. Esta escuela, o Colegio, como se le llama, tiene maestros para todas las asignaturas, muchos de ellos extranjeros, y se rige por métodos completamente nuevos en Chile. Las niñas, que viven en sus casas, está dispuesto por orden del Gobierno inserta en la *Gaceta* que usen gorra y guantes cuando van o salen de la escuela, y las que viven en ella son visitadas y conversan todas las tardes con algunas de las más respetables damas de la ciudad, a intento de que aprendan buenos modales. Hay varias otras escuelas para niñas, conforme al sistema europeo, una de las cuales está regida por dos francesas. Existen también colegios para jóvenes y niños, bajo la misma base. De hecho, el pueblo de Chile comienza a comprender la necesidad inevitable de que la generación que se levanta tenga mayor ilustración que la de sus padres, estando bien persuadidos de sus defectos precedentes, derivados del único sistema de educación que permitían los españoles en sus colonias.

Frente a la catedral se halla el Café de la Nación, que tiene por ambos costados hileras de pequeñas

tiendas, que ocupan el resto de la plaza. Las casas que están sobre éstas se hallan ruinosas y la hacen desmerecer, pero como sus dueños residen en Lima, el Gobierno de Chile no toma medidas para remediar semejante defecto. Había, algunos años atrás, una arcada a lo largo de este lado de la plaza, que constituía un agradable paseo en los días lluviosos. Además de las tiendas que abrigaba, había cantidad de *baratillos*, o pequeños tabancos, para la venta de cuchillos y cintas. Estas arcadas, llamadas aquí portales, han sido derribadas, sin razón alguna ostensible, habiéndose dejado las paredes en que se apoyaban completamente desnudas. Los dueños de los baratillos los han trasladado al medio de la plaza, donde estorban el paso con sus puestos y toldos de lona. A ellos se les han juntado los vendedores de paños ordinarios, ponchos y sillas de montar, con lo que escasamente hay espacio para cruzar la plaza. Sin embargo, como todos ellos pagan un fuerte impuesto para poder vender aquí sus mercaderías, el Cabildo tolera esa incomodidad.

Hay en Santiago muchas bonitas iglesias, conventos y monasterios, sobre todo los de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín. En la tarde del miércoles santo se pueden ver las iglesias sumamente concurridas. Es el día en que todo buen católico debe rezar las «estaciones», esto es, hacer oración en siete diferentes altares por lo menos, en memoria de los siete principales sucesos que se verificaron durante la cruxificación de nuestro Salvador.

Cada iglesia trata de competir con las otras en el esplendor de sus iluminaciones y expone a la expectación pública en esa noche todo el oro y plata que posee. Las *custodias* o relicarios que encierran la hostia consagrada, son especialmente magníficas. Están fabricadas de oro macizo y ricamente ornamentadas de perlas y piedras preciosas. Una que pertenece a la Catedral, se asegura haber costado más de trescientos mil pesos y hay también otras tres o cuatro en la ciudad casi tan valiosas.

Durante toda la semana de Pasión, pero más especialmente el miércoles en la noche, muchos *penitentes* recorren la ciudad, llevando velos negros y azotándose duramente las espaldas desnudas. Esto les es a veces impuesto como penitencia por sus confesores, pero, de ordinario, lo ejecutan de su propia voluntad, imaginándose adquirir con eso méritos suficientes para que les sean perdonados sus pecados más atroces. Otra manera de penitencia, y aún más fuerte, es cargar a costas una cruz pesada de madera para conducirla a alguna de las iglesias principales, llevando el penitente atadas las muñecas a los palos de la cruz. Esta clase de devotos tiene que ir acompañada por amigos, para evitar que se caigan, porque inevitablemente se lastimarían mucho al dar un paso en falso, estando sus manos ligadas. Muchos de ellos, aún hombres robustos, se desmayan con el peso de la cruz. Cuando se les desata, sus amigos tienen que bajarles

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

92
Los brazos muy poco a poco, por cuanto sufrirían horriblemente si los soltaran de improviso.

En la fiesta de Corpus Christi tiene lugar en todas las ciudades de Chile una procesión de aspecto mucho más alegre y, al parecer, de muy remoto origen. La forma una clase de individuos llamados *catimbados*, que se visten con trajes como de una mascarada fantástica. Algunos de ellos representan indios en su traje antiguo. Otros se visten a imitación de los catalanes, con calzones blancos ajustados y medias de seda; camisas blancas, finas, con mangas muy anchas, cubiertas con colgajos de cintas, y sombreros altos, de cartón, también adornados con profusión de cintas, collares y pedazos de espejos. Estos van de casa en casa y a todos los paseos, acompañados de músicos, y ejecutan una graciosa y complicada danza, llevando en las manos espadas relucientes. Van encabezados por uno que representa a su alcalde, que lleva un cetro con empuñadura de oro como insignia de su oficio. Les acompaña una especie de bufón, disfrazado como demonio, con cuernos y cola. Se le apoda el *mata-gallinas*, y va con una larga fusta abriendo sitio para los bailarines, sin consideración a la muchedumbre, la que, sin embargo, está obligada a tomar sus azotes sin ofenderse. Los *catimbados* son todos jóvenes criollos buenos mozos y van con sus caras pintadas de rojo y llevando en las manos pañuelos blancos perfumados.

En el día de San Pedro, que es el patrón de los

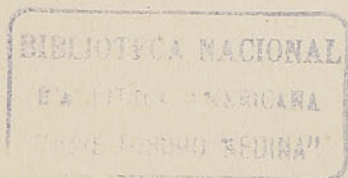
pescadores, se juntan en Valparaíso todos los botes y canoas, adornados con banderas, cintas y chales de mujer de todos colores. Se prepara una lancha grande y muy decorada para recibir al Santo, que es sacado de la iglesia principal en brazos de un Padre, en medio de los repiques de campanas de todas las iglesias. Al frente de la imagen y a su alrededor van bailando los *catimbados* hasta la orilla de la playa, a menudo dando vueltas en contorno y haciendo reverencias delante de ella. El sacerdote se embarca en seguida en la lancha, en medio de las aclamaciones del gentío que se junta para seguir la procesión, y del disparo de voladores y otras piezas de artificio. La lancha atraviesa la bahía, acompañada de la alegre flotilla de canoas y botes, en dirección a la Caleta, pequeña aldea situada sobre unos peñascos en la costa, habitada especialmente por pescadores, donde se levanta un altar en la playa para la recepción del Santo. Aquí la confusión es grande para alcanzar el honor de desembarcar la imagen, echándose todo el mundo al agua para recibirla, empresa en la que triunfan de ordinario los huasos, que se lanzan en sus caballos y llegan a la lancha antes de que toque la orilla. En conjunto es un espectáculo pintoresco, pero la fiesta, como la mayor parte de las que se verifican en el mar, rara vez termina sin que se vuelquen algunas de las canoas, ya por ir demasiado cargadas, ya por el aturdimiento de los espectadores en su alegría, persuadidos como se hallan de que los que participan en esta

ceremonia con devoción y entusiasmo tienen asegurada una pesca abundante.

La Casa de Ejercicios es un edificio vasto, cerca de la Cañada, erigida últimamente y mantenida por erogaciones particulares, para recibir a los penitentes, que siguen las prácticas de devoción que allí tienen lugar en determinadas épocas del año por espacio de nueve días. Los que tienen recursos contribuyen para el mantenimiento de la institución, y los pobres son admitidos con certificado de sus confesores. Estos nueve días se gastan casi por entero en confesiones, oraciones diurnas y nocturnas y en mortificaciones voluntarias. Se asegura que no media para esto compulsión de ninguna especie; por el contrario, se suministra refrescos de toda especie a los ejercitantes y diariamente se presentan en la mesa los mejores guisos y vinos, como para hacer prueba de su temperancia. Son servidos por caballeros y señoras, según su sexo, que hacen así mérito de desempeñar para con ellos los oficios más serviles. Después de las oraciones de media noche en la capilla, se apagan todas las luces, con excepción del cirio que arde en el altar, y a cada ejercitante se entrega una *disciplina* o chicote; y habiéndose desnudado las espaldas, se azotan a sí mismos, con más o menos fuerza, hasta que suena una campanilla como señal para que cese la flagelación. A tal estado de fanatismo son llevados sus ánimos por las prédicas que se les hacen desde el púlpito, que de ordinario continúan su penitencia, sin atender

a la señal, hasta que algunos se desmayan con los azotes que se han aplicado.

Es una escena curiosísima presenciar la «vuelta al mundo» de esos ejercitantes, según ellos dicen, después de este período de encierro y mortificación. Por lo que toca a las mujeres, causa pena observar el estado de debilidad nerviosa a que se hallan reducidas por el ayuno y penitencias y por los espeluznantes sermones que han oído de los frailes por turno diputados para el efecto. Sus amigos consideran de todo punto necesario buscar carruajes para volverlas a sus hogares, porque de ordinario salen sin aliento e histéricas. Pero es del todo ridículo ver a doscientos o trescientos hombres fornidos que vayan gimiendo o llorando como niños y cayendo de rodillas en la calle cuando encuentran a sus conocidos, pidiéndoles perdón de las ofensas que hayan podido hacerles, porque tal es siempre la penitencia impuesta al que sale de la Casa de Ejercicios.



CAPITULO V

Río de Santiago.—El Tajamar.—Anécdota de un marqués chileno.—Paseo de la Cañada.—Cafés.—Improvisadores.—Puente.—El Mercado.—Fuerte de Santa Lucía.—Cementerio público.—Crueldades de San Bruno.—Modo de transportar la correspondencia en Chile.—Vigilantes.—Policía.—Impunidad de las mujeres criminales.

El Mapocho, que atraviesa la ciudad de Santiago,—cual sucede con las corrientes de las montañas,—ha cambiado de lecho. No hace muchos años llenó con cascajo el que antes ocupaba del otro lado del cerro de Santa Lucía, pasando al través de la Cañada, donde pueden verse aún las huellas de su antiguo curso, aunque en muchos sitios nivelado y en parte con edificios. El arroyo, de ese modo, ha levantado tanto su nivel por la acumulación constante de arenas y cascajo, que el agua en los inviernos se halla a mayor altura que la planta de la ciudad.

Un *tajamar*, que en su sentido literal significa rompe-aguas, fué construído por el presidente español O'Higgins, a intento de prevenir las irrupciones del río. Esto puede ocurrir en no mucho tiempo y destruir inevitablemente a Santiago. El avance que

el río ha hecho ya se descubre fácilmente observando el antiguo tajamar, que fué construído como a unas veinte yardas más cerca de la corriente de las en que se halla el actual y aunque, a no dudarlo, tuvo la altura suficiente cuando se levantó, se cubre ahora por completo con el agua en las grandes avenidas. El actual tajamar se extiende río arriba como dos millas desde el puente. Está hecho de ladrillos cocidos mezclados con cal, y es de unos seis pies de espesor, en lo alto, ensanchándose hacia el suelo, con más un parapeto de un solo ladrillo de espesor, de tres pies de altura, y se halla muy bien pavimentado en toda su extensión con guijarros pequeños, negros. Su altura total varía necesariamente según la naturaleza del suelo, alcanzando hasta quince o diez y seis pies en su mayor elevación. El curso del río va directamente contra los cimientos del tajamar, que ha socavado en algunos sitios y derribado parte de él en un espacio de cien yardas, en el extremo de más arriba, donde la barranca es, por fortuna, bastante alta. Sin duda alguna, pronto abrirá alguna brecha considerable, a no ser que el Gobierno tome algunas medidas para reforzar el molo, o desviar la corriente del río del lado opuesto. Este es el paseo favorito, cuando hace buen tiempo, como que la vista que se tiene sobre el río, los suburbios de la Chimba, cubiertos de jardines, y las montañas lejanas jamás puede hostigar.

Frontero al tajamar y en la ribera opuesta del río se alza el San Cristóbal, cerro alto y de figura

cónica, en cuya cumbre hay una cruz de madera, tan grande, que se puede distinguir a la simple vista desde cualquier punto de la ciudad. Está siempre alumbrada con gran número de velas en la celebración anual de la festividad de la Cruz. Este punto marca el sitio en que se perpetró un asesinato de extraordinaria atrocidad por cierto Marqués de Chile, muerto no hace muchos años, y cuya familia se cuenta entre las más distinguidas de Santiago. Este personaje estaba extraordinariamente enamorado de cierta dama joven de la ciudad, pero era de temperamento tan celoso, que jamás permitía que se le juntaran ni sus más íntimos amigos. Uno de ellos, herido por tal desconfianza, resolvió vengarse, poniendo a prueba los celos del Marqués, a cuyo intento se presentó en casa de la joven dama al saber que su amante se hallaba en el coliseo, procurando inducirla del mejor modo que pudo para que le acompañase hasta allí. No habiendo logrado reducirla a dar ese paso, ideó, a pretexto de examinarlo, que le entregase un anillo que hacía poco le había sido obsequiado por el Marqués, declarando entonces que si no quería ir con él al teatro, al menos se presentaría allí con el anillo, lo que en efecto hizo, a pesar de los empeños de la dama para disuadirlo. Habiendo entrado al mismo palco en que se hallaba el Marqués, no le fué difícil que éste se fijara en el anillo que conocía muy bien, y al ser interrogado sobre su procedencia, dió tales evasivas que no dejaban duda de la traición de aquel su ami-

go y de la falsía de su dama. El Marqués abandonó el teatro en el acto y se marchó de prisa a su casa, donde le rogó que la acompañase en su coche para ir a un baile, que dijo iba a celebrarse en casa de un amigo en la Chimba. Al llegar al pie del San Cristóbal, despachó el carruaje, y bajo un pretexto cualquiera la alejó hasta un sitio en donde no podían oírse de las casas vecinas, y sacando allí su espada, la obligó a que lo siguiese hasta la punta del cerro, donde la asesinó, sin decirle palabra, según confesó después, del fundamento de sus celos. Regresó a la ciudad, donde contó que se había desbarrancado, pero al cabo de algunos días, unos niños que fueron a jugar al cerro descubrieron el cadáver. Hallaron también cerca de él una liga con diamantes, que fué reconocida como prenda que el asesino acostumbraba usar en público. Fué interrogado elcalesero, quien testificó haber dejado a la infeliz mujer en compañía de su amo, más allá de las casas de la Chimba, la noche de su desaparecimiento. El Marqués contaba, sin embargo, con las influencias suficientes para escapar, habiendo sido condenado únicamente a pagar una pensión anual a la madre de su víctima, que era una viuda. A pesar de que estos hechos se hicieron públicos, nadie dejó de acompañarle como de antes, y no mucho después se casó.

Pocos años atrás había paralela al tajamar una buena carretera, sombreada por hileras de álamos y adornada en cada uno de sus extremos por dos tazones de agua con sendas fuentes en el centro.

Aquí era costumbre que se reunieran el Presidente español y lo más distinguido de la ciudad en las tardes del verano para gozar del fresco y oír música, pero los álamos han sido derribados y se hallan al presente tendidos sobre las murallas a que daban sombra, la fuente está obstruída con arena y la carretera, descuidada y desierta.

La Cañada es hoy el principal paseo público de Santiago, si bien su situación, en cuanto a perspectiva, no justifica la preferencia que se le da sobre el Tajamar. Es una larga faja de tierra, que se extiende desde la cercanía del cerro de Santa Lucía hasta el llano de Portales (llano de las afueras de la ciudad en que de ordinario practican ejercicios las tropas), con cuatro magníficas hileras de álamos, que han crecido hasta mucha altura, regados por pequeños canales que corren cerca de sus raíces, constantemente llenos de agua corriente muy clara. Entre las dos hileras centrales hay un espacio bastante ancho para el paseo, relleno con arena gruesa, que se conserva escrupulosamente aseado, pues se barre y riega dos veces al día en verano. Hay en él dos espacios circulares, llamados *óvalos*, que han de atravesar los carruajes y caballerías que van de la ciudad al llano de Maypú, sin que se les permita invadir otra parte alguna del paseo. Bancos de piedra pulida, labrados a imitación de los lechos de Grecia, se hallan colocados alrededor de los óvalos y a distancias iguales a todo lo largo de la calzada central. Aquí se verifica el principal paseo, porque

los otros dos son más angostos, y como están destinados a la gente de a pie no se conservan tan bien aseados. Acada lado de éstos, pero separados de ellos por pequeños canales de agua corriente, se ven dos caminos anchos para carruajes de toda especie y para la gente de a caballo. Las iglesias que hay en la Cañada son varias y hermosas, y los jardines de las casas de los particulares son los más extensos de la ciudad. Hileras de baños, tanto fríos como calientes, se hallan en los jardines del fondo de las casas, que se conservan regularmente aseados y con excelentes reglamentos. Durante los meses de verano bandas de músicos de los diferentes regimientos acantonados en Santiago tocan todas las tardes en los óvalos, hasta horas avanzadas y de los cafés vecinos se puede procurar toda clase de refrescos, de donde se despachan mozos con bandejas a pedir órdenes. Se guarda la mayor compostura. Serenos o vigilantes están siempre patrullando los costados del paseo, de tal modo que grupos numerosos permanecen en este sitio durante la época de calor hasta las dos o tres de la mañana.

Los cafés tienen todos corredores, en los que se colocan mesas y asientos para el que quiera entrar a descansar. Hay también música y canto, que costean los propietarios para entretenimiento de los concurrentes, pues está en su interés contratar buenos músicos y cantores para atraer gente a sus casas. Estos cantores se las dan de ordinario de improvisadores, por lo menos siempre se preparan con

nuevos versos, de ordinario satíricos y adaptados a los antiguos aires nacionales. En ellos hacen frecuentes alusiones a las novedades que ocurren en la ciudad, a las que siempre prestan los chilenos atento oído, sobre todo si son materia de escándalo. Uno de estos trovadores, que gozaba de gran favor en el público, conocido que era con el sobrenombre de *La Monona*, por una tonada que a diario se le pedía que cantase, compuso tal número de versos satíricos sobre este tema, con alusiones a las monjas y frailes, que los priores y abadesas hubieron de preocuparse del asunto y se valieron de sus influencias cerca del alcalde de la ciudad para que encerrase al infeliz cantor en la Casa de Corrección. Pronto, sin embargo, fué sacado de allí por la intercesión de un cacique araucano llamado Venancio, que se hallaba en Santiago con una misión de su patria y había estado muy entretenido con su canto.

El puente que atraviesa el Mapocho y conduce a la Chimba es alto y ancho. Desde él nace una calzada que se extiende a considerable distancia de ambas orillas, más allá del lecho ordinario del río, con ocasión de las repentinas y violentas creces que se producen por el derretimiento de las nieves en la Cordillera. También un temblor fuerte puede ocasionar una grande y peligrosa inundación repentina al derribar avalanchas de nieve a las quebradas de donde nace el río. Tal fué la causa principal de las destructoras avenidas que ocurrieron en Noviembre de 1822. Sobre cada uno de los estribos

hay un pequeño ensanchamiento, en los cuales se han establecido baratillos últimamente, y como por las noches se iluminan, le dan al puente un hermoso aspecto. Del lado de la Chimba, donde a la terminación del puente se abren dos calzadas altas, hay una casa con guardias, apostados allí para protección de los transeuntes y de las tiendas, porque los robos son en estos sitios muy frecuentes. El puente ha sufrido desperfectos con el gran temblor de 1822, que manifiestamente lo ha desplomado en su línea vertical.

Entre el puente y el convento de Santo Domingo hay un espacio abierto, que antiguamente era llamado el Basural, por arrojarse allí las basuras de las calles y las inmundicias de toda especie. Aquí se halla ahora la Plaza de Bastimentos, o mercado, edificio espacioso y adecuado a su objeto, de una cuadra de extensión por cada lado, con cuatro grandes puertas de entrada y en ellas apostados centinelas o guardas para impedir que penetren caballos o mulas. Esta cortapisa produce gran disgusto entre los huasos, que manifiestan gran repulsión a desmontarse, pues tienen la costumbre de comer sus guisos y transar sus negocios jinetes en sus caballos.

En la calle de Santo Domingo se halla ubicado el Correo, a cuya puerta se coloca diariamente una lista de las cartas llegadas por las diversas valijas. Al fin de cada mes se sacan para poner otras y se añade una lista de cartas no reclamadas durante el

último mes y las demás referentes a los años pasados, que llenan el pasadizo de la puerta de entrada. Este servicio está muy mal organizado en todo Chile. Como el Gobierno acostumbra arrendar los puestos por cánones muy subidos a particulares, el interés de éstos está en ahorrar gastos en cuanto les sea posible. Según eso, cada correo, encerrado en valijas que han servido durante años, se confía a muchachuelos de la última clase, que con la mayor facilidad pueden ser robados u obligados a entregar lo que llevan. A pesar de la baratura de los caballos en Chile, postas de míseros jamelgos medio extenuados se emplean para ello, a cuya causa las cartas sufren retardos vergonzosos en el camino, sin contar los frecuentes extravíos que ocurren.

Un cerrito de rocas se alza abruptamente cerca del río, en los suburbios de la ciudad, en el cual se halla el fuerte Santa Lucía, construído en tiempo del presidente español Osorio con el propósito no ignorado de bombardear la ciudad en caso de una revuelta. En realidad, sólo domina las calles y la Cañada. Fué construído por prisioneros patriotas, algunos de ellos gente respetable y padres de familia, quienes por alguna expresión sin alcance alusiva al gobierno tiránico de los españoles, o aún por habérseles encontrado por las calles después de obscurecido, se les condenó a trabajar aherrojados en esta dura labor, por el mayor de plaza, el famoso San Bruno. En la cumbre del cerrito se ven piedras sueltas, que parece van a desprenderse sobre las

casas que hay al pie. Algunos de los infelices presos que aquí trabajaron fueron muertos aplastados al remover algunas de ellas para nivelar la parte del cerro en que se construyeron el fuerte y las baterías. En una de las plataformas hay un aparato para disparar al medio día un cañón, que se considera por los chilenos sumamente ingenioso, por medio de un vidrio de aumento, estando colocados las lentes de tal manera, que en el punto en que el sol llega al meridiano prende fuego a un reguero de pólvora que llega al oído del cañón. Como se le ajusta todos los días, responde a su objeto regularmente bien en los meses de verano y el estampido del cañón a esa hora presta gran servicio a los labradores a varias millas de la ciudad. La vista desde el Santa Lucía es extensa y hermosa. Abarca toda la ciudad y sus alrededores, con el llano de Maypú y el paseo de la Cañada, por un lado, y por el otro, el puente y el río, la hermosa aldea de la Chimba y el paseo público del Tajamar.

Varios ingleses y norteamericanos han sido anteriormente enterrados en este fuerte, ya que no podían gozar, como herejes, del privilegio de descansar en tierra bendita. En los últimos años se ha establecido un *Panteón* o cementerio, del otro lado del río, más allá del suburbio de la Chimba. Aquí se puede enterrar a todos, ya sea gratis, en caso de pobreza, ya pagando una pequeña suma proporcionada a la riqueza del difunto. Hay en el Panteón una pequeña capilla, en la que se dice misa diaria-

mente por las almas de los que yacen allí enterrados. El cementerio está circundado de una pared alta, con puertas de hierro que se cierran durante la noche para seguridad de las tumbas,—no porque en Chile jamás se disponga de los cadáveres para anatomías,—pero tal precaución es indispensable por causa de la multitud de perros sueltos que pululan en todos los países hispanoamericanos. Pasóse mucho tiempo antes de que los supersticiosos habitantes de este continente aceptaran la fundación de cementerios públicos, porque vivían apegados a la costumbre malsana de enterrar sus muertos, ya en las iglesias, ya en ciertos sitios vecinos a ellas. Al presente, con todo, y a mucha honra de los nuevos Gobiernos, se han establecido panteones en las vecindades de las más de las grandes ciudades y se han dictado leyes prohibiendo que los cadáveres, aún los de las monjas, se entierren en otro sitio.

Por medio de tan saludables disposiciones, muchas de las enfermedades epidémicas, anteriormente tan destructoras, se evitarán, sin duda alguna, en lo futuro.

El nombre de San Bruno, que acabo de mencionar, se recuerda aún en Santiago con horror. Designado por Osorio, el último de los presidentes de Chile, mayor de plaza, cuando los realistas reconquistaron a Santiago, después de la total derrota de los patriotas en Cancha Rayada, y resolvieron acabar de una vez con el espíritu nacional, si posible les fuera por cuantos medios de represión estuvie-

ran a su alcance. Se prohibió, bajo fuertes penas, a todos los habitantes, con excepción de los españoles, el que anduvieran por las calles después de obscurecerse, sin permiso escrito de San Bruno, y las reuniones nocturnas de toda especie. Cuando las campanas de las iglesias a la puesta del sol tocaban la *oración*, todo el mundo estaba obligado a sacarse la capa o el poncho, por malo que fuera el tiempo, y llevarlos en el brazo, para ver que no cargasen armas ocultas debajo de ellos. San Bruno en persona, disfrazado con poncho y *guarapón* (sombrero de paja de alas anchas), espiaba a las ventanas de las casas donde veía luz en las noches.

Si lograba percibir la menor palabra que pudiera traducirse en desafecto al Gobierno español, penetraba en el acto a la casa y arreaba para el calabozo con cuantos hombres en ella hallaba. Como siempre iba armado de pistolas y se sabía que era rufián sanguinario, jamás se intentaba resistirle, pero a fin de evitar que sus presos se le escapasen generalmente les obligaba a bajarse los calzones hasta los tobillos y en ese estado los conducía a la cárcel.

En cierta ocasión que caminaba por la calle de Ahumada a la cabeza de un pelotón de soldados, le cayó desde un balcón una cáscara de melón, que arrojó una señorita descuidadamente, sin haberle visto. Aunque bien cierto estaba de que eso había ocurrido sin premeditación, no quiso oír disculpa alguna, por cuanto la niña pertenecía a una familia

patriota, y a pesar de sus súplicas y lágrimas y de los ruegos de sus respetables padres la mandó conducir al cuartel, donde le hizo cortar el cabello al rape, como si fuera un delincuente, pasearla al rededor de la plaza, y después de esto, la despachó a su casa. La humillación sufrida era tan grande, que no pudiéndola resistir, se afectó profundamente y murió al fin de consunción a poco de haber recuperado los patriotas la ciudad.

Después de la batalla decisiva de Maypú, San Bruno fué reconocido por algunos huasos cuando trataba de fugarse. Conducido a Santiago, se le metió en un cuero de vaca fresco, cosido, que al irse secando lo iba apretando poco a poco, dejándole como en un cepo, forma en que fué paseado durante algún tiempo por las calles, para expectación del pueblo que tan cruelmente había tiranizado. Fué después fusilado en la Plaza, por orden de O'Higgins.

La policía de Santiago es bastante activa, y la ciudad está custodiada durante la noche por *sereños* (llamados así por hallarse expuestos al aire de la noche, de donde se dice también *serenatas* o cantos nocturnos). Son guardianes muy vigilantes, estando obligados a presentar ciertas recomendaciones antes de confiárseles el cargo. Se les hace responsables de los perjuicios, ya por medio de multa o prisión, en caso de negligencia culpable en el cuidado de las casas que tienen a su cargo, que son compelidos a pagar, después de tasados, los cabos y soldados del cuerpo. Están obligados a vocear el

tiempo que hace y la hora, cada cuarto de hora en Santiago y cada media hora en Valparaíso, haciendo sonar de cuando en cuando un pito para anunciar su presencia o llamar a sus camaradas. Están también en el deber de llevar recados de un punto a otro de la ciudad, durante la noche (por ejemplo, cuando se necesita de repente médico, *comadre* o *padre confesor*) como lo hacen, pasando la voz de puesto en puesto, con exactitud y secreto y casi con la rapidez de un mensaje telegráfico. Mientras andan para arriba y para abajo, tienen cuidado de ir examinando los cierros de las puertas y ventanas, que siempre están prontos para asegurar, porque se hallan autorizados para reclamar de los propietarios cierta suma de dinero, como multa, por la negligencia en que han incurrido. En particular un extranjero, si le acontece dejar la puerta de su habitación entreabierta después de obscurecido, puede estar seguro de encontrar estacionado allí a su regreso un sereno listo para increparle en alta voz la multa que habría tenido que pagar él, vigilante fiel, si una persona poco honrada hubiese encontrado la puerta mal asegurada.

En la capital, los serenitos antes de dar su grito, usan la piadosa exclamación de «Ave María Purísima», en tanto que los del puerto se limitan a decir «Viva Chile». En ambos pueblos, al ser relevados de su turno al amanecer por sus cabos, que los revisitan y alínean delante del teniente de serenitos, repiten siempre en alta voz una larga oración por

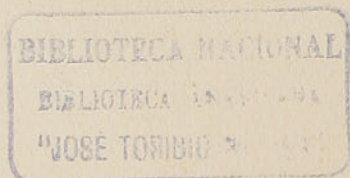
las ánimas del purgatorio, que terminan con un padrenuestro, pidiendo a las gentes piadosas que los escuchan que se unan a ellos en su oración.

Aunque son muchos los malhechores que apresara la policía, los robos y asesinatos se suceden con frecuencia, a causa de que, a pesar de su alarmante repetición, rara vez se aplica la pena capital y sólo en hechos de extraordinaria atrocidad, o cuando los culpables carecen de padrinos que intercedan por ellos. De otro modo, aún en casos de asesinato, son simplemente deportados a Valdivia, de donde bien pronto regresan, o se les coloca por algunos años en algún buque de guerra—en ocasiones después de seis o siete veces que han reincidido.

Antes de la presidencia del General Pinto, las mujeres quedaban impunes, aunque hubieran cometido los más atroces delitos, jactándose de no correr riesgo alguno de castigo, cualquiera que fuese la magnitud de ellos. Aún en el caso de ser condenadas *pro forma* a ser fusiladas, algún monasterio de monjas las reclamaba para penitentes de su Orden, solicitud que era siempre atendida. La que actualmente hace de jefe de la guardia de mujeres en la Casa de Corrección fué traída de las vecindades de la ciudad de Talca a Santiago, inculpada de haber asesinado a su marido, respetable hacendado, sin provocación alguna, sino simplemente por la parcialidad que demostraba hacia un peón de la estancia. Este asesinato fué descubierto por medio de dos soldados que en su camino para ir a reunirse con

su regimiento llegaron a la casa en busca de asilo y refrescos, cosa que les negó terminantemente, despachándolos desde la puerta. Regresaron, sin embargo, resueltos a proporcionarse por sí mismos algunas provisiones, y divisando el humo que salía de un horno, creyeron que tendría pan; lo destaparon, y dentro descubrieron el cuerpo que intentaba quemar. Se la declaró culpable y salió sentenciada a muerte, pero fué reclamada por las Agustinas como *devota* de esa Orden, y se le conmutó la pena en el fastidioso oficio de vigilar las presas.

Poco después que Pinto fué elegido presidente, produjo gran conmoción entre las chilenas el haber negado el indulto e insistido en la ejecución de una mujer originaria del suburbio de Guangualí, que, ayudada de su hija, asesinó a su marido y lo enterró en el suelo de su rancho, precisamente debajo de la cama en que dormían ella y su hija parricida. El infeliz era un aguatero, que fué echado pronto de menos por el cabo de su sección, quien, sospechoso de la mujer, registró la casa en compañía de sus colegas y estableció su culpabilidad sin la menor duda. Y aún más, tal gritería se levantó por este acto de justicia, que, junto con la traslación de la Casa de Moneda a Coquimbo, contribuyó en gran parte a la extrema impopularidad en que Pinto vino a caer.



CAPITULO VI

Motín a bordo de la fragata *Lautaro*.—Parte la *Independencia* a bloquear a Chiloé.—Breve pasaje a Huechucucui.—El Archipiélago.—Tablones de alerce.—Piraguas.—Bocas de Carelmapu.—Bahía de Valdivia.—Fuertes.—La ciudad.—Insurrección en Concepción.—Embarque del Regimiento del Coronel Beauchef.—Isla de la Mocha.—Bahía de Talcaguano.—El capitán Wilkinson herido.—Arribo de Freire a Valparaíso.—Deposición de O'Higgins.—Se retira al Perú.—Freire elegido Presidente.

La fragata chilena *Lautaro*, mandada por el capitán Wooster, había estado durante algunos meses bloqueando el archipiélago de Chiloé y se hallaba en extremo necesitada de provisiones de toda especie, que era imposible obtener en Valdivia, el puerto más próximo del dominio de Chile. Vióse así el capitán Wooster en la precisión de levantar el bloqueo y dirigirse a Talcaguano, el puerto de la ciudad de Concepción, a intento de procurarse las provisiones necesarias.

En repetidas ocasiones había anteriormente representado al Gobierno la falta de ropas para los marineros, que era del todo insuficientes en aquellos parajes fríos y húmedos, pero sin que el Minis-

tro de Marina le hiciera el menor caso. El resultado fué que cuando el buque recibió sus provisiones en Talcaguano y se dió la orden de levar anclas para ir a continuar el bloqueo, la gente subió en cuerpo al alcázar de popa, pidiendo que se hiciese rumbo a Valparaíso, donde podrían recibir la ropa que necesitaban, así como otras cosas que no era posible obtener en Talcaguano. Tal pretensión fué, por supuesto, rechazada, y al ordenárseles que se marcharan a sus puestos amenazándoles con castigarles por su insubordinación, se lanzaron sobre el almacén de armas, se apoderaron de ellas y de las que estaban en el armario de los marinos, tomaron posesión de la nave y desarmaron a los oficiales, que encerraron en los camarotes, con centinelas de vista, pero, por lo demás, tratándolos con respeto. Procuraron entonces que alguno de ellos se encargara de dirigir el barco, y como no lo consiguieran, ellos mismos lo pilotearon hasta Valparaíso, donde lo entregaron, sin cometer otro desmán alguno. Durante el tiempo que los amotinados estuvieron en posesión del buque mantuvieron entre ellos la más estricta disciplina y azotaron a tres marineros que se habían emborrachado en el entrepuente.

Habiéndose recibido por el Gobierno de Santiago informaciones de que un buque norteamericano estaba a punto de darse a la vela para Chiloé desde uno de los puertos intermedios (como se llaman los situados en la costa del Perú a barlovento de Lima) con oficiales, armas y dinero para Quintanilla, el

Gobernador español que residía en San Carlos, se dispuso que la *Independencia* fuese a establecer el bloqueo del Archipiélago, después de haber sido calafateada, reparados sus forros de cobre y provista de lo demás que necesitaba, luego de su regreso del Callao. Aunque zarpamos en mitad del verano, cuando prevalecen los vientos alisios del sudeste, tuvimos la primera noche una brisa del noroeste que nos arrastró hasta la punta de Huechucucui en Chiloé, a las ochenta horas de abandonar nuestro fondeadero de Valparaíso. A pesar de la extraordinaria rapidez de esta travesía, no alcanzamos a llegar a tiempo para interceptar el buque en cuya busca íbamos, habiendo entrado a la bahía de San Carlos unas pocas horas antes de que avistáramos la costa. En todo tiempo y en todas circunstancias el bloqueo resulta servicio muy desagradable y fatigoso, pero doblemente peor en una costa llena de peñascos y peligrosa, donde el mal tiempo y violentas ráfagas de viento se suceden constantemente. La costa occidental de Chiloé, frente a la cual volteábamos, no tiene una sola bahía, poblada como se halla de rocas inaccesibles, y los pocos sitios donde es apenas posible desembarcar resultan peligrosos para los botes, por causa de la constante y fuerte resaca que hay en la costa.

Forma el archipiélago de Chiloé un grupo de islas pequeñas, que han sido muy poco exploradas por los europeos. La única de alguna extensión es en la que está el asiento del Gobierno. En ella se

halla la bahía de San Carlos, que está bien defendida por fuertes y baterías y lanchas cañoneras. Se encuentra también en ella la ciudad de Chacao, antiguamente capital del grupo, y la de Castro. Ambos son buenos puertos, pero de difícil acceso. Estas islas se hallan separadas del continente por una ancha abra que forma el mar, y unas de otras, por angostos canales, por los cuales las mareas corren con gran velocidad, hasta poner en peligro la seguridad de cualquier buque que llegue a verse encalmado en ellos. Las islas más pequeñas están habitadas principalmente por indios y casi todas se hallan cubiertas de bosques tupidos. Se han abierto sendas al través de ellos, aquí y allá, por la quema de los arbustos, dejando en pie los árboles grandes, hasta que poco a poco se caen por efecto del fuego. Los utensilios agrícolas son pocos y primitivos. Rompen la tierra con azadón o azada grande, parecido al *graffaun* que usan en Irlanda ; y siembran las papas (su ordinaria cosecha) con una especie de pala, que fabrican del hueso de una espaldilla de carnero o de cabro.

Uno de los principales ramos de comercio entre los indios, tanto de las islas como de Calbuco, en el lado opuesto del continente, consiste en las tablas de alerce, cierta especie de cedro rojo. Muchos miles de estas tablas se enviaban por los indios en calidad de tributo al Gobierno español en Lima. El método de labrarlas es muy tosco, pues no usan sierra y se limitan a cortar los troncos de los árboles que

han derribado en trozos de diez a doce pies de largo. Los desbastan en seguida con hacha y los parten con cuñas, para hacer tablas de nueve pulgadas de ancho por media de grueso. Se usan mucho en Chile y en el Perú para entablados y techos de casas, para lo que sirven bien, por ser livianos.

En algunas de las islas hay una casta de caballos enanos y otra de carneros raquíuticos, que en su mayoría tienen tres cuernos. Los indios transportan a San Carlos y Castro en piraguas o canoas grandes, en algunas de las cuales pueden caber hasta cuarenta personas, cuanto producen sus islas. El fondo de la piragua está hecha de un solo tronco, excavado en parte por medio del fuego y terminado a fuerza de hacha; los costados los componen tablones largos, cosidos en sus extremos con tiras torcidas, hechas de cortezas de árboles. La isla principal es con mucho la mejor cultivada, y además de papas, produce trigo en abundancia, para lo que parece el terreno muy adecuado. Con todo, el clima de Chiloé es tan lluvioso y frío, que en algunas épocas se hace necesario cortar el grano antes de que madure, para secarlo en hornos, todavía en gavillas, por cuanto la temperatura no es lo bastante elevada para que permita sea trillado.

Los chilotes poseen grandes manadas de cerdos, de que hacen jamones pequeños, excelentes, muy poco salados, pero bien ahumados, de que exportan muchos miles anualmente. Las hembras, mientras crían, pasan en las casas, y no es de modo alguno

raro, aún entre familias respetables, que se vean camadas de cerdos bajo el estrado y en las piezas todas. Es costumbre entre los chilotos, al matar un cerdo, partirlo en pedazos menudos, con excepción de las piernas y espaldares, que se reservan siempre para jamones, y enviarlos a sus amigos y vecinos, quienes, por supuesto, se espera que retornen el obsequio cuando den comienzo a salar sus jamones. Merced a este plan económico, logran tener siempre carne fresca durante todo el año. Como la sal es en extremo escasa y cara, se verían de otro modo en la precisión de consumir mucho más carne a la vez de la que permite la frugalidad de una cabaña chilota, o arrojar la mayor parte.

La entrada al Archipiélago por el pasaje norte se halla casi cerrada por islas pequeñas rocosas, en las que abundan los lobos de mar y aves marítimas. Hay también rocas y escollos, entre los cuales la rapidez de las corrientes hace la navegación sumamente expuesta. El grupo tiene el nombre de los Farellones de Carelmapu, que lo toma del de una aldea y pequeño fuerte que se halla frontero en el continente. Son visitados a veces por los chilotos para cazar lobos o recoger huevos de pájaros, de que están literalmente cubiertos los peñascos en la época de la incubación. También matan allí bastantes *nutrias*, cuya piel es muy valiosa. Asimismo se recoge cierta especie de ámbar oscuro, tanto aquí como en las rocas vecinas de la costa. Refieren los indios que después de los fuertes vientos del norte suelen hallar algunos

trozos valiosos del semi-transparente de color pajizo. Trozos de un toscó pero fragante ámbar gris se varan a veces en la costa durante el invierno. Los chilotos lo llaman *meyene*, en la creencia de que lo secretan las ballenas, que se ven en gran número en las afueras de la costa durante esa estación.

Después de algunos pesados meses de bloqueo aquí, durante los cuales la *Independencia* había sufrido ciertos desperfectos, tanto en el aparejo como en la arboladura, por las frecuentes rachas de viento, se consideró necesario llevarla a Valdivia para que se le hiciesen las reparaciones indispensables. El aspecto de la costa en esta bahía es por extremo triste y poco halagüeño. A mano derecha se alza el ancho y escarpado Morro de González, contra el cual va a estrellarse el grueso oleaje del sud, levantando nubes de blanca espuma. Al frente de éste, se ve una costa escarpada, compuesta de rocas negruzcas quebradas, sin la menor muestra de vegetación. Más al fondo hay cerros cubiertos de bosques de follaje obscuro, que se divisan cubiertos de nubes la mayor parte del año.

Al penetrar en la bahía la vista es mucho más agradable, pues el canal en que se fondea corre a lo largo y muy próximo a la costa, en la que se muestran bastantes hermosas cabañas, con pequeños jardines, situadas entre los fuertes. El puerto está extraordinariamente bien defendido, pues fué fortificado por los españoles con un gasto de más de un millón de pesos. Siempre lo consideraron inexpug-

nable, hasta que pudieron convencerse de lo contrario por el ataque victorioso de Lord Cochrane, en el año 1819. Los fuertes principales son San Carlos, La Corona, Amargos, Niebla y El Corral. Todos están contruídos de tierra, con piedra labrada en los frentes, y armados con cañones largos de bronce de 24 libras. Estas piezas, hermosamente ornamentadas, fueron fundidas en la Real Maestranza de Lima, como también sus balas, que son de cobre. Cañones de la misma especie se hallan montados en todas las fortalezas a lo largo de la costa occidental de Sud-América.

El fuerte de Niebla está situado en el lado opuesto de la bahía, frente al fondeadero, que domina. Es difícil llegar a él en bote a causa de las rompientes, y se halla defendido de los ataques por tierra, por obras avanzadas y hondas trincheras cavadas en la roca viva. El Corral es un castillo que se levanta en un diminuto punto de tierra en la bahía, a distancia de medio tiro de mosquete del sitio en que forzosamente tienen que fondear las naves. Está dotado de cuarteles para quinientos hombres, departamentos para oficiales y una capilla. En la alta marea, el agua llega a sus muros, que tienen unos treinta pies de altura y los mismos de espesor. Rodean el castillo por tres de sus costados, y hay en él montados más de sesenta cañones de grueso calibre, muchos de los cuales pueden transportarse para defender el fondeadero. Del lado de tierra tiene una zanja pro-

funda y un puente levadizo, igualmente defendido por cañones.

Inmediata al castillo hay una pequeña aldea, que habitan las familias de los artilleros, cuya estancia allí es permanente, como también en los demás fuertes. Las casitas están hechas de madera, pavimentadas con gruesos tablones, de seis u ocho pulgadas de espesor, por causa de la humedad del suelo. Todas tienen jardines, que producen sólo unas pocas papas y hortalizas, pero los vecinos crían aves, de las cuales se ven con frecuencia obligados a mantenerse durante los temporales del norte. Cuando alguno se descarga, se interrumpe toda comunicación de los fuertes con el pueblo, por el grueso oleaje que penetra en la bahía. Va a estrellarse entonces en un banco llamado «Las Tres Hermanas», que se extiende al través de la caleta que da acceso a la ciudad, y se forman tres hileras de rompientes, entre las cuales han ocurrido muchos accidentes fatales.

Valdivia misma es un lugar de aspecto mísero, construída enteramente de madera. Las casas son espaciosas, pero se hallan en estado de ruina por la lluvia incesante que las va destruyendo. La ciudad está circundada de huertos de manzanos, de que los habitantes fabrican una buena sidra, siendo éste su principal ramo de comercio. Tienen poca cosa más que exportar, salvo leña y vigas para edificios, con las que suelen cargarse las naves que se dirigen al Perú. Un ingenio de aserrar se ha fundado últimamente por un inglés de apellido Carlow, que

también construyó aquí un bergantín. De la abundancia de madera que hay en sus vecindades y de la seguridad que ofrece la bahía, sería de creer que este lugar estaría pronto floreciente, si sus habitantes lograran desechar su natural indolencia. Nada se cultiva en la ciudad, a no ser papas y hortalizas, y aunque en Osorno, situado como a cincuenta millas de distancia, el trigo se da bien y el ganado abunda en las llanuras que lo rodean, ocurre tal número de encuentros en las incursiones que hacen los belicosos araucanos, sus vecinos, que los habitantes de Valdivia se ven con frecuencia destituídos de provisiones. Sin embargo, se distinguen por sus modales afables y su cara sana y rosada, en lo que se asemejan a los aldeanos de Somerset y Devonshire. Los chilenos han notado de tiempo atrás que los oficiales de sus regimientos, cuando van de guarnición a Valdivia, rara vez permanecen solteros, y no pocos ingleses, (atraídos, sin duda, por la semejanza que las valdivianas tienen con sus paisanas) se han vuelto benedictinos durante su residencia allí.

Encontramos fondeada en la bahía a la goleta *Mercedes*, su capitán Barragán, que acababa de llegar de Valparaíso. Por él supimos que el país se hallaba grandemente alterado a causa de la infame conducta del primer ministro, Rodríguez, que, sin embozo, se iba apoderando de los caudales públicos, arruinando el crédito de la nación y tolerando que numerosos sueldos átrasados debidos al ejército y

marina quedasen sin pagar. Las tropas de la provincia de Concepción, al mando del general don Ramón Freire, y el octavo regimiento de infantería, de guarnición en Valdivia, se hallaban sin vestuario y estaban dos años sin pagarse. El Director O'Higgins había sido requerido por la unánime voz del pueblo a que se desprendiera del ministro culpable, pero se negó a escuchar las quejas que se levantaban contra él y persistía obstinadamente en mantenerlo en su cargo. El ejército de Concepción se sublevó a causa de esta mal pensada obstinación, resolviendo hacerse justicia por sí mismo, o privar a O'Higgins del mando supremo. Freire había sido llamado por muchos de los hombres prominentes de Santiago, con los cuales mantenía correspondencia secreta, y esperaban sólo que se le uniera el regimiento número ocho para marchar sobre la capital.

La llegada de la *Independencia* en estas circunstancias ofreció una excelente oportunidad al coronel Beauchef, que mandaba ese regimiento, para procurarse nave en que transportarse a Talcahuano, donde Freire se hallaba. Había estado muy dudoso sobre si haría su marcha por tierra, a causa de que los caminos entre Valdivia y Concepción son malísimos y cruzan el territorio de los araucanos, que están casi siempre de guerra y siempre dispuestos a hostilizar las tropas que pasan por él (6). Durante

(6) Tan desconfiados se manifiestan los araucanos de los extraños que pasan por sus tierras, que el último obispo de Concepción, M. R. P. don N. Cienfuegos, estuvo en cierta

la primera noche de nuestra llegada, el coronel Beauchef reforzó en secreto con sus tropas todas las baterías del puerto, para prevenir cualquiera tentativa de la *Independencia* de escaparse, o aún de que fuese echada a pique, como pudiera suceder en caso de que el capitán Wilkinson no se prestase a unirse a los revolucionarios. No había necesidad, sin embargo, de tales precauciones, ya que la nave chilena abundaba en las mismas razones de queja por la conducta del primer ministro hacia ella como con el ejército. Así, cuando se le comunicó la empresa de que se trataba y el coronel Beauchef le mostró las cartas de Freire y de otras personas caracterizadas, Wilkinson reunió sus oficiales, pidiéndoles su parecer, que fué unánime en favor de la unión con el partido de Freire. Beauchef con su regimiento, fuerte de cerca de seiscientos hombres, se embarcó en la *Independencia* y fueron conducidos a Talca-

ocasión en inminente peligro de ser asesinado, junto con todos sus familiares o servidores, por estos indios. Había obtenido permiso para pasar, yendo en dirección a Valdivia, donde debía practicar una visita, en la expectativa de regresar por mar, aprovechándose de los vientos alisios; pero no habiendo encontrado buque alguno de próxima partida, se imaginó que el pasaporte anterior podría servirle para su vuelta; pero hubo de hallarse bien decepcionado, porque fué apresado por los indios y su vida puesta a discusión en ruda corte militar, en las que todos los caciques tienen voto. Por fortuna para él, la asamblea se dividió en dos pareceres, insistiendo sus amigos en que la causa se decidiera, como es costumbre entre ellos, en el juego de la chueca. Al obispo se le dió asiento en lugar prominente, como parte interesada, para que gozase del espectáculo, habiendo tenido la suerte de que sus partidarios saliesen vencedores por dos tantos contra uno.— N. del A.

guano, donde constituyeron un excelente refuerzo para Freire.

En nuestro viaje vimos la isla de la Mocha, que está cerca de la costa. Este sería sitio excelente para una colonia a causa de la fertilidad de su suelo, la bondad de sus aguas y el ser en su mayor parte tierra llana, fácilmente cultivable. En una época estuvo habitada por el capitán Robertson, que antes lo fué del bergantín de guerra *Galvarino*, y que obtuvo éxito en el cultivo de la granja que formó, pero que hubo de abandonar por falta de compañeros, a causa de la pérdida de su hermano y varios otros, que se ahogaron al regresar de Valdivia en un bote ballenero trayendo provisiones para el nuevo establecimiento. Su suelo produce, sin cultivo, todas las legumbres que de ordinario se hallan en Chile, y, además, duraznos silvestres, manzanas y frutillas. Grandes manadas de caballos y vacas sin dueño vagan en sus campos y los cerdos alzados abundan en los bosques de duraznos. Hay en la isla una laguna de agua dulce, poblada la mayor parte del año por patos silvestres, gansos y cisnes, y en las rocas pueden cazarse en todo tiempo lobos de mar para feros y cueros.

Freire fué agradablemente sorprendido con la llegada de la nave. Le permitió hacerse a la vela en derechura para Valparaíso, donde se hallaba O'Higgins, en vez de hacer su marcha cruzando todo el país para llegar a Santiago, ciudad en la que, aunque contaba con muchos amigos de influencia, no

tenía certidumbre de cómo fuera recibido por el ejército. O'Higgins había sido obligado a retirarse de la capital por la defección de parte de la guarnición, la que, si bien respetaba lo bastante a su antiguo y aguerrido jefe para avanzarse a injurarlo en su persona, insistía, sin embargo, en solicitar la dimisión del aborrecido Rodríguez, o que O'Higgins fuese depuesto del poder supremo de que había sido investido por el pueblo y que se le confriese a algún otro ciudadano más merecedor de la confinaza general. La artillería, que también se había levantado contra él y se hallaba formada en la Cañada, no emprendió ataque alguno serio, contentándose con disparar alguno que otro tiro contra el palacio, maniobra que, según decían, se hacía sin propósito alguno de dañar, sino simplemente para mostrar que se continuaba firme en sus peticiones.

Tres buques mercantes que se encontraban fondeados en Talcahuano fueron tomados en el acto para transportar las tropas a Valparaíso, procediéndose a hacerles los arreglos indispensables para recibir la tropa, cosa que demandó poquísimos tiempo, como que bastaba el abastecimiento de agua para un día de viaje. Todos los soldados cargaban provisión de charqui para dos días, que no necesitaba ser cocinado y que fué ampliamente suficiente, pues Talcahuano está sólo a veinticuatro horas de navegación a Valparaíso con los vientos alisios ordinarios.

En la mañana del embarque, hallándose el capitán Wilkinson en tierra ocupado en alistar los bo-

tes que debían conducir las tropas a bordo, operación que Freire había deseado se ejecutase bajo su inmediata inspección, se produjo una seria reyerta entre él y el gobernador del puerto, capitán Cassey, en la cual fué aquél gravemente herido, hallándose descuidado. Esta tropelía estuvo a punto de paralizar la operación del embarque, pues toda la tripulación de la *Independencia* se negó a recibir un solo soldado a su bordo sin que antes Freire hubiese hecho justicia del agresor. El asunto se arregló, sin embargo, ante la seguridad que dió el general de que Cassey sería juzgado en primera oportunidad. Seguimos con esto a Valparaíso sin más demora.

Había niebla (como es corriente en la costa de Chile en las mañanas del verano) cuando la *Independencia* y su convoy de transportes llegaron a la entrada de la bahía. Freire se había adueñado de tal manera de los caminos que conducían de Concepción a Santiago, que aunque los preparativos que estuvo haciendo para la marcha de su ejército contra el Director y su ministro favorito se conocían de tiempo atrás, O'Higgins no tenía la menor noticia de la llegada de la *Independencia* con el regimiento número ocho a Talcaguano, ni los centinelas apostados en la costa, por causa de la niebla, pudieron transmitir información alguna al puerto. Pero cuando la brisa del mar cesó y la niebla se desvaneció, se vió a los buques entrar a la bahía repletos de soldados, que fueron desembarcados antes de que pudiera tomarse medida alguna para impedirlo. Ni los

fuertes, ni el *Lautaro* y *Galvarino* hicieron resistencia alguna, buques ambos que estaban tripulados y armados, pues el resto de la escuadra había sido pagada y desarmada. Supimos que Lord Cochrane había renunciado su cargo de vicealmirante de Chile y marchándose por la vía del Cabo de Hornos a Río Janeiro con varios de sus oficiales. Allí entró al servicio del Emperador Don Pedro y fué investido con el mando de toda la armada.

De todas partes se nos enviaron al punto lanchas y botes para facilitar el desembarco por el Almendral, lo que se efectuó bien pronto. Los habitantes de Valparaíso recibieron las tropas con grandes demostraciones de alegría, y hasta muchas damas se fueron corriendo a la playa llevando canastos de melones y otros refrescos para los soldados.

Un destacamento del regimiento número 8, al mando del capitán Tupper, se dirigió inmediatamente al fuerte San Antonio, donde residía O'Higgins, y se apoderó de él sin la menor oposición de la guardia de honor allí apostada como escolta del Director. El oficial que la tenía a su cargo sacó su gente muy tranquilamente, como si se hubiese tratado sólo de relevarla por otra patrulla de su mismo cuerpo. O'Higgins, al ver que toda resistencia era ya inútil, renunció el mando de director. Pidió entonces licencia para retirarse al Perú, la que obtuvo sin mayor dificultad. Algunas semanas después se le dió pasaje para el Callao a bordo del buque de

su Majestad Británica *Fly*, que se hallaba entonces de partida para ese puerto.

Freire acampó las tropas en el Almendral, mientras se seguían sus negociaciones con la capital, porque las noticias de su arribo habían llenado de inquietud a los habitantes, temerosos de que comenzase por levantar fuertes contribuciones o quizás autorizar a su gente para el saqueo. Cuando se aseguraron de sus intenciones pacíficas, el partido que lo apoyaba obtuvo con facilidad que se le eligiese para el mando supremo con el título de Presidente.

Se le invitó a que entrase en la capital, pero insistió en acampar en las afueras, rehusando llegar más allá del llano de Maypú, a fin de que la presencia de su ejército no influenciase las deliberaciones de la Junta, compuesta de los señores Agustín Eyzaguirre, Fernando Errázuriz y José Miguel Infante. Llevó su afectación hasta tal punto, que se ausentó del ejército al tener noticia oficial de su elección para la codiciada dignidad y fué a ocultarse de las demostraciones de sus conciudadanos en las selvas del Maule. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que este «moderno Cincinato» como le apodaba *El Mercurio* de Valparaíso (quizás satíricamente) fuese reducido a asumir las riendas del gobierno.

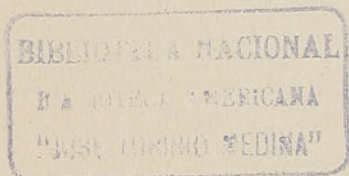
Inmediatamente de subir al poder designó nuevos ministros en los departamentos de Hacienda, Guerra y Marina. Dispuso también que se reuniera un Congreso, recomendando a los pueblos procedie-

sen sin demora a la elección de los miembros que debían componerlo.

Don Ramón Freire era oriundo de la provincia de Concepción. Era de estatura algo superior a la mediana, y aunque con tendencias a la obesidad, notablemente activo en cualquier tarea. Su complexión era sanguínea, ojos de color gris, pelo oscuro y crespo, y en conjunto semejaba un aldeano inglés alegre y de buen humor. Era famoso por haber ganado varias acciones contra los españoles y los indios araucanos, merced sólo a su arrojo personal al guiar la caballería en cargas sucesivas desesperadas, pero, aunque coronel de primera clase, no pasaba de ser un mediano general. Compensaba casi por entero sus deficiencias como militar de tacto y experiencia por el acendrado amor que profesaba a su patria. Entre las varias anécdotas que corrían en Chile respecto a su patriotismo se dice que en una ocasión manifestó su indignación hacia un destructor de la madre patria en una manera harto enérgica, muy ajena a la índole tranquila de su genio.

O'Higgins dió en palacio en Santiago al general San Martín un gran banquete en celebración de las batallas de Chacabuco y Maypú, en las que, se supuso, su intervención había sido en gran manera decisiva. Uno de los comensales chilenos, don José Ignacio Zenteno, criollo del todo insignificante, pero muy intruso, que acababa de ser ascendido del humilde empleo de escribano al cargo de ministro de la

guerra, en el calor de un florido elogio que iba pronunciando en honor del festejado y de su ejército, llegó a decir que no había chileno que fuese digno siquiera de limpiar el fusil de un soldado argentino. Freire había escuchado con el aire taciturno que acostumbraba hasta el final del indiscreto e inoportuno panegírico en silencio reconcentrado pero con evidentes muestras de inquietud y disgusto. La conclusión, sin embargo, le sacó completamente de paciencia y urbanidad y cogiendo una fuente de sopa caliente que estaba cerca de él se la rompió en la cabeza al atónito declamador, con la enfática exclamación: ¡toma, caray! Se agrega que San Martín no pudo menos de soltar la risa al oír esta explosión de patriotismo y aseguró al coronel Freire que él habría tratado de la misma manera a cualquiera de sus oficiales *gauchos* que en su presencia se hubiese hecho reo de tan servil adulación en desmedro de su patria.



CAPITULO VII

Bahía del Callao.—Pasaje del Boquerón.—Castillos.—Casamatas.—Penurias de los prisioneros patriotas.—Ruinas del antiguo Callao.—Ciudad del Nuevo Callao.—Ciudad de Lima.—Monasterio de Santa Rosa.—Tesoros indígenas.—Afición de las limeñas a las flores.—Sus trajes.—El Conde de Torretagle y su familia en la miseria.—Regreso a Chile.—Anécdota de la Inquisición—Isla de Más Afuera.—Juan Fernández.—Colonia de penados.—El pescado manta.—El *Lautaro* se hace a la vela para Arica.—Degüello de caballos.—Buque español de corso.

Como Freire estimase necesario enviar un plenipotenciario al Perú con ocasión del cambio de gobierno que había tenido lugar, eligió para ese cargo a don N. Zañartu, y se dió orden a la *Independencia* de recibirlo junto con su séquito y conducirlo hasta el Callao. Llegamos a ese puerto después de un rápido viaje de nueve días, y allí nos hallamos con que el ejército español, mandado por el general Canterac, había hecho hacía poco su entrada a Lima, con fuerzas tan considerables, que los patriotas no pudieron impedirlo. Formaban las de éstos principalmente las tropas colombianas, comandadas por los generales Sucre y Valdés, que Bolívar había despachado en auxilio de los peruanos.

Así, se habían retirado al castillo del Callao con la mayoría de los habitantes de la capital, que en el momento de nuestra llegada se preparaban para regresar a sus casas, al día siguiente de haber evacuado los españoles la ciudad.

Forma la bahía del Callao la estéril y arenosa isla de San Lorenzo, que se extiende al través del puerto hacia el sud y el oeste y en tales rumbos defiendo el fondeadero del mar grueso o de las rachas de viento. La entrada más acostumbrada de la bahía es la que queda a la parte norte de la isla, que es ancha y exenta de todo peligro. Hay otro pasaje angosto e intrincado entre la extremidad sur de la isla y la tierra firme, llamado «El Boquerón», que se ha hecho más frecuentado en los últimos años; las rocas existentes en el canal y la rapidez de la corriente habían sido causa de que no entrasen por él los buques grandes, hasta la época del bloqueo por la escuadra de Chile. Lord Cochrane, no sólo demostró en la práctica la posibilidad de lograr que penetrase a la bahía una fragata por ese pasaje, sino que también hizo salir a la *O'Higgins* yendo contra el viento, con gran admiración de los españoles. Se hallaban tan persuadidos de que habría de perder el buque, que lo fueron siguiendo por el Boquerón con lanchas cañoneras para apoderarse de él luego que diese en tierra.

El tiempo en la bahía es siempre abochornado en las mañanas y nublado a veces con la niebla. La lluvia no se conoce jamás en esta parte de la costa.

A eso de las diez de la mañana comienza a soplar una brisa y continúa fresca hasta cerca de la puesta del sol. A esa hora principian a aparecer pequeñas canoas pescadoras, que salen por el Boquerón desde el vecino pequeño puerto de Chorrillos, donde permanecen pescando toda la noche. Forman un conjunto muy pintoresco, todas provistas de un delgado mástil, con vela cuadrada de tela de algodón, que, aunque pequeña, parece mucho más grande de lo que en realidad es en proporción al barquichuelo que la lleva.

Los castillos del Callao son, sin comparación, los mejor construídos y de fortificación más regular que cuantos levantaron en la América del Sur los españoles. Son por entero de piedra canteada blanca y ocupan gran extensión de suelo, del lado sudeste de la bahía. El acceso a ellos por todos sus costados se verifica por una faja de tierra rellena de cascajo, que va en declive hasta su base, como en forma de *glacis* natural. Se hallan rodeados por un foso ancho y profundo, con cantos de piedra, que dominan en todas direcciones bastiones y rebellines, ampliamente dotados de artillería pesada. Cuando los españoles se hallaban en posesión de los castillos tenían también bombas cargadas y barriles de pólvora con sus mechas listos entre cada cañón, frente a los puntos del foso más expuestos a ser atacados. Como las murallas no se levantan más arriba de la escarpa, no había cuidado de que se abrieran brechas, y el sistema de construcción circular de

las torres bajas de los flancos, en las cuales estaban montados cañones de veinticuatro libras en carruajes cruzados, impedía que sufriesen mucho daño al recibir los tiros enemigos.

El castillo principal, llamado el Real Felipe, contiene varios extensos cuarteles para la tropa y almacenes dentro de los muros. Hay también hospital, capilla y varias plazas grandes para paradas y lugar de paseo. Debajo de los bastiones se hallan las Casas-Matas, una serie de sombríos calabozos, donde centenares de prisioneros patriotas fueron encerrados por los realistas. Escasamente logra penetrar un rayo de luz a estas celdas subterráneas, porque la única ventana con reja que poseía cada uno no se abría al foso del castillo, sino a trincheras estrechas y profundas labradas al intento, de tal modo que era imposible divisar desde ellas ni el menor resquicio del cielo, ni a criatura viviente. Se dejaba sentir tanto la total privación de la necesaria circulación del aire en estos horrorosos depósitos atestados de gente, que los soldados encargados de la custodia de los prisioneros solían a veces desmayarse al entrar a ellos.

La única provisión que se concedía a los infelices prisioneros, en cierto período de la guerra, era real y medio para cada uno al día. Con esto, claro está, que era punto menos que imposible vivir, si se considera el elevado precio de los artículos de alimentación en una plaza bloqueada por mar y tierra, especialmente en el Callao, donde alcanzan en

todo tiempo un precio que llega a parecer ridículo. Tenían, asimismo, que descansar en la honradez de soldados que los custodiaban y de quienes debían valerlos para sus compras, habiendo ocurrido con frecuencia que los *godos* a quienes se confiaba el diario, volvían con las manos vacías, alegando que habían perdido el dinero. ¿A quién podían quejarse de este cruel latrocinio? ¿A sus carceleros, que se hallaban deseosos de su muerte, que habrían gustosos acelerado para librarse de atender a sus necesidades?

Muchos oficiales que fueron sacados de estas Casas-Matas cuando abandonaron los españoles los castillos declararon que durante su encierro aquel a quien le tocaba el turno de cuidar de la pequeña vela que se les daba para alumbrarse en cada calabozo durante la noche se consideraba afortunado si lograba conseguir el cabo que solía quedar, para añadirlo a la escasa ración de pan que les era posible adquirir con el dinero del diario que se les daba.

El castillo de La Corona se halla a tiro de fusil del Real Felipe y está edificado en la playa, entre éste y el paso del Boquerón. En el extremo avanzado de ese fuerte se pueden ver todavía algunos restos de las ruinas del antiguo Callao, unos cuantos arcos grandes de ladrillo, probablemente de iglesias, medio enterrados por la arena y ripio. Se hallan llenos de huesos humanos y de cuerpos insepultos, que se dejaron en ese sitio cuando los españoles se vieron bloqueados y probablemente son,

en su mayor parte, restos de prisioneros fusilados o que murieron en las Casas-Matas. Se encuentran todos tan bien conservados como si hubieran sido prolijamente embalsamados, a causa de la sequedad y calor del aire y de las emanaciones nitrosas de la arena, comunes a todo el Bajo Perú. Ruinas de calles y de grandes edificios se ven también bajo el agua, no lejos de la playa, en los días claros y serenos.

La antigua ciudad del Callao fué totalmente destruída en Octubre de 1746 por un tremendo terremoto. Al producirse, el mar se retiró dos veces de la orilla y volviendo de nuevo con grande ímpetu, inundó y devastó la ciudad, que contaba con muchos millares de habitantes. Las olas que volvían eran tan grandes y de tal altura, que llevaron a cuatro de los buques fondeados en la bahía (los restantes se hundieron en el acto) a una considerable distancia tierra adentro. Uno de ellos, la fragata *San Fermín*, fué dada vuelta por entero en las ruinas de la ciudad por el primer inmenso golpe de mar que entró en la bahía. Uno de los pocos que escaparon vivía aún en 1823. Se salvó en una canoa, siendo arrojado por las olas en lo más alto del antiguo fuerte de Santa Cruz, única construcción que escapó de aquel breve diluvio. Los destrozos causados por esta inundación se pueden descubrir plenamente alrededor de la ciudad, al observar la arena y cascajo con que el suelo se ve cubierto por espacio de varias estadios.

El tercer castillo, llamado la batería norte, está ubicado en la parte opuesta de la bahía y domina la desembocadura del pequeño río donde la escuadra bloqueadora de Chile acostumbraba proveerse de agua y tenía también su fondeadero. La ciudad nueva del Callao, junto al cual se halla situada, es un pueblo pequeño, mal edificado, sin que haya en él más de tres o cuatro casas regulares. Las calles son por extremo sucias y despiden en todo tiempo un olor pútrido desagradable, por causa de los residuos de los animales que aquí se matan, que se dejan allí corromperse hasta que son pasto de los buitres y de los perros.

Yendo a caballo en dirección a Lima con el capitán Wilkinson vimos el camino lleno de emigrantes que a cortos pasos tornaban a sus casas, cargando sus camas y los demás utensilios domésticos que habían logrado escapar del saqueo y que llevaron consigo cuando se fueron a los fuertes. En la capital las calles se veían desiertas, apenas si había alguna tienda abierta, y en las plazas se podían notar las huellas de los vivaques y hogares del enemigo. Los pocos habitantes que se aventuraban a salir parecía que andaban errantes, cual si el aspecto del pueblo les tomase de nuevo, mirando con recelo a cada vuelta de esquina, como en espera del repentino regreso de las tropas españolas. Las iglesias estaban abiertas, y aunque todavía muy espléndidas, a todas les habían robado, poco o mucho, sus ornamentos de valor. Los sacristanes antiguos,

cuando se las mostraban a los visitantes, lloraban por el sacrilegio cometido por los españoles al despojar a los altares de las placas de plata de que tanto ellos como los pilares que los rodeaban se hallaban cubiertos.

Se dice que la ciudad deriva su nombre del río Rímac, que la atraviesa, corrompido por la pronunciación y ortografía españolas en Lima. Cruza el río un hermoso puente de piedra, que conduce a los suburbios en los que está la Alameda, en otro tiempo tan atestada de equipajes suntuosos en las tardes después de la siesta. El pavimento de Lima es sumamente malo, formado por piedras grandes redondas y colocadas sin la menor regularidad. Esto hace sumamente fatigoso el pasear por las calles, pues carecen de aceras para comodidad de los transeuntes. Probablemente se tuvo muy poco en mira la de las clases más bajas cuando se las pavimentó.

El palacio de los antiguos virreyes, que ocupa uno de los costados de la Plaza Mayor, es un edificio grande, de aspecto triste. La catedral es hermosa, pero no hay en la plaza otro edificio alguno digno de mencionarse. Los plateros y fabricantes de galones de oro y charreteras de ordinario trabajan al aire libre, debajo de las arcadas, y a pesar del estado precario de los negocios, a nuestra llegada se hallaban afanosamente ocupados. El capitán Wilkinson encargó un par de hermosas charreteras, que las concluyeron al día siguiente y se las llevó a su

alojamiento un criollo de aspecto miserable; todo en medio de tan confuso desorden, que a un joyero inglés le habría obligado a salir del país. Constituye el principal adorno de la plaza la fuente que tiene en su centro, pero raras veces puede verse a gusto, a causa de estar siempre rodeada por los *aguateros* y sus cabalgaduras, tal como ocurre en Santiago de Chile.

El número de iglesias, conventos y otros edificios de carácter religioso es increíble y rara es la calle en que no haya por lo menos uno. Esto da a Lima una apariencia magnífica cuando se la mira desde la bahía o de un punto cualquiera de los alrededores, pero al acercarse más, el extranjero se halla sorprendido ante el pobre aspecto de las casas, de las que pocas hay que tengan ventanas a la calle, aunque hermosas y grandes en su interior.

La capilla de Santa Rosa, la Patrona del Perú, y el único santo criollo hasta ahora canonizado, es notable no sólo por la importancia de los regalos votivos, por medio de los cuales ha incrementado su tesoro, sino también por la clase de reliquias que posee. Además de la acostumbrada exhibición de huesos, cabellos, telas, etc., los dominicos, a cuyo cuidado se halla la capilla, muestran un par de dados corrientes de marfil, con los que, se pretende, nuestro Salvador en persona solía entretener a la Santa cuando se hallaba extenuada por los rezos, la penitencia y el ayuno. Por las constituciones de este convento se dispone que el Provincial se elija

alternativamente entre los frailes españoles y criollos que componen la comunidad. Los capítulos que se forman a consecuencia de esto adquieren tal calor cuando se trata de la elección, que los Virreyes han dispuesto apostar tropa afuera del convento, para evitar los desórdenes que se originan entre los rivales cenobitas y sus partidarios seculares.

Los limeños refieren una anécdota curiosa relacionada con la historia de una de las pequeñas iglesias de la ciudad. Cuentan, que cosa de cincuenta años atrás, uno de los indios montañeses que tenía por devoción oír misa y confesarse de cuando en cuando, en una aldea situada en las montañas, no distante de la capital, llegó a mostrarse tan afecto al Padre Cura, por haberle asistido en una peligrosa enfermedad de la peste viruelas, que le obsequió algunos objetos de oro puro, en recompensa de su bondad. El padre, muy excitado por la curiosidad, preguntó al indio que de dónde las había sacado, y bajo promesa de guardar el secreto, le refirió que de una *huaca* que había descubierto, esto es, un sitio en que los antiguos dueños del país ocultaron sus tesoros, probablemente al tiempo de la llegada de los españoles. Estos entierros abundan por toda la América del Sur y especialmente en el Perú. Muchos de ellos son bien conocidos de los indios, quienes, sin embargo, rara vez se valen de las riquezas que encierran. Creen firmemente que la dinastía de los Incas ha de volver algún día al poderío que tuvieron sus antepasados, y, a esa cau-

sa, guardan con todo secreto esos tesoros enterrados para el uso de sus soberanos cuando ocurra aquel caso. En consecuencia, no fué mucha la sorpresa que causó en el Padre, y el indio prosiguió entregándole oro en cantidad considerable, hasta reunir la suma bastante para edificar un templo, proyecto que durante mucho tiempo había acariciado el sacerdote. Cuando ocurrió al Arzobispo de Lima en solicitud del permiso necesario, fué obligado a declarar cómo había llegado a adquirir tal riqueza, siendo inducido por el prelado a que hiciese todo empeño para descubrir la ubicación de la *huaca*, cuyas riquezas permitirían reparar y hermosear todas las iglesias de la capital. Después de importunarle mucho, el indio consintió en llevarle, durante la noche, al sitio donde se hallaba, que era una caverna pequeña, cuya entrada estaba oculta por matorrales, en medio de una espesa floresta. A su regreso de la visita, se dice que el cura fué sacando pequeños trozos de corteza de los árboles del camino, para por ese medio poder hallar, según creyó, el camino de la *huaca*. Se vió frustrado, sin embargo, en su empeño de tomar posesión fraudulenta del tesoro, porque el astuto indígena, que había caído en sospechas por el empeño que su confesor mostrara para que le señalase la cueva, le estuvo observando, y para desvirtuar su treta, había hecho iguales señas en los árboles en todas direcciones. Es inoficioso agregar que el indio no se dejó ver más en la iglesia de aquella aldea.

Los mercados públicos de Lima se hallaban siempre muy bien provistos en tiempo de paz, y aun durante los trastornos producidos por la guerra civil las limeñas los frecuentan en busca de flores, que son llevadas en tal profusión para la venta, que da a la plazuela en que se colocan el aspecto de un jardín. Todas las mujeres sudamericanas son en extremo aficionadas a las flores, y especialmente a los claveles (7), por los que pagan precios exorbitantes. No es raro que una sola flor hermosa de éstas se venda por diez o doce pesos, y aún por un doblón, si es de color raro, y sólo para ser llevada por una noche en el cabello. Rara vez alguna de las flores que se dan en estos países tropicales tiene perfume, con excepción de las que han sido llevadas de Europa. Para salvar este defecto, rocían los pañuelos de narices con esencias, y hasta la rosa del Perú exige la intromisión del arte. Lo brillante de sus colores, sin embargo, da a sus jardines un hermoso aspecto, y hasta a los campos y veredas de los caminos, porque de entre sus semillas ordinarias hay no pocas que serían altamente apreciadas en un conservatorio europeo. De ordinario se obsequia una flor al que llega de visita a una casa, sencilla muestra de atención que rara vez se omite en Chile. El *vaso de mixtura* es medio adecuado para gozar del perfume de las flores, mezclado con el de los ar-

(7) La flor del clavel se la menciona con frecuencia en las tonadas españolas como un *gage d'amour*; por ejemplo, en la que comienza: «El clavel fué la causa de yo quererte».

tificiales, que es corriente en todo Sud-América. Las damas se entretienen después de la siesta en prepararlo cortando los pétalos de los azahares de naranjos y limoneros, jazmines, granados y botones de rosa, para los pañuelos que les acaban de obsequiar sus esclavos o *cortejos*. Extienden esta mixtura de flores en capas, por puñados, en un tiesto grande, y desparraman sobre cada capa diferentes esencias, raspaduras de madera de sándalo y clavo de olor. Esta fragante mixtura está siempre a mano, ya para perfumar el salón, ya para arrojarla desde los balcones a algún amigo que pasa a su pie.

Las limeñas comienzan poco a poco a abandonar sus antiguos trajes y a adoptar los ingleses. Ciertamente que con ello ganan, porque su manera anterior de taparse con la mantilla y saya estaba lejos de sentarles. Esas prendas no tienen semejanza alguna con el gracioso traje que visten las señoras de Bogotá. La saya limeña es de una tela de color obscuro, cubierta de pliegues longitudinales, que semeja un paño acordonado. Es elástica y se pone tan ceñida al cuerpo, que deja ver perfectamente la silueta e impide a la que la lleva andar de prisa o a paso largo. La mantilla, que aquí se hace de un manto largo de seda negra, con una ancha franja por las orillas, cubre la cabeza, el cuello, los brazos y la cara toda, con excepción de un ojo. Forma un disfraz tan completo, que aún para el marido resulta imposible reconocer a su mujer, sobre todo, según tienen de costumbre las señoras cuando desean con-

servar estricto incógnito, al ponerse la saya más vieja, que piden a alguna esclava suya. A pesar del deseo que todas en general manifiestan de pasar como desconocidas, rara vez pueden abstenerse de mostrar, como al descuido, algún anillo de diamantes u otra bagatela, como señal inequívoca del rango social a que pertenecen.

Las señoras de Lima, como las más de las mujeres sudamericanas, hacen gran caudal de la limpieza de su calzado y del diminuto tamaño de sus pies. Las quiteñas, por el contrario, siempre usan zapatos que les quedan demasiado grandes. Los llenan con vedijas de lana o algodón, a intento de asemejarse a las europeas, porque consideran que el pie pequeño es la más segura muestra de descendencia indígena.

Entre muchas otras peculiaridades de los animados y vivaces limeños, no es la menos de notar la insuperable locuacidad de sus barberos. El de Bagdad no pasa de ser uno de sus tipos, y son ridiculizados por sus congéneres chilenos,—raza nada taciturna,— como «viciosísimos en charlar». El apodo con que generalmente son conocidos,—*palanganas*—por la bacía de estaño que cargan siempre, ha sido aplicado por extensión a todos sus conciudadanos en los países circunvecinos y «palangana del Perú» es sinónimo de *charlatán* en toda la costa del Pacífico.

El gobernador de Lima, a nuestra llegada, era el Conde de Torre-Tagle, hombre cuya ilimitada

ambición y vanidad le colocaba a diario en situaciones inconciliables con su timidez y versatilidad de carácter, y que fueron, posteriormente, la causa de su fallecimiento en desgracia y completa miseria. En su nuevo puesto como gobernador, dió muestras de una singular mezcla de jactanciosa importancia y de su propia insignificancia, recibiendo visitas a la puerta de su despacho, vestido, a pesar de la miseria y confusión que reinaban en la ciudad, con una casaca de seda bordada, gran peluca y espada engastada con diamantes. El capitán Wilkinson, al presentar sus respetos al Conde, hizo mención incidentalmente a que tenía derecho de usar la condecoración de la orden peruana del Sol, como comandante de buque que había sido durante el bloqueo al tiempo que se rindieron los castillos del Callao, agregando que, desgraciadamente, se hallaba ausente en California al tiempo que San Martín distribuyó los distintivos y medallas, y Torre-Tagle, junto con lamentar que no hubiese por entonces estrellas de la Orden para la armada, se sacó del pecho la suya y se la obsequió al capitán Wilkinson.

Poco después de esto, Torre-Tagle prestó oídos a las sugerencias y espléndidas promesas del general realista Rodil y a los impulsos de su propia ambición e ideó la revuelta de algunas de las tropas colombianas de color en el Callao y la rendición de los castillos a los españoles. El infeliz había sido persuadido por los agentes de los realistas de que la

causa de los patriotas en el Perú estaba perdida, muy confiado, además, en las grandes recompensas y honores que lloverían sobre él y su familia por sus esfuerzos en pro de los realistas. Desgraciadamente para sus expectativas, la total derrota del ejército español por Sucre, cerca de Guamanguilla, en la que fueron hechos prisioneros el virrey Laserna y todos sus oficiales, le obligaron a huir en compañía de su familia para escapar a la venganza de sus conciudadanos. Se retiró a los castillos del Callao, donde Rodil se había encerrado, quedándose allí fuera durante muchos meses después de la liberación del resto del Perú, en la vana esperanza de recibir socorros de Europa.

Al último las provisiones llegaron a escasear tanto en los castillos, que Rodil ordenó salir de ellos a todo el que no pudiese cargar armas, y habría hecho lo mismo con Torre-Tagle, a no ser porque comprendía que podía servirle de rehén, si llegaba a caer en poder de los peruanos. La infeliz Condesa, que no quiso separarse de su culpable marido, murió de enfermedad y falta del suficiente sustento, junto con todos sus hijos, mientras Rodil, que estaba bien provisto de aves en sus cuarteles, que supo encontrar manera de procurarse por intermedio de los buques de guerra que llegaban a fondear en la bahía, no tuvo humanidad suficiente para enviar una sola a la familia que se moría de inanición y que a tal miseria había sido reducida por la culpabilidad del padre. Cuando Rodil supo que el viejo noble se halla-

ba a punto de muerte, le envió una gallina, la que, sin embargo, llegó demasiado tarde para salvarle la vida. Cualquier castigo que mereciera la traición a su patria, podía, sin embargo, haber aspirado a un destino mejor en manos de los que corrompieron su fidelidad.

Habiendo cumplido la misión para la que fué enviada la *Independencia*, partió del Callao para Chile. Teníamos por entonces los vientos alisios que soplaban de proa, por cuya causa las naves tardaban anteriormente hasta tres meses en su viaje a Valparaíso con la práctica que usaban de navegar a barlovento todo el camino, siempre a la vista de la costa. De ese modo, no sólo tenían que bregar con el viento contrario, sino también contra la corriente que se dirigía al noroeste. Sin embargo, esta desventaja en su concepto se hallaba contrabalanceada por llevar a la vista la tierra en cada bordo que hacían hacia la costa, encontrándose así en situación de conocer con exactitud la latitud a que se hallaban, porque los maestros de los pequeños costeros eran, por lo general, completamente ignorantes del arte de navegar.

El primer atrevido innovador que ensayó una nueva ruta, la que no siempre se sigue, esto es, alejarse de la costa hasta que el buque entre en el dominio de los vientos variables, sufrió bastante a causa de su atrevimiento. Efectuó el viaje de ida y de regreso a Valparaíso en poco más de un mes. Habiéndose hecho pública cosa tan inusitada, se creyó

en un principio que no había verificado el viaje, pero al probar la afirmativa por cartas que llevaba de Chile, que daban fe de haber estado allí y regresado en tan breve espacio de tiempo, se le acusó ante la Inquisición de Lima de tener pacto con el demonio. A esta causa, escapó a duras penas la vida, al cabo de sufrir un largo encierro en los calabozos de este tribunal y después de haber sido varias veces puesto a cuestión de tormento para ver modo de sacarle su confesión al respecto, la que hubiera permitido a los inquisidores regalar a los habitantes de Lima con su espectáculo favorito de un auto de fe.

A los quince días de haber salido del Callao, avisamos la isla de Más Afuera, así llamada porque se halla casi un grado más distante de tierra que la de Juan Fernández. Más Afuera es una isla pequeña, elevada, con sólo un lugar de desembarco, estando todo el resto de ella formado por peñascos elevados, azotados continuamente por fuerte resaca. Abundan en ella las cabras y el apio silvestre, que constituyen un valioso refresco para las tripulaciones infestadas de escorbuto. Es frecuentada por buques que van a cazar lobos de mar, que son difíciles de matar, a causa de lo escarpado de las rocas en que se ocultan y la imposibilidad de acercarse a ellas en botes por parte alguna que no sea el desembarcadero.

Habiéndonos presentado aquí un viento favorable, conforme a lo que esperábamos, que nos per-

mitiría llegar a la bahía de Valparaíso de otro bordo, nos aprovechamos de él, y al cabo de dos días nos hallábamos de nuevo en nuestro antiguo fondeadero. En el curso de nuestro viaje pasamos muy cerca de la isla de Juan Fernández, la que, fuera de sus románticas bellezas, no puede menos de interesar al que haya leído a *Robinson Crusoe* o los *Viajes* de Anson. La configuración de esta isla es muy irregular, llana y cubierta de verdura en algunos sitios, y en otros, con cerros elevados y peñascos escarpadísimos. El suelo es fértil en extremo, y produce, sin ayuda de cultivo, duraznos, damascos, cerezas y frutillas en abundancia, que crecen en espesas arboledas en los valles y alimentan rebaños de cerdos silvestres. Hay también extensos huertos de todos los vegetales de origen chileno y de muchos de Europa, habiendo sido el suelo limpiado y sembrado por las tripulaciones de los buques que han tocado allí en busca de refresco, y en especial por el *Franklin* de Estados Unidos. Estaba habituado a anclar aquí mientras permanecía de estación en la América del Sur, habiendo construido en la isla una pequeña goleta auxiliar, que llamaron *Franklin Junior*. Estos huertos han sido, en gran parte, cubiertos de malezas, por falta de cuidado, pero todavía se encuentran legumbres silvestres, zapallos especialmente, y melones de varias clases. Hay en la isla grandes rebaños de caballos y vacas, que varias veces han tratado algunas naves de ir a cazar para el beneficio de sus cueros, pero como el ganado se ha

vuelto salvaje por completo, resulta peligroso tratar de pillarlos a pie. Se mata cantidad de lobos en la parte sur de la isla, que es poco frecuentada por lo expuesta que se halla a una continua resaca fuerte. Hay un banco cerca de la aguada, donde el bacalao de las rocas se pesca en tal abundancia, que no hay más que tirar el anzuelo para volverlo a echar. Se salan y encuentran fácil venta en los puertos del continente. Hay también cantidad de camarones, que es una especie de langosta o cangrejo de río, que se coge aquí entre las rocas y en la costa del Perú.

Ultimamente la isla ha sido arrendada por el Gobierno de Chile por cierto número de años a un comerciante del país, a quien el Estado es deudor de una suma considerable de dinero. Se cree generalmente que ha de hacer un bonito negocio si establece una colonia para cultivar el suelo y una pesquería, o se dedica a la explotación de madera de árboles finos. Entre éstos se cuenta el sándalo, más pequeño, si no en todo inferior, al que produce Comandel, y *lignum vitae* de buena calidad.

El Gobierno ha hecho varias tentativas para colonizar a Juan Fernández, pero siempre han resultado infructuosas. En vez de estimular la emigración a ella de colonos respetables e industrioses, sólo ha enviado criminales, la escoria de la sociedad, y las mujeres de la más baja estofa, que han salido principalmente de las cárceles de los puertos de mar. A esta gente, en vez de construir casas y cultivar el

suelo, no se le puede reducir de modo alguno a que haga cualquier cosa para su propio sostén. Resulta necesario, a veces, que el Gobierno les envíe provisiones y les haga construir viviendas, a gran costo, siendo que en una isla como ésa cualquier esfuerzo de parte de ellos les sería ampliamente compensado para el logro de sus necesidades. A despecho de cuanta precaución toman las tropas de guarnición allí, algunos logran evadirse clandestinamente a bordo de cualquier buque que toca en la isla. Al último se amotinaron contra el gobernador, un hombre maduro, apellidado Cruz, a quien le obligaron a apoderarse de un buque que había llegado allí en busca de provisiones y llevarlo a Valparaíso. Desde entonces no se ha hecho otra tentativa alguna de colonizar este lugar.

Durante nuestro viaje vimos en muchas ocasiones el pez llamado *manta*, o capa, que es muy temido de los pescadores de perlas entre las islas de la bahía de Panamá, más aún que los tiburones. Los marineros ingleses lo llaman pez-sol, y en su forma es perfectamente circular y plano, con apariencia de ser todo cabeza y aletas; mide a veces de ocho a diez pies de diámetro. Se le ve con frecuencia a lo largo de la costa del Pacífico, tan al sur como Chiloé, y hacia el norte hasta el golfo de California, y se pesca fácilmente con harpón, pues se le halla constantemente asoleándose a flor de agua. La carne es tan blanda, que el harpón difícilmente encuentra asidero, y aún sucede que cuando se le lía con cuer-

das para izarlo a bordo, su propio peso lo rebana en dos en cuanto asoma a la superficie del agua. También se ven con frecuencia tiburones en la latitud de estas islas, pero sin que sean de modo alguno tan grandes ni voraces como los que infestan la costa oriental y las islas Antillas.

Mientras permanecíamos fondeados en el Callao, vimos al General Pinto, más tarde presidente de Chile, habiendo partido de allí con algunas tropas chilenas que aun permanecían en el Perú en dirección a Arica, en la corbeta *Emperador Alejandro*, que hacía poco había sido comprada para servicio del Gobierno del Perú. Como resultado de sus representaciones, transmitidas a Freire por la *Independencia*, se alistó el *Lautaro* para el transporte de caballos a los puertos intermedios y remonta de la caballería chilena que allí se hallaba. El mando del buque se dió a un chileno anciano, nombrado don Toribio Hidalgo, que en otro tiempo había servido de piloto en Valparaíso y sido más tarde promovido, por empeños, al puesto de comandante del arsenal. Habría sido difícil tropezar con una persona más profundamente ignorante del arte de navegar, pero no había otra de quien echar mano, por cuanto el capitán Wooster, y sus oficiales se habían retirado del buque una vez que se le dedicó al transporte de caballos. Se embarcaron más de trescientos, muchos de los cuales eran animales valiosos y que habían sido especialmente seleccionados para los granaderos a caballo. Por desgracia, por alguna

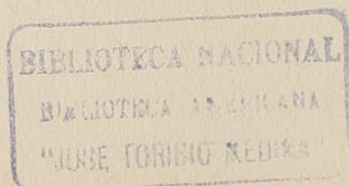
maniobra errada, el *Lautaro* con su refuerzo no llegó al puerto de su destino sino en el preciso momento en que las tropas chilenas se embarcaban a gran prisa para su regreso a Chile, al verse perseguidas por fuerzas españolas muy superiores, que se esperaba por momentos estarían en Arica. No se había embarcado la suficiente cantidad de paja y cebada para los caballos que bastase a su conducción a otro puerto, y el regreso a Chile, con los vientos alisios en contra, habría de tardar muchos días. Don Toribio resolvió entonces degollar a todos los caballos para evitar que cayeran en manos de los españoles, operación que fué ejecutada tan malamente, que muchos de esos hermosos animales no se libraron al punto de sus dolores, sino que continuaron nadando y desangrándose al rededor del buque, hasta desfallecer, y hubo aún algunos que en ese estado llegaron a la costa. El *Lautaro* siguió entonces a Coquimbo con tropas. Durante el viaje, estalló a bordo una fiebre violenta, que se supuso originada por el exceso de gente y por el estado de desaseo de la bodega, que no se había limpiado desde que en ella fueron degollados los caballos. Entre otros, murió el médico del buque.

El general Pinto y varios de sus oficiales habiendo tomado pasaje para Coquimbo en la goleta *Motezuma*, (8) escaparon a duras penas de ser capturados

(8) El nombre del desgraciado Emperador de México lo escriben siempre *Motezuma* los sudamericanos. Los propios mexicanos, quienes, sin duda, alguna, constituyen la mejor autoridad en la materia, pronuncian el nombre *Moh-tenzuma*.

por el corsario español *Quintanilla*, mandado por un criollo llamado Martelín. Este hombre, que había sido antes contra maestre con Lord Cochrane y estaba dotado de un carácter violento, logró huir del puerto de Valparaíso con el buque que ahora mandaba. Habiendo izado el pabellón español, causó con su nave muchos daños en la costa, hasta que le cortó su carrera el Almirante francés de estación entonces, que lo despachó a Europa para ser allí juzgado como pirata. El corsario montaba doce cañones y había recientemente capturado un transporte lleno de tropas chilenas, que fué despachado a Chiloé, pero habiendo sido asaltado por un temporal a la vista del Archipiélago, se hundió con toda su gente.

El *Motezuma*, que montaba un sólo cañón largo de 18 libras, en un carruaje corredizo, se encontró con el *Quintanilla* en la bahía de Cobija, no lejos de Copiapó, y tuvo que sufrir sus tiros por cerca de media hora, antes de que pudiera responder al fuego enemigo, a causa de que el oído de ese único cañón se tapó al principar la acción por causa de un punzón que se quebró en él, sin que hubiera a bordo instrumento con que sacarlo. Sin embargo, luego que Martelín vió que el *Motezuma* comenzaba sus fuegos y le había acertado dos o tres veces, se largó fuera y escapó.



CAPITULO VIII

La Independencia se hace a la vela para Talcahuano.—La ciudad y el puerto.—Ventas de niños.—Venancio y los indios araucanos.—Batalla simulada.—Visita de los caciques a bordo.—Embarco de reclutas.—Epidemia a bordo.—Partida para Coquimbo.—Ciudad de La Serena.—Lúcumas.—El buque se dirige a Valdivia.—Oficiales chilenos.—Arribo de la expedición a Chiloé.—Fondea en Chacao.—Pérdida de la corbeta *Voltaire*.—El ejército es derrotado.—El *Tucapel* desmantelado.—La expedición regresa a Valparaíso.

Freire, el Presidente de Chile, que tenía proyectada por estos días una expedición contra Chiloé, envió la *Independencia* a Talcahuano para que recibiese a su bordo algunos reclutas que habían sido enrolados en la provincia de Concepción; y aunque desde este puerto habíamos hecho el viaje a Valparaíso en veinticuatro horas, nos demandó ahora cinco días de brega para llegar a él.

La bahía es llamada de ordinario Penco por los del país, del nombre que tuvo la antigua ciudad, destruída que fué por un terremoto en 1750 y el sitio en que estaba inundado por una ola tremenda, tal como ocurrió en los alrededores del Callao. El

antiguo puerto descrito por Ulloa y a que se alude repetidas veces en *La Araucana* de Ercilla, ya no existe como tal, porque un arrecife de sólidas rocas y que se ve en varias partes en tiempo de la baja marea, ocupa ahora el anterior fondeadero de todos los barcos españoles que doblaban el Cabo de Hornos. Es bien sabido que aquél era de tal profundidad, que tenía por lo menos cuatro brazas de agua a la entrada de la bahía; pero el lecho del mar se ha levantado hasta formar un banco de arena de milla y media de largo, justamente en la boca de Penco Viejo.

La ciudad de Talcaguano se halla ubicada en la extremidad sudeste de la bahía, que está casi encerrada por la fértil aunque desierta isla de la Quiriquina. La entrada norte, por estar abierta a ese viento, deja penetrar una fuerte resaca, cuando en ocasiones, durante el invierno, sopla con violencia. Sin embargo, raras veces se producen aquí naufragios de naves, porque a la menor señal de la aproximación del mal tiempo pueden cambiar su fondeadero a sotavento de la Quiriquina, donde quedan en completa seguridad. El fondeadero, que se halla muy cerca del pueblo, está dominado por un pequeño fuerte, que tiene montados una media docena de cañones, que más bien sirven de aparato, a causa de su mala calidad y del pésimo estado de sus montajes. La ciudad se compone de unos pocos centenares de construcciones desparramadas, hechas

en su mayor parte de madera, y todas, sin exceptuar la iglesia, muy necesitadas de reparaciones.

Los habitantes de Talcahuano son por demás pobres, andan mucho peor vestidos que los de las vecindades de Santiago o Valparaíso, y se alimentan principalmente de pescado y choros. Estos últimos son una especie de molusco, que sólo se encuentra aquí, y de menor tamaño en Chiloé. Se estiman mucho en la costa y constituyen sin duda alguna un artículo de importancia para la exportación. Viven en bancos en el fondo de la bahía, cerca del fondeadero, y en la Quiriquina, que se consideran los mejores. Se les pesca con un palo largo con cuatro ganchos en la punta (que llaman *candelerero* por la semejanza que tienen con este utensilio), que introducen en los bancos de choros para irlos extrayendo uno por uno, o bien zambulléndose. En esta manera, que es la más acertada para procurarse los mejores, dos personas, generalmente un pescador y su mujer, se embarcan juntos en una balsa hecha de trozos de madera. Mientras la mujer tiene fija la balsa por medio de un palo largo que afirma en el fondo, el hombre se sumerge, y después de coger los que caben en un saco que lleva atado a la cintura, asciende por el palo, y de este modo pronto llenan la balsa.

De Talcahuano se exportan bastantes tablones y madera, trigo y vino de muy buena calidad de las orillas del Claro, donde Lord Cochrane posee una hacienda. A pesar de la fertilidad del suelo,

la pobreza de los habitantes de los alrededores es tan grande, que muchos de ellos están siempre deseosos de vender sus hijos y aún se manifiestan gustosos de darlos. Niños y niñas, de edad de ocho o diez años, se venden públicamente como esclavos, por tres o cuatro pesos. Aunque en Chile es prohibida la esclavitud, el Gobierno no toma medida alguna para impedir este tráfico, estimando que se hace un beneficio a los niños sacándolos del poder de padres que escasamente tienen los medios de alimentarse a sí mismos, y son, además, tan ignorantes e indolentes, que resultan incapaces de enseñarles algo útil. Sus compradores les adiestran al menos a servir, y después que crecen siempre pueden alcanzar su libertad por medio del alcalde, si no se hallan contentos con sus amos (9).

Cuando arribamos a Talcaguano estaba allí Venancio, célebre cacique araucano, con sus guerreros. Su nación se hallaba entonces de paz con Chile, habiendo, hacía poco, recibido algunos regalos del Gobierno, y probablemente continuaría en términos amistosos, mientras aquéllos le durasen. Haría después la guerra y arrasaría con las casas de campo y aldeas de la frontera de Arauco, según la costumbre araucana, hasta conseguir se pactase otra vez y se le hiciesen nuevos regalos, que a todas luces

(9) Es sumamente raro que estos huérfanos, como se les llama, se queden después de grandes con la familia que los ha educado; de donde la frase corriente en Chile: «tan ingrato como un huacho».

consideraban como una especie de tributo. Nunca faltaba algún pretexto plausible para romper las paces, en vista de que los españoles eran, a su juicio, simples colonos del suelo que ellos reclamaban como propio. Los araucanos jamás han sido sometidos por los españoles, aunque muchas de las que fueron en un tiempo tribus poderosas vecinas a ellos han sido casi exterminadas. Son todos guerreros desde el momento en que pueden empuñar una lanza, y, como los tártaros, se alimentan de sus rebaños de caballos. Aunque poseen abundancia de ganado vacuno en sus extensas sabanas, prefieren la carne de las yeguas y potrillos. Andan siempre sin sombrero, sirviéndoles de suficiente protección contra el sol y la lluvia el cabello grueso que tienen. Todos llevan atada a la cabeza una cinta, inmediatamente sobre las cejas, a intento de sujetar el cabello, que usan largo, para que no les caiga sobre los ojos. Su único traje consiste en una pieza cuadrada de una tosca tela azul, ceñida a la cintura, abierta por un costado, y que les llega hasta las rodillas, y un tosco poncho negro. Este se lo enrollan en el cuerpo al entrar en combate, para que les sirva de alguna defensa contra la lanza y el cuchillo, que son las armas que usan. La lanza que tienen lleva un hierro pequeño en la punta, con una cazoleta en que se afirma el palo, que está asegurado por una tira de cuero crudo. El asta es de largo extraordinario, por lo menos de catorce pies, hecha de *colihue*, caña que crece en los llanos

de Arauco. Es muy delgada en proporción a su largo, pero tan fuerte y elástica, que en el combate con frecuencia sacan con ella de la montura al enemigo; y su manera usual de dar muerte a sus prisioneros es rodearlos y alzarlos en el aire en las puntas de varias lanzas.

El árbol llamado *voique*, que produce el *Cortex Winteriana*, se halla en muchos de los bosques del interior de esta provincia y es tenido por sagrado entre los indios, que llevan ramas de él en las manos en ciertas fiestas religiosas y ceremonias peculiares a esta nación. Lo cargan también en señal de amistad, cuando convidan a alguna reunión o salen a recibir extranjeros, tal como lo hacen muchos de los isleños de la Polinesia con las hojas de plátano. Crece este árbol hasta la altura de cuarenta o cincuenta pies; sus hojas son como las del laurel común, y produce flores blancas fragantes.

En sus fiestas solemnes beben grandes cantidades de una chicha muy fuerte, hecha de maíz, que siembran a este efecto, si bien no se halla entre ellos otra muestra alguna de cultivo. Las mujeres más viejas de la tribu preparan este brebaje masticando el maíz, que van echando en una artesa en forma de canoa, y después de añadirle suficiente cantidad de agua y de raíces masticadas, lo dejan fermentar, cubriendo bien la artesa con pedazos de esteras. Antes de dar comienzo a tales fiestas, que concluyen en premeditadas borracheras, cuidan de entregar sus lanzas y cuchillos a las mujeres,

que las ocultan en los bosques, persuadidos como se hallan de la propensión que tienen a disputas y riñas cuando se hallan excitados por el licor. Siempre se deja una guardia de soldados, provistos de sus armas y que no prueban la chicha hasta el día siguiente. En ciertas fiestas de gran regocijo para ellos, beben este brebaje mezclado con sangre de caballo, que, según creen, les produce incremento extraordinario de vigor y agilidad.

Venancio, que en realidad es un cacique viejo muy cortés, y, cuando sus inclinaciones belicosas no se despiertan, amigo de los ingleses, al observar nuestra curiosidad hacia sus hábitos y maneras, ordenó a su gente que ejecutase un simulacro de combate con sólo las lanzas embotadas. Resultó que practicaron sus maniobras sin regularidad alguna, todos ellos con entera independencia de los demás. Su destreza en parar los golpes y en evadirlos, metiéndose casi debajo de la barriga de los caballos para tomar en el acto su asiento, era admirable. Algunos tenían sus riendas amarradas a los estribos de ambos lados y en esa manera gobernaban sus caballos, conservando de este modo sus dos manos libres para el manejo de la lanza.

Después de esta revista, Venancio, sus dos hijos y algunos caciques de menor rango fueron invitados a bordo, pues el capitán Wilkinson había recibido instrucciones del Gobierno para tratar atentamente a este caudillo, porque los araucanos son de índole muy quisquillosa y se hallan hartos pa-

gados de la importancia de su nación. Venancio se manifestó muy alegre a la vez que complacido de cuanto vió, como lo estuvo también el menor de sus dos hijos, que había sido educado en el Colegio en Santiago y parecía joven modesto e instruído. El mayor y los caciques no se fijaban en nada, a no ser en la carne conservada y en el vino de Penco, que se llevó para festejarlos. Apenas si hablaban palabra, salvo cuando preguntaban por conducto del intérprete, europeo que había vivido entre ellos, por el *regalo*, o presente acostumbrado. A todos se les obsequiaron pañuelos de color, que se ceñían alrededor de la cabeza, con excepción de Venancio y de su hijo menor, que ambos usaban uniformes decentes y sombreros de pico. Pudimos observar, en esta y otras ocasiones, que es costumbre entre ellos expresar el mayor contento por gestos desdeñosos y visajes, por cualquier regalo que se les haga, por más valioso que sea y muy de su agrado. El intérprete me aseguró que esto obedecía a manifestar su independencia y a impresionar a los extraños con la idea de que su nación es rica.

Los araucanos en realidad se jactan, al parecer muy complacidos, de que su país encierra muchas minas de oro extraordinariamente puro y brillante, las que antiguamente fueron labradas por los españoles, y tan productivas, que hubo necesidad de dos Casas de Moneda para darles abasto, una en Valdivia y otra en Osorno. Pero los araucanos, que se sentían molestos por la afluencia de extranjeros

atraídos por la riqueza de sus minas, cesaron sus labores y han prohibido, nada menos que bajo pena de muerte, todo intento de volver a trabajarlas.

El viejo cacique nos declaró, en presencia de sus hijos, que había elegido al más joven para sucederle en el gobierno de su tribu. Observó que era para ello mucho más apto que su hermano, tanto a causa de la educación que había recibido, cuanto porque el primogénito era tan ignorante y aficionado a la chicha como él. Al desembarcar, Venancio fué saludado con cinco cañonazos, lo que produjo en él y en sus acompañantes el mayor contento, salva que fué contestada con las más desenfrenadas muestras de alegría por sus paisanos reunidos en la playa.

Los reclutas que esperábamos llegaron de Concepción y de otras localidades inmediatas y dimos principio a su embarque. Notamos que, aunque llamados voluntarios, eran llevados hasta la orilla por una guardia de caballería y muchos estaban amarrados de dos en dos para evitar que se escaparan. Mejor dicho, resultó que eran desertores, criminales sacados de las cárceles y vagamundos de todas clases, reclutados por los alcaldes de las aldeas según la cuota asignada a cada una. En su mayor parte estaban casi desnudos, y todos sin excepción medio desfallecidos y enfermos. También se contaba una media docena de *huachos*, o huérfanos, enviados a bordo por el Gobernador Benavente,

para conducirlos a Valparaíso, ya para ser distribuidos entre los buques de guerra, ya para sirvientes de casas particulares. En total fueron embarcados como cuatrocientos de estos hombres, todos en tal estado de desaseo como era de esperarlos de gentes que acababan de salir de calabozos sudamericanos. Fué absolutamente indispensable separarlos de las tripulaciones por medio de mamparos de lonas que se clavaron en las vigas de la antecámara de popa; pero a pesar de todas las precauciones, estalló cierta fiebre de la especie que aquí llaman *chavalongo*, y la viruela apareció casi al punto entre ellos y luego se transmitió a nuestra gente. Desgraciadamente, un viento del norte nos detuvo en Talcaguano durante tres o cuatro días antes de poder partir, y el viaje vino a ser mucho más pesado de lo corriente por causa de los vientos contrarios. El resultado fué que cuando llegamos a Valparaíso, varios habían muerto, y muchos hubo que enviarlos en el acto al hospital. Todos los niños atraparon las viruelas confluentes y más de la mitad pereció. Perdimos varios de nuestros hombres por el *chavalongo*, y con mucho pesar nuestro, al capitán Wilkinson, que el mismo día de llegar fué sacado enfermo de a bordo y murió a las treinta y seis horas.

Poco después, la *Independencia* fué despachada a Coquimbo al mando del capitán Délano. Iba también el capitán Forster, designado para mandar la escuadra, con varios otros oficiales que debían

embarcarse en el *Lautaro*, que estaba allí fondeado en compañía del *Motezuma*. Esta es una bahía segura, a legua y media de la ciudad de La Serena, capital de la provincia de Coquimbo. En los últimos años ha llegado a ser un lugar de importancia a causa de los numerosos extranjeros atraídos allí por las minas de plata y cobre que hay en esta parte de Chile.

La ciudad de La Serena es aseada y bien edificada y encierra varios hermosos conventos e iglesias. La atraviesa un arroyuelo, que permite a los propietarios de las casas situadas cerca de sus orillas cultivar pequeños jardines. El suelo cerca de la costa es, en general, árido, y tan arenoso, que habiéndose proyectado hacer un canal entre la ciudad y el puerto para facilitar el transporte de los minerales, hubo que abandonarlo por la imposibilidad de darle el agua suficiente. La fruta que aquí más se aprecia es la *lúcuma*, que es la misma que llaman *mericuri* en los Llanos de Barinas. Se la busca mucho en las partes más meridionales de Chile, donde no llega a madurar, si bien, al parecer, se paga por ella más precio por causa de su escasez que por su agradable sabor o virtud refrescante que posee. Es de un sabor un tanto dulce e insípido, como del tamaño de una pera mediana, y encierra en su interior una pepa grande, que se asemeja a la del *avocado*. La principal industria de La Serena son los artefactos de cobre, que se venden al peso, por un poco más de lo que el operario

paga por el metal en bruto. La diferencia es insignificante, teniendo en cuenta la pesada labor que supone el trabajo hecho a martillo y sólo a mano, de un grueso pedazo de cobre.

Luego de recibir a bordo las tropas, que se hallaban listas en Coquimbo, el *Lautaro* y la *Independencia* partieron para Talcaguano, donde Freire se hallaba esperándolas con el resto del ejército. Poco después se nos unieron las corbetas *Voltaire* y *Chacabuco* y la goleta *Galvarino*, y además cinco transportes. Después de gastar algún tiempo en llevar a bordo las provisiones y agua y en la conveniente distribución de los diferentes cuerpos en los buques de guerra y transportes, nos hicimos a la vela para Valdivia, donde debíamos recibir algún refuerzo de su guarnición antes de atacar a Chiloé.

Habiendo regresado a Europa el Mayor Hines y retirándose con medio sueldo el Mayor H. Ross, pasé a ser oficial más antiguo del batallón de Marina, y, por orden del General en jefe, fuí trasbordado de *La Independencia* al *Lautaro* en el que flameaba al tope la insignia presidencial. Esta fragata, que anteriormente había sido un gran buque mercante del tráfico de la India, estaba llena de gente. Tenía a su bordo, además de su dotación de marineros y soldados de marina, el regimiento N.º 7 de Cazadores, mandado por el coronel Rondizzoni, algunos oficiales y soldados de artillería y todo el Estado Mayor del Presidente y su escolta, fuera de los comisarios e ingenieros. Iban

también entre cubierta varios caballos y unas pocas reses, las que, como es de suponer, duraron poco a bordo. La confusión que se formó entre tantos hombres de diferentes regimientos, muchos de los cuales navegaban por primera vez, resultó forzosamente muy grande mientras permanecemos en la bahía, pero se acreció mucho cuando nos hicimos al mar, con el balance grande que se produjo, en el cual sobresalía el *Lautaro*, según era notorio en la escuadra, por ser un buque de costados muy altos.

El convoy, dispersado por un viento fuerte contrario de los alisios, fué a recalar a Valdivia, al cabo de una pesada travesía en el rigor del verano. Después de embarcar la guarnición en varias de las naves y hacer provisión de agua, tuvimos que quedarnos allí por cerca de una quincena, sin poder hacernos a la mar por causa de vientos contrarios. Mientras estábamos anclados cerca unos de otros, en la proximidad del fuerte Corral, gozamos de no menos de cinco bandas militares que iban en la expedición y que tocaban desde la mañana hasta la noche con raras intervalos, con gran delicia de los oficiales y soldados del país, si bien, como casi todos los músicos que componían las bandas eran, en el sentido estricto de la palabra, meros aprendices, su constante tocar no fué una de las menores de las «calamidades de la expedición».

Los que se hallan acostumbrados a la tranquilidad y comodidades de un buque de guerra inglés

no pueden tener idea de la confusión y total ausencia de ambas en el cuarto de armas de una fragata patriota cargada de tropas. Los oficiales del país, que casi todos carecían de cultura literaria y eran mal nacidos, no tenían idea de la mutua comodidad. Aunque de modo alguno contribuían para el rancho, siempre cuidaban de apoderarse de las mesas a la hora de las comidas, con total exclusión de los oficiales del barco. Además, como los sudamericanos, sin excepción, son jugadores empedernidos y en manera alguna dotados de paciencia y espíritu filosófico en los reveses de fortuna, se sucedían sin interrupción los juegos de naipes y dados y las disputas consiguientes durante toda la travesía.

Entre Valdivia y la entrada del Archipiélago, el *Lautaro* estuvo a punto de volar por el criminal descuido de las tropas, que no se cuidaban para nada de respetar los reglamentos del servicio. Como era imposible que las raciones para todos se cocinasen a la vez en el fogón de la nave, a causa del número de los embarcados, algunos de ellos, demasiado impacientes para esperar su turno, resolvieron armar un fogón propio para cocinar su charqui. Habiendo logrado algunos apoderarse de tablas delgadas del lastre de la bodega de popa, que extendieron en los tabloncillos de la cubierta en que dormían, encendieron fuego allí, sin ser vistos por ninguno de la dotación del buque. Cayeron algunas cenizas por entre los guijarros del fogón

que usaban, prendiendo fuego a los tablones y produciendo tal humareda, que se obscureció el espacio entre cubiertas e hizo correr escotilla principal arriba a los soldados todos, sin tener la presencia de ánimo suficiente para procurar extinguir el fuego. Aumentó el pánico entre las tropas al percatarse que la parte de cubierta que estaba ardiendo se hallaba precisamente sobre la santabárbara. Providencialmente para todos nosotros, sólo continuó humeando sin llegar a levantar llamas, circunstancia a que podemos atribuir nuestra salvación, porque había abajo muy poca corriente de aire, por estar cerrados los portalones y los cuarteles o portezuelas delanteras tapadas a causa del mar grueso que hacía. El humo era tan espeso, que resultaba sumamente difícil acercarse a la parte del buque que estaba quemándose. Consiguióse, con todo, extinguir el fuego, debido especialmente a la intervención personal de Freire, no sin que antes se hubiesen quemado las dos terceras partes de los tablones que cubrían la santabárbara. Cesó la alarma cuando se supo esto, pero se había incrementado tanto entre la soldadesca, mientras duró la impresión del peligro en que se hallaba, que se hizo ingobernable. Algunos intentaron arriar los botes, que habrían sido al punto trastornados por las olas; otros trataban de hacerse oír de los buques cercanos, que se hallaban fuera del alcance de la voz; y no pocos, aun de entre los oficiales,

se despojaron de sus casacas preparándose para arrojarse al mar.

Al llegar a la punta de Huechucucui, Freire reunió un consejo de guerra, como tenía de costumbre en casi toda ocasión, en el que, después de pedir su opinión a los oficiales de más graduación, se resolvió pasar de largo por la bahía de San Carlos y avanzar por entre los farellones de Carelmapu hasta Chacao. A esta conducta vacilante (10) debe achacarse el fracaso de la expedición, porque se supo más tarde por el gobernador Quintanilla en persona, después de rendido en una campaña ulterior, que si las naves hubiesen penetrado desde el primer momento en la bahía de San Carlos, habría capitulado en el acto. No tenía noticia alguna de que el Gobierno de Chile se preparase para atacar el Archipiélago. Además, era la época de la cosecha, y todos los milicianos se hallaban en sus *chacras*, ocupados en recolectar sus granos, sin haber quedado uno para el manejo de las baterías o de las lanchas cañoneras. Tan persuadidos estaban los habitantes de San Carlos que Chiló tendría inevitablemente que caer en manos de los patriotas, que al punto que divisaron la escuadra

(10) Es digno de notarse que los dos primeros gobernantes de la República de Chile fueron depuestos por defectos de carácter diametralmente opuestos. O'Higgins fué desterrado por causa de su obstinación en mantener a su ministro contra la voluntad entera de la Nación. Freire perdió su puesto por su indecisión y la facilidad en seguir cualquier indicación que le hiciesen consejeros inexpertos o interesados.

comenzaron a ocultar en los bosques cuanto objeto de valor tenían. Aun después que habíamos pasado más allá de los Farellones y nos hallábamos fondeados en un paso llamado los Remolinos, frente a la punta de Carelmapu, un oficial de la dotación del buque de S. M. B. *Fly*, al ancla entonces en San Carlos, vino a bordo del *Lautaro* con el solo objeto de pedir al Presidente que diese orden de que al entrar a San Carlos se respetasen las propiedades de súbditos ingleses.

Después de ligera resistencia de la batería de *El Coronel*, la escuadra arribó a Chacao, de donde huyeron los chilotes, después de incendiar, al aproximarnos, las embarcaciones que allí estaban. Aquí desembarcó el ejército y permaneció totalmente inactivo durante algún tiempo. Entretanto, Quintanilla, recobrado ya de su primera sorpresa, comenzó con gran rapidez a reunir la milicia y los indios de las diferentes islas en que se hallaban diseminados y a reforzar todos sus puntos de defensa. El estero de Pudeto, caleta rodeada de pantanos, al través de los cuales tenía que pasar el ejército en su marcha directa de Chacao a San Carlos, lo había fortificado todo con parapetos y defendido con lanchas cañoneras, hasta el punto de hacerlo infranqueable.

Cuando nos hallábamos al ancla en Chacao, el *Voltaire* fué arrastrado mar afuera, al través del paso de los Farellones, por la fuerte corriente dominante, y mientras se procuraba volverlo a su

fondeadero, se varó en un banco de arena cerca de Carelmapu, perdiéndose totalmente, por haberse trastornado casi al instante, a pesar de haber cortado con rapidez sus mástiles. Sus oficiales y tripulantes escaparon a duras penas la vida, sin haber tenido tiempo de salvar cosa alguna.

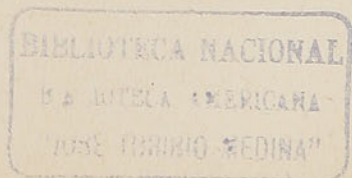
Al tratar el ejército de llegar a San Carlos por una ruta circular, cayó en varias emboscadas, en las que tuvo pérdidas considerables por su desconocimiento de la topografía del terreno. Se vieron al fin obligados a retroceder a Chacao, después de dos o tres embestidas infructuosas, durante las cuales se enmarañaron en espesos matorrales pantanosos, donde fácilmente eran cortados por los chilotes. Estos indígenas son, por lo general, buenos tiradores y prefieren pelear desde los matorrales antes que a campo abierto.

Toda la escuadra retiróse entonces hasta los Remolinos, donde Freire permaneció por algún tiempo dudoso de si se dirigiría a San Carlos, como debió de haberlo hecho desde un principio, o retirarse de una vez. Al fin, un nuevo accidente sobrevino a las naves, que, junto con verse privado de la mayor con que contaba, le indujo a regresar inmediatamente a Chile.

El *Lautaro*, que había sido fondeado casi en mitad del canal, el bergantín transporte *Tucapele*, mandado por un gallego porfiado o malicioso, al partir de Chacao a favor de la marea, vino a echar sus anclas inmediatamente adelante de aquél. Poco después, el bergantín garró sus anclas, a causa de

la violencia de la corriente y quedó de través con la fragata, enredando su aparejo principal con el bauprés del *Lautaro*. Bien pronto el palo mayor del *Tucapel* se vino abajo, y por más que los cables del *Lautaro* se aflojaron, no pudo desprenderse del bergantín, que estuvo en inminente peligro de ser cogido por la proa de la fragata y hundido. Luego pudo notarse que las anclas del *Lautaro* no podían retenerle con esta torcedura adicional y que de prisa iba a estrellarse por la popa con un arrecife de rocas que estaba en derechura a él, donde el mar se quebraba con violencia. En vista de esto, el capitán Forster dió orden de que se cortaran los dos cables y se izasen las velas para escapar de las rocas. Habiendo logrado sacarlo en salvo a través de los Farellones, resultó imposible reunirse a la expedición, sin arriesgar casi con seguridad la salvación de la nave, que se hallaba ya sin anclas ni cables. Así, hubo de ser llevada a Valparaíso, dejando a retaguardia al Presidente y su numeroso séquito, para que se instalaran como mejor pudieran en los buques más pequeños.

Los expedicionarios se reembarcaron, después que se colocó en el *Tucapel* una bandola, y hubieron de regresar sin lograr la proyectada empresa. La travesía, aunque breve, fué desastrosa, estando los buques tan atestados de gente y armamento, que escasamente había espacio para manejarlos, sin que fuera tampoco posible hacer de comer para más de la cuarta parte de la gente, y todavía, con gran escasez de agua.



CAPITULO IX

Expedición del Almirante Blanco.—La última escuadra española dobla el Cabo de Hornos.—Partida para el Callao.—Encuentro con el Almirante Guise.—Se dirige a Manila.—Motín de los *huachinangos*.—Conducen al *Asia* a Acapulco y el *Aquiles* a Valparaíso.—Rendición del Callao.—Bolívar amenaza a Chiloé.—Freire ataca el Archipiélago.—Desembarco del ejército.—Los buques traban combate con las baterías.—Quintanilla capitula.—El último pabellón español es arriado.—Venta de la escuadra chilena a Buenos Aires.—La fragata *O'Higgins*, capitán Cobbett, se va a pique en el Cabo de Hornos.

Dispúsose de nuevo por el Gobierno que la fragata *O'Higgins* saliese otra vez en comisión, dándole su mando al capitán H. Cobbett, sobrino del célebre editor del *Register*. Después de calafateada, que se le repararon sus forros y quedó lista para hacerse al mar por sus cuidados, fué trasbordado a la *Independencia* por el Almirante Blanco y Cicerón, que enarboló su insignia en la fragata, colocando a su lado como primer comandante al capitán Forster y como segundo al capitán Simpson. El capitán Wooster volvió a tomar el mando de su antiguo buque el *Lautaro*.

De Buenos Aires llegaron noticias, por vía de Mendoza, que habían sido hablados algunos buques españoles de guerra en su ruta de Europa por el Cabo de Hornos. En vista de esto, fué despachado de Chile el Almirante Blanco con la *O'Higgins*, la *Independencia*, el *Chacabuco* y *Motézuma* para operar con la escuadra peruana mandada por el Almirante Guise y auxiliarle en el bloqueo de los Puertos Intermedios que se hallaban aún en poder de los realistas.

Una escuadra española, compuesta del navío *Asia*, de 64 cañones, una fragata de 44 y el *Aquiles* de 20, después de doblar el Cabo de Hornos fueron a dar fondo en la bahía de San Carlos, pocos días después que la infructuosa expedición de Chile contra el Archipiélago se había retirado. Estas naves se repararon allí de su larga travesía desde España (por cuanto por entonces no había bahía alguna en el Río de la Plata abierta a las naves españolas, como antes), completaron sus dotaciones con algunos marineros criollos, que reclutaron entre estas islas, y siguieron a la costa del Perú, tocando en varios puertos y exigiendo en todos ellos más reclutas: paso imprudente y que vino a ser causa de la pérdida de los buques. En las afueras de Arica encontraron al *Motézuma*, que logró escapar merced a su ligero andar, favorecido por la limpieza de sus fondos, aunque casi rodeado por aquéllos en los senos de la bahía de Mollendo. Al día siguiente hasta el obscurecer dieron caza a los tres buques

chilenos, por haber rehusado el Almirante Blanco presentarles combate. Siguiéron entonces hasta el Callao, y a su entrada se encontraron con la viva resistencia de Guise solo, en la fragata *Prueba*. Trabó combate con el *Asia* y su auxiliar la fragata, durante considerable espacio, hasta que logró pasar por entre la isla de San Lorenzo y ampararse bajo los fuegos de los fuertes.

El comodoro español dióse bien pronto cuenta de que aunque los castillos del Callao estuvieran aún en manos de Rodil, el general realista, la causa de España estaba irremisiblemente perdida en Sud-América y que la seguridad de las naves de su mando correría peligro por cualquiera demora en una costa donde no podía procurarse provisiones ni pertrechos. Resolvió entonces regresar a Europa por la vía de Manila, considerando que sería imprudencia volver a doblar el Cabo de Hornos, sin ningún puerto amigo en su ruta donde pudiera buscar refugio en caso de recibir algún daño serio.

Había a bordo número considerable de marineros criollos, según antes se dijo, reclutados por fuerza en varios lugares de la costa, y aún, hallándose en el Callao, Rodil le envió a bordo todos los marineros patriotas que tenía prisioneros en las Casas-Matas. Estos hombres no podían, naturalmente, aceptar de buena gana el ser conducidos a España, porque consideraban que eso equivaldría a que se les desterrase de por vida de sus hogares, a los cuales pocas expectativas tendrían de regresar

desde Europa. Acordaron entonces entre sí levantarse contra los españoles en la primera oportunidad que se les ofreciese y hacer esfuerzos desesperados para apoderarse de los buques, prefiriendo ser muertos en la refriega antes de seguir a España. La oportunidad que buscaban se les presentó en una pequeña isla en que tocaron en su viaje a Manila. Levantáronse a la vez en el *Asia* y en el *Aquiles*, estando ausente la fragata, y habiendo tomado las armas, que imprudentemente se guardaban como adorno en el cuarto respectivo bajo la toldilla de popa en ambos buques, lograron dominar a los españoles. Según su propio relato, mataron a muy pocos, habiendo desembarcado a la mayor parte y reservado sólo un corto número para que les ayudasen a gobernar y llevar los buques a California; si bien es difícil de creer que esos hombres que los habían enrolado por fuerza y los sacaban para siempre de sus hogares fueran tan humanamente tratados. En California consiguieron provisiones y obligaron a acompañarles a un piloto inglés, allí establecido, de apellido Lampfer, que estaba casado en el país y que anduvo tan imprudente que aceptó la invitación que le hicieron de comer a bordo. En seguida, después de haber designado oficiales de entre ellos mismos, continuaron su viaje a varios puertos para hacer entrega de los buques. El *Asia* fué dejado en poder de los mexicanos en Acapulco, por ser la mayor parte de sus tripulantes *huachinangos*, o criollos de la

costa occidental; y el *Aquiles*, cuyo nuevo comandante y la mayoría de sus tripulantes eran *cholos*, enarbolaron el pabellón chileno y se fueron a Valparaíso.

Como hasta entonces no se había tenido noticia alguna de las naves de guerra españolas después de su partida del Callao, la vista de un bergantín de guerra tan grande como el *Aquiles* enarbolando la bandera chilena, causó no poca sorpresa y alarma en el puerto de Valparaíso. Siendo bien sabido que no había buque alguno de su clase que perteneciese a la escuadra, en el acto se supuso que era un ardid de guerra de los españoles y se tomaron las medidas necesarias para recibir de manera hostil al supuesto enemigo. Toda duda se disipó, sin embargo, con la llegada a tierra de un bote de la nave extranjera. Iba remado por chilenos, que fueron reconocidos por varios al tiempo de desembarcar, y piloteado por un zambo, que antes fuera fletero en la bahía, que se había arrogado el título y hasta las charreteras de uno de sus antiguos oficiales. Los captores fueron pagados, o mejor dicho, se les prometió pagar por el Gobierno una suma considerable por el valioso contingente que aportaban a la armada de Chile, y se autorizó a los oficiales creados por ellos mismos para retener sus grados, pero fueron desembarcados y puestos a medio sueldo.

El *Aquiles*, hermoso bergantín construido en Burdeos, estaba casi nuevo y cargaba veinte caño-

nes largos de doce libras. Su mando se le confió al capitán Wooster, que fué trasbordado a él con todos sus oficiales, desde el *Lautaro*, el cual se dejó a medio desmantelar. Habiendo al fin capitulado Rodil y rendido los castillos del Callao, no se necesitaba ya de escuadra bloqueadora. En consecuencia, el Almirante Blanco regresó a Valparaíso con los buques de su mando.

Habiendo sido el ejército realista totalmente derrotado al cabo en el Alto Perú por las fuerzas colombianas mandadas por Sucre, Bolívar volvió sus miras hacia el Archipiélago de Chiloé, en cuyo remoto sitio los últimos detentadores de la tierra americana aun se mantenían. Habiendo él mismo declarado en el comienzo de su carrera que no envainaría jamás la espada mientras hubiese en armas un solo español entre California y el Cabo de Hornos, se hallaba por extremo deseoso de someter a estas islas por las armas colombianas, para que los más inmediatos allegados paisanos suyos tuviesen la gloria de arrojar del país al último de sus opresores. A la vez comprendía muy bien las ventajas que se seguirían a Colombia de anexarse a su territorio este importante sitio en el Pacífico del Sur, por estar dotado de un puerto tan conveniente para las naves que llegaban del Oriente. En consecuencia, resolvió enviar una expedición para atacar a Chiloé, señalando de jefe para ella al ex-director de Chile, O'Higgins, no dudando de que el General Quintanilla sería inducido más fácilmente a capi-

tular y a rendirse a un veterano de reputación militar, como era O'Higgins, que a cualquier otro jefe menos conocido en Sud-América.

El Gobierno de Chile, que de tiempo atrás abrigaba grandes celos del Libertador Bolívar, se sintió seriamente alarmado ante estos preparativos que amenazaban con privar a la república de toda opción a la toma de Chiloé. Consideróse aquello como el colmo de la injusticia, porque esta provincia había formado parte integrante de la Presidencia de Chile en la época de los españoles. En consecuencia, se organizó a toda prisa una expedición, compuesta de la *O'Higgins*, *Lautaro*, *Independencia*, *Chacabuco*, *Aquiles* y *Galvarino*, fuera de los transportes. El Almirante Blanco enarboló de nuevo su insignia a bordo de la *O'Higgins* y Freire tomó el mando de las tropas de desembarco, compuestas de cinco regimientos de infantería y de unas cuantas piezas de artillería de campaña, dejando encargada del gobierno provisional a una Junta formada por tres distinguidos ciudadanos.

Después de tocar en Valdivia, donde se unió a la expedición el regimiento N.º 1, que estaba allí de guarnición, las naves siguieron a Chiloé y dieron fondo en la Bahía Inglesa, entre Huechucucui y el castillo de Agüi, que el enemigo abandonó haciendo volar la batería que dominaba el fondeadero. Como el punto en que debían anclar las naves de guerra, después de forzar la entrada de la bahía de San Carlos, quedaba en derechura bajo el fuego de los

cañones del fuerte Baracura, se despachó un destacamento de cazadores para que, rodeando a Agüi, se apoderase de aquel fuerte durante la noche, lo que logró por sorpresa, procediendo a clavar los cañones con que contaba. Al resto del ejército, después de desembarcar, se le dió orden de avanzar hacia el mismo punto, ocultándose en los bosques, en tanto que la escuadra debía abrirse camino por entre las baterías y lanchas cañoneras, hasta llegar a fondear frente a la ciudad de San Carlos. El *Lautaro* recibió orden de permanecer en Bahía Inglesa, en vista de que la mayor parte de sus cañones habían sido bajados a la bodega para el mejor acomodo de las tropas a bordo y tenía por el momento el carácter de transporte armado. Como se estimó que no era acertado dejar que entrase la *O'Higgins* hasta silenciar las baterías, el Almirante trasladó su insignia al *Aquiles*.

Temprano en la mañana siguiente, los cuatro buques que habían sido designados para esa operación levaron anclas y penetraron en la bahía, abriendo en su marcha el fuego contra las baterías y lanchas cañoneras. Aunque el fuego era violento, directamente desde Agüi, y que las lanchas se hallaban a cubierto por los cañones del castillo, los buques recibieron poco daño. El *Aquiles* al entrar y trabarse más de cerca que los demás con Agüi, y que también se hacía notar por llevar izada la insignia del Almirante, fué el que sufrió más destrozos en su arboladura, velamen y jarcias. Las

lanchas del enemigo se retiraron a San Carlos buscando amparo, y una de ellas fué cortada por las embarcaciones de los buques, con sólo la pérdida del teniente Hoxley, que fué muerto en el acto de abordarla. Las baterías que aun hacían fuego eran Agüi, Campo Santo, el Carmen y Puquilegui y un pequeño fuerte armado con seis cañones, situado frente al desembarcadero. El ejército se reembarcó durante la noche, y las naves, habiendo levado anclas para quedar inmediatas a la ribera opuesta, todas las tropas fueron de nuevo desembarcadas y se prepararon para atacar las posiciones de Quintanilla.

Encontrando Freire sumamente expuesto el avance, a causa de que las lanchas dominaban con sus fuegos el camino de la playa, por el cual tenían las tropas que pasar, el Almirante solicitó voluntarios que se ofreciesen a apoderarse de las lanchas y bien pronto se presentaron los suficientes entre marineros e infantería de marina de todos los buques. El capitán Bell, del *Lautaro*, no queriendo permanecer inactivo en Bahía Inglesa en tanto que los demás buques entraban en acción, los siguió al interior de la bahía en su chalupa y recibió el mando de la partida asaltante. Esta era empresa de ningún modo fácil, porque las lanchas, cuya mayoría cargaba dos cañones, fuera de las armas menores, estaban amarradas en la parte interior del muelle de San Carlos, protegidas por los fuegos de cuatro baterías y por cerca de doscientos infan-

tes apostados en la playa. Los botes de la escuadra, sin embargo, llegaron casi a sus costados sin ser descubiertos, antes de que amaneciese, logrando apoderarnos de seis lanchas, bajo un fuego sostenido e incesante. Sólo una se escapó, merced a la neblina matinal, al estero de Pudeto arriba, donde fué hundida. Después de haberlas puesto en seguridad, se las empleó en combatir a Puquilegui, por cuanto este fuerte, estando ubicado en la playa, constituía un grave estorbo para el avance del ejército patriota.

El día se presentaba excepcionalmente hermoso y despejado. Se hizo notar especialmente por los chilenos, que lo tuvieron por augurio de buen suceso, que el Pico de Villarrica, uno de los volcanes principales de su tierra, se divisaba perfectamente en plena actividad. Los huasos que estaban a bordo del *Aquiles* con frecuencia lo señalaban durante el combate, diciendo a gritos que «Taita Cordillera» era el árbitro entre sus hijos y los godos, y señalando la larga línea de humo negro que salía del cráter y era arrastrada hacia el norte por el viento, la indicaban como señal de renovar por última vez la fatal «guerra a muerte».

Freire, al tener noticia del éxito de nuestro ataque a las lanchas, inició una vigorosa acción contra las fuerzas españolas, asaltando sus posiciones en el bosque y en las alturas fronterizas a las naves. Cada movimiento de ambos ejércitos podía verse perfectamente desde a bordo de los buques de

guerra, cuyas cofas y aparejos estaban llenas de espectadores (que ya habían desempeñado su parte) como si se les representara en un panorama. También el fuego de los fuertes, que era contestado por la flotilla de botes cañoneros de los patriotas,—que en su regocijo desplegaron la bandera de Chile sobre la de España,—contribuía a presentar un espectáculo hermosísimo y en extremo emocionante.

Habiendo al fin sido silenciado Puquilegui, el regimiento N.º 4 avanzó rápidamente a lo largo de la playa en dirección a San Carlos y envolvió el flanco derecho de los españoles, que se vieron obligados a abandonar su posición y a retirarse por el camino de Castro. Una vez que el ejército patriota se apoderó de San Carlos, fueron desamparados los fuertes de este lado de la bahía. Al día siguiente, Agüi arrió la última bandera española que flamease entre California y el Cabo de Hornos y enarboló en su reemplazo los colores chilenos. Quintanilla capituló dos días después del combate, y habiendo obtenido condiciones honrosas, rindió el Archipiélago a Chile. Embarcóse en seguida con su familia en la *O'Higgins* con dirección a Valparaíso, donde obtuvo permiso para permanecer hasta que pudiera encontrar medios de restituirse a España.

La guerra con la Península habiendo terminado así completamente en la costa del Pacífico, los diferentes partidos de Chile se hallaron a sus anchas para entregarse más abiertamente a sus disputas,

como acontece de ordinario en tales casos en las nuevas repúblicas. Después de haberse sucedido varios gobiernos de corta duración, Pinto fué elegido presidente, e inmediatamente dirigió su atención a la reforma de muchos abusos manifiestos que ocurrían en los diferentes Departamentos de Estado. Tal línea de conducta le acarrió, por de contado, una multitud de enemigos y bien pronto se descubrieron varias conspiraciones contra su vida. Entre éstas, el complot formado por varios sargentos de la escolta de coraceros del Presidente, que se habían juramentado para asesinarle en su palacio, al que tenían libre acceso, y que estuvo a punto de tener éxito. Sin embargo, habiéndose hecho algunos escarmientos con el castigo de los conspiradores a destierro y a muerte, los negocios públicos entraron en una era de mayor tranquilidad y Pinto pudo poner por obra varias economías que tenía proyectadas en el presupuesto de gastos nacionales. En otra esfera, dispuso que se pagaran sus sueldos a todos los marinos de la armada, con excepción de los del *Aquiles*, y fueron pasados a rentas ordinarias, pues sus servicios ya no eran indispensables, y los oficiales de sus dotaciones, a la vez, puestos a medio sueldo.

El Gobierno de Buenos Aires, república que últimamente había adoptado el nombre de Argentina (aludiendo al Río de la Plata), viéndose muy necesitado de buques de guerra para contrarrestar la flota del Emperador del Brasil, que se hallaba

bloqueando la entrada del río, con total ruina del comercio, envió un delegado a Chile para ver modo de adquirir algunos de los que habían sido puestos en desarme. La Argentina había antes comprado algunas naves grandes, que se decía equipadas tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, y después de haber pagado por ellas un alto precio y dotádas de tripulaciones y adquirido elementos de toda especie, los Gobiernos de ambas naciones impidieron su salida, alegando para ello la neutralidad que eran obligados a guardar.

El Gobierno de Chile consintió pronto en la venta de la *O'Higgins*, la *Independencia* y *Chacabuco*, por cuyas naves, aunque viejas, recibió muy buen precio. El agente de Buenos Aires enroló oficiales y marineros para tripular los tres buques, dando a esos últimos liberales anticipos de sus sueldos y a los otros hermosos premios. Desembolsó también sumas cuantiosas a cuenta de la República Argentina para cambiar los forros y realizar las restantes reparaciones que necesitaban para doblar el Cabo de Hornos, comprando, además, pertrechos navales en tal cantidad (que no podían obtenerse en Buenos Aires por causa del bloqueo) hasta llenar sus bodegas. En Chile no se hablaba de otra cosa que de la liberalidad del Gobierno de Buenos Aires y las calles y cafés del puerto se veían llenos de oficiales con el hermoso uniforme argentino, ansiosos de que los buques se hiciesen a la vela. El capitán Cobbett izó su insignia de comodoro en

la *O'Higgins*, que estaba en especial bien tripulada y contaba con muchos ingleses a su bordo. Todas las naves, en realidad, tenían más que completas sus dotaciones, pues muchos voluntarios habían obtenido permiso para marchar a Buenos Aires como supernumerarios, para incorporarse a los buques del mando del Almirante Brown, que estaban escasos de gente.

Poco después de haber salido de Valparaíso, cuando los buques se hallaban en la latitud de Valdivia, experimentaron un temporal que los dañó a todos considerablemente. La *Independencia* en particular quedó tan maltratada que hubo de regresar, después de haber trasbordado a la *O'Higgins* varios oficiales y marineros, sin contar con las provisiones y pertrechos que cupieron entre las cubiertas, pues sus bodegas iban repletas. Con dificultad pudo mantenerse a flote a la *Independencia* hasta su llegada a Talcaguano, de donde siguió a Valparaíso casi sumergiéndose y hubo al fin de ser abandonada por inútil. Por entonces tenía la *O'Higgins* a su bordo más de seiscientos hombres, y al apartarse de ella la *Independencia* se observó que estaba haciendo agua. En realidad era un buque viejo, construido de madera de abeto, que había hecho ya su carrera, y además, en distintas ocasiones varias veces se le apuntaló, mientras enarboló la bandera de Chile, operación que es casi tan grave como vararse en tierra. La última vez que se vió a este desgraciado buque, el único que llegó hasta

Buenos Aires, lo fué por el *Chacabuco*, su capitán George. Fué en el momento en que aguantaba un temporal en latitud del Cabo de Hornos, sin que nunca más se supiese de él; de tal modo que parece indudable que se hundió con todos sus tripulantes.

Un aventurero apellidado Pincheira se había alzado en la provincia de Concepción, en reemplazo del renombrado Benavides, que fué fusilado en Santiago en el año de 1822. Este hombre era chileno de nacimiento, pero de estirpe española. Habiendo sido fusilado por causa de algún crimen por el Gobierno de Chile, Pincheira hizo juramento (que de ordinario se cumple religiosamente en tales casos, aún por los malhechores más refinados del país) para hostigar a Chile por cuantos medios estuvieran a su alcance, y no cesar jamás en su sed de venganza antes de lograrse sentar en la silla presidencial en palacio, o ser amarrado en el banquillo en la plaza de Santiago. Pronto encontró manera de reunir en torno suyo algunos vagamundos, descontentos y desertores; y habiéndose ganado la voluntad de los indios araucanos, que no tienen escrúpulos en plegarse a cualquier caudillo con tal sólo de que se les ofrezca mezclarse en guerra, se captó firmemente su confianza y buen crédito con permitirles el saqueo en toda ocasión, y aún excediéndoles en actos crueles y feroces. A intento de conservar sus salvajes adeptos en buen predicamento, por el cual únicamente podía asegurarse su cooperación, siempre estaba tramando

alguna incursión contra las aldeas y haciendas indefensas de la provincia de Concepción. Llevó tan lejos su audacia en algunas ocasiones, que aun sorprendió a pequeñas guarniciones, medios por los cuales lograba siempre procurarse armas y municiones y algunas veces reclutas.

Las crueldades cometidas por Pincheira y sus bandidos no tienen precedentes. Invariablemente asesinaba a toda la población masculina de las aldeas que caían en sus manos, reservando sólo a las mujeres y niños, que distribuía por esclavos entre los indios. Era inútil que el Gobierno despachase partidas contra él. Si eran cortas en número, las provocaba a combate; y si numerosas, se escapaba fácilmente, retirándose con sus fuerzas, no impedidas por el bagaje, a los llanos o a los escondites de las cordilleras, donde se consideraba infructuoso y harto arriesgado perseguirle. Su guerrilla llegó a ser al fin formidable en Chile, y su atroz conducta al tomarse la ciudad de Mendoza, que entregó al saqueo por tiempo de veinticuatro horas, dejó de manifiesto cuán poco tenían los chilenos que esperar de su clemencia, si alguna vez llegase a penetrar en Santiago, como no es improbable, considerando su carácter activo y emprendedor y la indolencia y falta de unión que reina entre los chilenos.

CAPITULO X

Preparativos para una excursión a Aconcagua.—Caza de aves acuáticas.—Mirtos de Chile.—Cena en una chacra.—Frutas.—Picaflores.—Tordos habladores.—Gatos silvestres.—Piuchén.—Guanacos y vicuñas.—Lechuzas de madrigueras.—Arbustos y flores.—El león chileno.—Avestruces.—Puentes indígenas colgantes.—Campo de batalla de Chacabuco.—Regreso a Santiago.

Aunque la provincia de Concepción se hallaba perturbada por Pincheira, por esta época había un período de relativa tranquilidad en el Pacífico. Unos cuantos de nosotros nos aprovechamos de esta primera oportunidad que hasta el momento se nos hubiese ofrecido para conocer algo más del interior de Chile,—y con reposo,—fuera del viaje corriente de Valparaíso a Santiago y viceversa, cosa que resultaba ya pesada y sin interés por su frecuente repetición; y resolvimos cambiar de panorama, haciendo una excursión de caza al valle de Aconcagua para regresar al puerto por el antiguo camino de Santiago y Casablanca.

Con antelación a nuestra partida, compramos regulares caballos a los huasos, por precios que va-

riaban de doce pesos a una onza, pues la experiencia manifestaba ser éste con mucho el mejor medio de viajar en todo Sud-América, porque las molestias y desagradados de cuidar bestias de alquiler de posta en posta son increíbles. Además que en tales casos el viajero depende en gran parte del peón que tiene a su cargo los caballos en cuanto a la ruta que debe seguir, el modo de viajar y los sitios en que hay que detenerse, sin contar la diferencia del gasto. Este, en un viaje largo, es, quizás, tres veces más de lo que vale la cabalgadura que se le facilita; porque puede estar cierto de que de ningún modo podrá obtener un buen caballo después del primero que le proporcionó el astuto huaso al salir de la ciudad, aunque esto no se haya indicado al arrendárselo. Además, el peón dará de comer a las cabalgaduras como le plazca, y, salvo que se estipule de antemano, pedirá sumas excesivas por lo que probablemente fué obsequio de pasto y cebada de los hospitalarios *paisanos*. Por otra parte, el viajero, si va sin asistente, tiene que andar, detenerse y dar de comer a su propio caballo, cuándo, dónde y cómo le plazca. Por lo tocante a su comida y comodidades, andará mucho más camino en un tiempo dado que en caballo de alquiler, y, en consecuencia, dispone de más tiempo para ver el país. A su vuelta, si no se le ha ofrecido oportunidad de deshacerse de él, en el puerto podrá siempre venderlo por lo menos por el precio que le costó.

Para nuestra excursión terrestre partimos en la

mañana temprano de un hermoso día de verano, en los últimos de Noviembre. Después de atravesar el Almendral, torcimos a la izquierda, cruzando el pequeño arroyo que se pierde casi por completo en su lecho de arena, aunque tan peligroso de vadear durante el invierno, y penetramos en el áspero camino montañoso llamado de las Siete Hermanas. A no ser cosa bien sabida, se tendría por imposible que pocos años antes pasaran por aquí carretas en dirección a Quillota, porque la senda está de tal modo hecha pedazos por el terremoto y las lluvias del invierno, y tan absolutamente descuidada, que ha quedado reducida a un *zanjón*, (o quebradas sucesivas), al través del cual apenas si pueden pasar las mulas cargadas, a pesar de su vigor y agilidad bien conocidos.

Cerca de la hermosa aldea de Viña del Mar, distante siete millas del puerto, se halla una laguna, o mejor dicho, la ancha caleta de Cupui, que tiene su nacimiento en la quebrada de Riquelmén. Hicimos una parada en este arroyo y dimos comienzo a nuestra expedición cinegética matando un cisne silvestre. Esta ave se asemeja por su forma y tamaño al *hooper* o tonelero común, que se le halla con frecuencia en la costa de Hampshire y en ciertos sitios de la isla de Wight en los inviernos crudos. Su plumaje es completamente blanco, excepto la cabeza y parte del cuello, que son de un negro aterciopelado, y su pico es rojizo. Después de mucho maniobrar y de ocultarnos en los caña-

verales de las orillas, cazamos un par de flamencos, que tienen de altura como yarda y media, medidos desde la punta de la cabeza a las patas. Su plumaje es hermoso, con el cuello, la pechuga y algo de los muslos de un blanco brillante, y el dorso y la parte superior de las alas de color de fuego. El cuerpo no alcanza a tener un pie de largo; la cabeza es muy pequeña, y los ojos chicos en proporción a su pico, que mide por lo menos seis pulgadas. Matamos también un *pillu*, llamado comunmente grulla chilena, aunque incorrectamente, porque nunca se para en los árboles, ni de ordinario se le halla lejos de las lagunas y pantanos, en los que con facilidad se mantiene por el largo excesivo de sus patas, que tienen cerca de una yarda. Su cuello, también, mide más de dos pies, aunque su cuerpo y cabeza no son mayores que los de un pato de tamaño regular. Los huasos dan el apodo de *pillu de laguna* a todo individuo notablemente delgado y de piernas largas.

Como a ninguno de estos pájaros valía la pena de desplumarlos, siendo todos piel y huesos, nos separamos en busca de caza más sustanciosa, habiendo convenido en juntarnos en las casas de la hacienda de Domingo Urrea, a seis leguas de Valparaíso. En los bosques en que andábamos cazando se hallan varias especies de mirtos chilenos. Algunos dan bayas, que los indios buscan con ahinco con el objeto de hacer una chicha dulce y fuerte que se asemeja por su color y fortaleza a la del

vino tinto. La especie más útil es el *culén*, que se da silvestre en todo el país. Sus hojas se parecen a las del té de la China, tanto en su forma como en el color y fragancia, y una infusión hecha con ellas se aplica con frecuencia y da excelentes resultados en los casos de fiebre e indigestión. Su sabor es muy agradable y preferido al té por muchos ingleses aquí establecidos. El *palqui*, otro arbusto que posee cualidades antifebrífugas, se encuentra también por aquí en abundancia. Su madera, cuando seca, es tan inflamable, que los huasos la emplean para hacer fuego refregando con rapidez entre las palmas de las manos un pedazo aguzado encajado en otro más grande.

La *gilla*, o árbol que da pequeños *cocos*, se ve en grupos en los cerros que hay entre Valparaíso y Concón. Su fruto no es tan grande como la castaña y se da en grandes racimos colgantes, que contienen muchos centenares agrupados en un solo tallo. Se asemeja mucho, bajo todos respectos, aunque en miniatura, al coco propiamente dicho; está envuelto en una cubierta fibrosa, que contiene en su interior una cáscara muy dura, difícil de quebrar, y que encierra dentro de él, cuando fresco, una leche refrescante de buen sabor. A la sombra de estos árboles se halla una especie de *helianthus*, que parece ser peculiar a Chile, llamado *mirasol*. De él exuda una materia resinosa, muy abundante en verano, que se parece bastante al incienso de los países orientales. Esta substancia

la recogen los naturales del país, aunque en pequeñas cantidades, para regalar a las iglesias y monasterios del campo, en los que se emplea como *zahumerio* durante la misa.

Como a eso de medio día nos juntamos en el lugar de la cita, con nuestros morrales repletos de patos silvestres, torcazas, que son una especie de palomas de los bosques, y zorzales, bastantes para proporcionarnos una comida sana. Después de la siesta, seguimos a lo largo del río Concón a Tabo-lango, pequeña aldea situada como a ocho leguas del puerto, y habiendo logrado la oportunidad de matar tres o cuatro zorros, que pululan a lo largo de este camino, y de cargar con sus pieles, fuimos perfectamente recibidos en la granja de Justo Rojas, donde pasamos la noche.

La cena de familia en esta casa de campo podrá dar una idea aproximada de lo que se acostumbra diariamente en las de la gente del campo. Después de la oración acostumbrada del «Bendito y alabado», dicha por uno de los niños de menos edad, un tazón de caldo de vaca muy sustancioso, sazonado con ají y espesado con *chuchoca*, hecha de maíz, se puso frente a cada huésped. Vino en seguida la consistente olla, hecha con grandes trozos de vaca, cortados en tajadas, con huesos y carne, y pedazos de carne de puerco salada, mezclado todo con papas, zapallos, cebollas, repollo y arvejas. Había también *puchero*, especie de guisado basto, y los inevitables platos de *charquicán* y *porotos*. Gran-

des *cachos* de chicha, chacolí y vino circulaban de mano en mano en rápida sucesión, y cuando se quitó el mantel, entró un peón con su poncho lleno de sandías y melones, que hizo rodar sobre la mesa para que sirvieran de postre.

Al día siguiente cruzamos el país montañoso que llega a San Pedro, pequeña aldea de huasos, y en la tarde continuamos por el camino directo a Quillota, hasta San Isidro, en el valle de Limache. El terreno de esta parte de Chile hasta el pie del elevado cerro de la Campana de Quillota es extraordinariamente fértil, y la abundancia y variedad de frutas que aquí se dan con poco o ningún cultivo causa la admiración del viajero europeo. En un solo huerto encontrará reunidos, en completo desarrollo, manzanas, peras y membrillos, naranjas, limones y cidras; duraznos, damascos y ciruelas; cerezas y fresas; higos, uvas y granadas; aceitunas, castañas, nueces y almendras, frutas todas que son conocidas; y, además de ellas, las lúcumas, melocotones, cidras dulces, y por sobre todas ellas, la almíbarada *chirimoya*, llamada aquí y en el Perú, la «reina de las frutas».

En estos grandes huertos revolotean innumerables *pidgas* (picaflors) con el abrupto e irregular movimiento de las mariposas, o se quedan suspendidos en el aire, como las doncellitas de agua, frente a alguna flor que tratan de reconocer. A veces, cuando están parados en alguna ramita, tocando sus delicadas alas con su diminuto pico (que se parece

a una larga espina obscura) dejan oír un lánguido canto, o mejor, una serie de gorjeos apenas perceptibles, muy diversos del grito penetrante, semejante al del murciélago, que emiten cuando pelean con sus rivales mientras vuelan.

Dos especies de tordos, el *thili* y la *thenca* cantan durante todo el año; se dice que esta última no tiene algún canto que le sea peculiar, pero que imita y mejora los de otros pájaros. El *cureú* es también un pájaro hablador. Este pequeño plagiario se domestica con frecuencia y se le enseña a silbar en varios tonos y aún a pronunciar algunos vocablos españoles. Muchos otros pájaros cantores, como el jilguero, la *loica* y grandes bandadas de avecillas de color amarillo verdoso anidan y cantan en las cercas de los huertos.

Las mariposas que se ven en este valle son grandes y de colores brillantes y hermosos. Las dos más notables, que no pueden olvidarse una vez vistas, son la grande azulada *papagayo* y la *paloma*. La cabeza y dorso de la primera es de un rojo brillante, manchado de amarillo y con venas verdes y azul celeste. Sus alas, que tienen largas nueve pulgadas, son de un color azul-verdoso por arriba y rojas por abajo; con antenas color de púrpura y barriga azul. La mariposa *paloma* es de un blanco de plata, con patas y antenas negras como de azabache.

Desde allí continuamos, pasando por Quillota, a la cuesta de Cachicama, montaña escarpada,

desde la cual se domina el valle de Tabuco. Al ascender este elevado cerro vimos *jarilla* en abundancia, especie de acacia pequeña, que destila de su corteza un bálsamo hartó fragante, muy estimado de los huasos por sus propiedades vulnerarias. En tal cantidad exuda este bálsamo, que aún sus hojas y ramitas están completamente viscosas y al tomarlas dejan un perfume que perdura por algún tiempo. En la cumbre de la cuesta topamos con dos o tres arrieros, con su madrina de mulas, que estaban descansando en su viaje de Aconcagua a Valparaíso. Uno de los peones, según descubrimos por las risas y bromas pesadas de que era víctima, había tenido la poca suerte de excitar a un *chingue* y estaba aún molesto por las consecuencias de su inconsiderado arrojó. . .

Este animal es una especie de gato montés, que, según testimonio unánime de los huasos, debe ser aún más de temer que el skunk de la América del Norte. Se nos dijo que sería como del tamaño de un gato, de color azulado obscuro, con manchas redondas blancas en el lomo. Posee un medio muy eficaz de defenderse, merced al poder que tiene de lanzar a larga distancia a su alrededor un olor extraordinariamente fétido, merced a lo cual (*nube perfusa*) se hace inatrapable de los hombres y animales. Se asegura que estos efluvios se extienden a más de una milla en circuito, dejando inservible para siempre el traje de los cazadores. Hasta los perros, cuando se ven alcanzados por el olor, se

alejan de carrera, ahullando como si estuvieran a pique de sofocarse, para correr a meterse en el agua y refregarse en la arena; ni comerán bocado, por más hambrientos que estén, en tanto que les quede este horrible olor. El chingue se halla tan seguro de su poder ofensivo y defensivo, que se aventura sin temor a las casas de campo y se apodera abiertamente y con perfecta impunidad, de los huevos de las gallinas que están echadas; porque ni hombre ni perro alguno, si conocen al chingue, han de estorbarle su libre entrada y salida.

Los huasos de Aconcagua y de muchas otras partes de Chile, que, como la mayoría de los pueblos a medio civilizar, se deleitan oyendo y repitiendo cuentos que caen dentro de lo maravilloso, están contestes en afirmar que una especie de murciélago grande, que llaman *pehuechén*, vive en las florestas y quebradas apartadas y que sale de noche para destruir manadas y rebaños, chupándoles la sangre. Aunque todos los huasos a quienes interrogué sobre este punto podían imitar el peculiar silbido, o mejor dicho, fúnebre chillido de este temido animal, y de describir su tardo vuelo, que lo asemejaba al de la perdiz, ni uno solo se atrevió a decir que lo había visto de cerca. Pero resulta bien raro encontrar a alguien del país, cuyo padre, hermano, o por lo menos un *compadre* suyo no haya muerto alguno o más (según su decir) en el momento mismo en que estaba matando algún cordero. Concuerdan los huasos en compararle con

un conejo doméstico en tamaño y figura, dotado de una piel fina de color castaño; ojos grandes brillantes y espantables; pico aguzado y orejas muy pequeñas. Sus alas, dicen, son de cuero, como los del murciélago común, pero mucho más gruesas; sus patas y garras como las de un lagarto, y su cola ancha y escamosa como la de los pescados. Creen todos que puede chupar la sangre del hombre y de los animales sólo con posarse sobre sus víctimas, y se les nota a la simple vista muy atemorizados y seriamente alarmados cuando sienten durante la noche lo que ellos llaman su grito.

El capataz de estos arrieros, huaso viejo, de hermosa presencia, de cabellos grises, sumamente complacido por la atención que prestábamos a su relato, lo prosiguió para darnos cuenta detallada de los guanacos, vicuñas y chilihueques que se hallan en la Cordillera más adelante de Aconcagua, que divisábamos directamente a nuestro frente en toda su deslumbrante blancura. Según parece, estos animales, que se asemejan muy de cerca a las llamas y alpacas del Perú, poco a poco se han abandonado como bestias de carga y para tirar el arado desde la introducción de las mulas, y sus crías han ido disminuyendo sensible y rápidamente en número.

El guanaco es el más grande de los tres; su pelo es más lanudo y más apto para resistir al frío; su cola es algo más larga y mejor formada y sus piernas y patas son mucho menos toscas. Su balido se parece al del potrillo. Si se le provoca, arroja

cuanto ha rumiado, mezclado con saliva, a la cara del agresor, desde varios pasos de distancia, con acierto inerrable.

La vicuña no es mucho más grande que un chivato en su entero desarrollo, al cual también se parece en el lomo, muslos y cola. Su piel es muy fina, y en su estado natural, del color de hojas de rosas secas; pero de ordinario se la tiñe de varios colores y se la emplea en la fabricación de sombreros, chales y guantes. Es excesivamente tímida y se oculta en las quebradas más remotas y abruptas, donde, a pesar de sus precauciones, se la va a cazar con empeño, para aprovecharse de su carne, que es mucho mejor que la del venado.

El chilihueque es más raro aún de encontrar en los valles bajos de la Cordillera. Se parece a un carnero bajo todos respectos, excepto en el largo de sus piernas y cuello; y está cubierto de lana, que es aún más fina y larga que la del cordero. Mide como cuatro pies de alto, desde sus pezuñas posteriores hasta el nacimiento de la cola, y desde allí hasta la punta de la nariz tiene como seis pies de largo. De esta especie los hay de varios colores: blancos, negros, castaños y overos.

El huaso viejo que nos dió esta lección de historia natural de su país llevaba pendiente de la cintura una bolsa hecha de la piel de un lagarto chileno, grande, que vive en cuevas que hace en los sitios montañosos, prefiriendo para su habitación los de las colonias de chinchillas. Su cuerpo

tiene como un pie de largo y nueve pulgadas de circunferencia, cubierta con pequeñas escamas de forma de diamantes, que se asemejan a las del *shagreen*, manchadas de azul, verde, negro y amarillo.

Después de haber dado el suficiente descanso a nuestros caballos nos despedimos del amistoso capataz y de sus peones y proseguimos nuestro camino reposadamente a lo largo del valle de Tabuco hasta Ocoa. Al atravesar un trayecto arenoso distante como una legua del pueblo, observamos numerosas parejas de *pequenes*, tomando el sol, parados en los montones de tierra que han sacado de sus cuevas al fabricarlas para sus nidos. El pájaro es una especie de lechuza chica, más quizás que la hembra del gavilán, con ojos amarillos inmóviles; pecho, vientre y cola blanquicos y lomo y alas de un amarillo obscuro. Los chilenos dicen en broma de alguien que acostumbra negarse a las visitas, que «se esconde como pequén en cueva».

A la entrada de Ocoa vimos varios hermosos ejemplares del *maytén*, precioso árbol de hojas siempre verdes, que constituiría noble ornamento de un parque. Tiene de ordinario unos treinta pies de alto, con ramas extendidas, que caen regularmente como un quitasol. Los renuevos, como los del alerce europeo, están siempre cubiertos de flores, que en el maytén son muy pequeñas, en forma de campana y de un tinte de púrpura brillante. La madera es de un color amarillo de oro, con nume-

rosas venas verdes y castañas y los mueblistas la usan mucho para incrustaciones. Las hojas son muy pequeñas y alternas, y de un verde muy vivo, y tan buscadas por los animales, que romperán cualquier vallado para procurárselas, de tal modo que casi han extinguido este valioso árbol. Los huasos improvisadores, o chinganeros, que de ordinario aluden en sus lucubraciones repentistas a temas que son familiares a sus oyentes, comparan a una joven hermosa con los renuevos de este árbol; por ejemplo:

Mariquita de mi alma,
cogollito de maitén...

Los naturales de Ocoa cultivan también el *floripondio* en sus jardines. Esta es una de las flores más fragantes y espléndidas de Chile y quizás de toda Sud-América. Tiene forma de embudo, como nueve pulgadas de largo y diez y ocho de circunferencia en la margen del cáliz, de un color blanco brillante como el de la nieve congelada. Exhala un perfume tan delicioso, muy semejante al del ámbar, que trasciende a todo el jardín, tanto, que aún el de las rosas y jazmines que crecen cerca de él apenas si se les nota. Las hojas son un tanto más largas que la flor, del ancho de una mano, cubiertas de un suave plumón sedoso. El tallo es más alto que un hombre a caballo y de un grueso como el del bambú ordinario, con tuétano semejante al del plátano.

Por la mañana temprano cruzamos la cuesta de Ocoa, para descender al valle de Llallay. Esta región es fértil, bien poblada de árboles, y se dilata por espacio de unas seis leguas hasta otra cuesta que tiene el mismo nombre. Se hallan aquí grandes bosques de peumos, cuyo fruto, tan desagradable a los extranjeros, lo compran con ahinco las porteñas de Valparaíso. Se dice que una decocción de la corteza produce muy buenos resultados en casos de hidropesía. El fruto, que es como del tamaño y forma de aceituna y encierra un pequeño hueso de forma ovalada, se considera exquisito en Chile, pero debe desaguararse por bastante tiempo en lejía fuerte para que pierda su desagradable esencia aceitosa.

También el *molle*, especie de sauce, crece en el valle de Llallay. Su jugo, que se extrae como el del arce, por medio de una espita, da, en sus dos estados de fermentación, una chicha muy fuerte y de buen gusto, que los del país prefieren al vino; y un vinagre excelente. Después de espesado, y antes de que fermente, produce un buen jarabe, igual al de la palma. Los pescadores de Concón y Valparaíso emplean una decocción fuerte para teñir y curtir sus redes, a efecto de que duren más y de hacerlas menos visibles debajo del agua a los pescados.

La papa indígena, llamada por los indios *maglia*, se halla en abundancia en toda la parte baja de la cuesta de Llallay y constituye el alimento favo-

rito de la rata *chinchili*. Estos tubérculos, en su estado natural, son de tamaño pequeño y un tanto amargos al gusto. Se han mejorado mucho con el cultivo, haciéndose más dulces, grandes y ligeramente harinosos, sobre todo, asados.

Gastamos este día con alternativas varias en nuestra cacería, pasando por las aldeas de San Roque y Panquegua, hasta las orillas de un río correntoso en que hicimos alto para pasar la noche. El *quillay*, o jabón vegetal, crece exuberante en los bosques vecinos. Su corteza, molida y disuelta en agua, adquiere la propiedad de sacar las manchas de grasa o aceite de todas clases, de las telas de algodón hilo y lana, y aún de las sedas finas, sin dañarlas. Los habitantes del país usan su infusión para lavarse la cabeza y afirman que da al cabello un tinte más oscuro y ese hermoso lustre de que las chilenas se enorgullecen con razón. La flor de la Pasión es corriente vérsela enredándose en este árbol, con sus flores brillantes en forma de estrellas, hasta subir al cogollo con sus guías.

Desde Panquegua seguimos el curso del correntoso río de Concón, que corre hacia el norte al través de este valle, deliciosamente fresco y claro, desde su nacimiento en las quebradas de la Cordillera, a la que con rapidez nos aproximábamos. El elevado volcán de Aconcagua, alzándose en mitad de los Andes, fué durante todo este día algo que dominaba y daba carácter al paisaje circunvecino entero. Hacia la tarde, cruzamos un vado

ancho y un tanto peligroso, e hicimos alto en la Villa Vieja de San Felipe, en la cual poco tuvimos que admirar,—posiblemente a causa del calor que hacía,—a no ser una larga y ancha alameda.

Permanecimos aquí durante varios días para dar algún descanso a nuestras cabalgaduras y a nosotros mismos, haciendo de cuando en cuando algunas excursiones a las cordilleras cercanas. El león sudamericano, que en Chile llaman *pagi* y en el Perú *puma*, se le ve con frecuencia bajar en los inviernos crudos, acosado por el hambre y el frío, desde las quebradas interiores hasta las granjas vecinas. De ordinario huye de las habitaciones de los hombres, a quienes nunca se atreve a atacar, y cuando se ve perseguido tan de cerca por los perros que no puede huir a las montañas, se trepa a algún árbol, donde se queda tranquilo hasta que lo atraviesan lanzas, le disparan o le enlazan, sin intentar defenderse. Cuando se halla rodeado de este modo por los cazadores, se le ve siempre derramar lágrimas, que los indios atribuyen a terror. De esta circunstancia derivan los chilenos el dicho de «llorar como león», aplicado por burla al fingido arrepentimiento de endurecidos criminales cuando caen bajo el látigo de la ley.

El *pagi* se asemeja en su aspecto y rugido al león de Africa, pero carece de guedejas. Su piel es de color castaño, que tira a amarillo en el lomo, y blanquizca en el pecho y barriga. Cuando ha alcanzado todo su desarrollo, mide dos pies y medio

desde las patas delanteras hasta la parte superior del lomo, y cinco pies desde el hocico a la cola. Su cabeza se parece a la del gato, con hocico corto, grandes ojos amarillos y orejas chicas. Su pecho es ancho, sus patas largas, provistas de garras prolongadas y fuertes. Cuando el hambre le obliga a descender a las *chacras* hace grandes estragos en los corderos, terneros y sobre todo entre los potrillos, cuya carne y la de burro parece que prefiere a las demás. El ganado mayor es siempre de sobra capaz para retener a distancia a este formidable intruso, con sus cuernos y pezuñas, formando un círculo para su mutua defensa, o por medio de la fuga, a no ser cuando los sorprende enyugados por pares. Cuando el *pagi* mata a alguno de éstos, lo arrastra hasta el bosque o quebrada inmediatos, juntamente con el sobreviviente, obligando a éste a seguir pacientemente, con golpes que le da de cuando en cuando.

En nuestras excursiones vimos muchas veces al *manque*; generalmente más conocido por su nombre peruano de *cóndor*. Este tirano de los Andes habita los cordones más apartados, pero saca sus tributos de las haciendas vecinas, en contorno de varias leguas de su solitario trono. Sus alas, que son blancas, tienen doce o catorce pies de punta a punta. [El cuerpo es grande y musculoso en proporción; su plumaje negro, salvo en el espinazo, que es del mismo color de las alas. Su cabeza es casi calva, cubierta sólo por un vello o plumón

fino; y alrededor de su cuello tiene un collar colgante, de plumas blancas cortas, como la palatina que usan las mujeres. Su pico tiene cuatro o cinco pulgadas de largo, ligeramente encorvado, aguzado y lo suficientemente fuerte para agujerear un cuero de vaca. Es tan fuerte en su vuelo, que cuando cría, puede cargar carneros, cabros y (si los asertos de los huasos merecen crédito) hasta terneros chicos, para saciar a sus rapaces crías. Este buitre se caza fácilmente encerrando algún animal muerto en un corral cercado de palizada fuerte, pues es de ordinario tan voraz y se llena hasta tal extremo, que no logra levantarse del suelo sin correr un largo trecho, cosa que el cierro se lo impide.

Los indios suelen traer a veces para vender en Aconcagua avestruces domesticadas, que cazan en los valles de los Andes del lado de Mendoza. Los del país la llaman *chiuquis*. En las casas de cierta hacienda vimos una de la estatura de un hombre alto. Sus alas tenían más de una yarda de largo, pero carecen de las plumas necesarias para volar. Las oscuras grises que tienen, que son largas y flexibles, se usan para quitasoles, amarradas a un palo de tamaño adecuado.

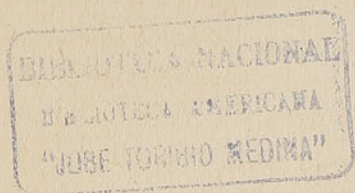
Entre San Felipe y Villa Nueva de Santa Rosa hay un puente de los llamados de *cimbra*, que con tanta frecuencia se hallan en las quebradas de la cordillera. Dos sogas gruesas, hechas de tiras de cuero de cuatro cordones, como las que se usan en Buenos Aires para guardines del timón y cables

para las velas de gavia, se atraviesan con moderada tensión al través del río (de cerca de 50 ó 60 yardas de anchura) por medio de dos postes de peumo, asegurando las cuerdas en ambas orillas en horcones pequeños de espino. Una plataforma de seis pies de ancho se pone atravesada en las sogas, hecha de colihues sin pulir, como los que usan los araucanos para sus lanzas. Las sogas de suspensión se hallan colocadas una yarda y media más en alto, hechas del mismo material, que pasan por la horcaja de los horcones más pequeños. Están conectadas con la plataforma por tiras delgadas de cuero, puestas a pocos pies de distancia unas de otras. Un puente de éstos oscila de manera muy desagradable, pero es bastante seguro aún para el paso de mulas cargadas. A veces suelen trastornarse por rachas fuertes de viento y se necesitan entonces varios días para acomodarlos.

Desde Santa Rosa seguimos al través del valle de Aconcagua, que tiene como ocho leguas de largo por tres de ancho, rodeado de montañas escarpadas de pórfido rojo, y regado por dos torrentes, el Aconcagua y el Putaendo. Después de ascender la cuesta por un camino en zigzag de tres o cuatro pasos de ancho, logramos una vista encantadora del valle en dirección a Colina del célebre campo de batalla de Chacabuco, donde O'Higgins y San Martín ganaron la primera batalla decisiva contra los españoles.

Después de dormir en la casa de postas acos-

tumbrada, atravesamos las quebradas que conducen a la aldea y baños termales de Colina, y pronto divisamos los bien conocidos campanarios de Santiago, al que entramos por el barrio de la Chimba y el puente del Mapocho. Al llegar a nuestro alojamiento en el Hotel Inglés de la calle de las Monjitas, hallamos cartas del puerto, requiriéndonos para embarcarnos sin demora en el *Aquiles*, que se estaba alistando apresuradamente para hacerse a la mar, con destino, como siempre, desconocido. En consecuencia, la misma tarde partimos para Valparaíso, adonde llegamos antes del cañonazo de la mañana.



CAPITULO XI

El Gobierno de Aldunate.—Insurrección de Fuentes en Chiloé.—El *Aquiles* destacado al Archipiélago.—Los indios se pliegan a Aldunate.—Los artilleros entregan el castillo.—Estrecha escapada del *Aquiles*.—Los revoltosos se rinden.—Fuentes intenta suicidarse.—Envío de una Casa de Moneda a Coquimbo.—Dificultades que ofrece su translación.—El *Aquiles* parte para el Callao.—Los Andes al salir el sol.—Huano.—Conspiraciones contra Pinto.—Pelucones y liberales.—Insurrección en Santiago.

Con la rendición del Archipiélago de Chiloé hubo de cambiarse su forma de gobierno y se confió el mando de las islas al coronel Aldunate, oficial chileno distinguido. Se dejó allí de guarnición al regimiento N.º 4, y un destacamento de artilleros se puso de guarnición en el castillo de Agüi y en algunos de los principales fuertes. Aldunate tomó las más eficaces medidas para apagar los celos y aborrecimiento con que los chilotes,—durante tan largo tiempo acostumbrados a ser gobernados por un monarca,—miraban a los chilenos por las enseñanzas de los sacerdotes (11).

(11) Los indios del Archipiélago creen todavía, aún en 1827-28, que la cabeza del Rey está hecha de oro batido. Se hallan también firmemente persuadidos, apoyados en la más incon-

Abolió las pesadas alcabalas y las vejatorias contribuciones que habían sido implantadas por Quintanilla; regularizó los tribunales de justicia, que habían degenerado en mera fuentes de corrupción bajo el gobierno de los españoles; y alentó a los habitantes a incrementar las exportaciones de sus islas, promoviendo la agricultura y fábricas, que habían sido casi del todo descuidadas durante la guerra por la falta del comercio con otros puertos de la América del Sur.

Tranquilo de este modo el estado de los negocios y con buenos auspicios, un mayor de artillería, apellidado Fuentes, que siempre se había hecho notar por su carácter turbulento, formó el propósito de apoderarse del gobierno de Chiloé y de unirse al de Colombia. Habiendo seducido a la artillería y a muchos de los oficiales del regimiento N.º 4, por medio de regalos y muchas promesas, comenzó por apresar a Aldunate, a quien, junto con todos los oficiales que se negaron a seguir sus planes revolucionarios, los embarcó en un buque mercante que estaba al ancla en la bahía y los despachó a Valparaíso. Asumió en seguida las riendas del gobierno y abolió por completo las saludables disposiciones de su predecesor. Los habitantes se vieron de nuevo abrumados con impuestos para

trovertible autoridad (la de los frailes), que todo insurgente, y más especialmente los ingleses, herejes, tienen un ojo más en la frente. El alcalde de San Carlos, don Domingo Loaísa, me aseguró que tal prejuicio se halla lejos de haberse desarraigado con la reducción de Chiloé.

el acopio de fondos del pago de las tropas, siendo, a la vez, tratados con la mayor injusticia y tiranía. Constantemente aseguraba a sus adeptos que esperaba ser socorrido por Sucre, que se hallaba en el Alto Perú, lo que le permitiría resistir al Gobierno de Chile en caso de que pretendiera despojarlo del puesto que tenía usurpado. Habiendo levantado varios cuerpos de milicianos entre los isleños, se consideraba perfectamente seguro, sabedor, como se hallaba, de que toda la armada chilena estaba por entonces reducida a un solo bergantín.

Pinto, en el acto de tener noticia de esta revuelta, dispuso que el *Aquiles* marchase a Chiloé, con el transporte *Resolución*, que llevaba a su bordo entre doscientos y trescientos hombres del regimiento N.º 8, al mando del teniente coronel Tupper. El coronel Aldunate, cuya presencia allí se consideró de capital importancia, se embarcó como pasajero en el *Aquiles*; y el antiguo gobernador indígena de Valdivia, Picarte, obtuvo autorización para acompañar a la expedición a título de aficionado, según lo declaró; en la expectativa de poder regresar al seno de su familia y a su gobierno cuando el asunto se arreglara.

Al presentarse frente a los Farellones, ambas naves enarbolaron la bandera peruana, lo que hizo caer a Fuentes en el engaño de que eran las que esperaba. Es efectivo que había escrito al Alto Perú ofreciendo sus servicios y el dominio del Archipiélago a los colombianos, si bien resulta dudoso

que mediase promesa de socorro de parte de Sucre. En el colmo de su regocijo, se embarcó en un bote para dirigirse a bordo del *Aquiles*, que no reconoció, y se hallaba a mitad de camino cuando le asaltaron sospechas al observar que las naves tardaban en entrar a la bahía, por lo cual se regresó a San Carlos.

El capitán del puerto, teniente J. Williams, que era originario de Bristol y casado en Talcahuano y antes servido de oficial en la *O'Higgins*, había sido obligado a plegarse a la insurrección, pero de secreto mandó decir a Chile que se hallaría listo para verificar su escapada ante la aparición allí de cualquier buque de guerra nacional. Desde el primer momento pudo reconocer al *Aquiles* y se vino a él en la falúa del puerto, acompañado de un sargento del Cuarto de línea, que Fuentes había hecho colocar a su lado por abrigar alguna sospecha de sus intenciones. El regimiento N.º 4 había sido antes mandado por un coronel Sánchez, desterrado que había sido por Pinto al Perú por aparecer implicado en cierto disturbio que ocurrió en Santiago; y los soldados se hallaban persuadidos por Fuentes de que su antiguo coronel, a quien tenían gran afecto, debía llegar para tomar de nuevo su mando. Los que tripulaban la falúa se hallaban tan deseosos de darle la bienvenida, que atracaron al costado del *Aquiles* sin la menor sospecha, viéndose por primera vez desengañados al

notar que Aldunate se hallaba de pie en el alcázar de popa.

El *Aguiles*, que era, por supuesto, incapaz de batirse por sí solo con las baterías y lanchas cañoneras de la bahía de San Carlos, siguió con el transporte hasta Chacao; habiendo de paso sorprendido el coronel Tupper uno de los fuertes de la bahía en que estaban de guarnición dos oficiales y un destacamento de soldados del cuarto regimiento, a quienes hizo prisioneros. Al saberse que Aldunate se hallaba en Chacao, los indios comenzaron a presentarse allí con sus piraguas cargadas de provisiones para las tropas, con muestras de gran contento por su regreso, refiriendo cada uno algo acerca del mal tratamiento que habían recibido de Fuentes durante su ausencia; muchos alcaldes y milicianos corrieron también a juntársele, viéndose así Fuentes muy pronto abandonado de todos, salvo de la artillería y del regimiento N.º 4. Aún éstos se hallaban del todo disgustados por su conducta tiránica y continuada intemperancia, y no procedían desde luego a entregarse por la incertidumbre en que estaban respecto a la suerte que correrían.

Fuentes, mientras tanto, estaba ocupado en remitir desde San Carlos elementos de toda especie al castillo de Agüi, donde se proponía permanecer hasta que le llegasen socorros, habiendo terminado allí una nueva batería a flor de agua para mejor defensa de la plaza. Había alistado también una

pequeña goleta en la que proyectaba escaparse al Perú, en caso que los auxilios que aguardaba tardasen demasiado. Todos estos preparativos resultaron frustrados por los artilleros de Agüi en quienes tenía depositada por completo su confianza, los que, habiéndose levantado contra sus oficiales, los apresaron y enviaron en una lancha a Aldunate a Chacao. Todos los fuertes y lanchas cañoneras siguieron el ejemplo de Agüi, cerca del cual se reunieron, y enviaron desde allí noticia de su sumisión a Aldunate. Al recibir esta nueva, el *Aquiles* embarcó las tropas y se dirigió a San Carlos.

En el paso de los Remolinos estuvo el bergantín a punto de naufragar y de perderse con todos los que iban a su bordo, porque el viento, que era suave, hizo que lo arrastraran las mareas, de las que deriva su nombre este canal, hasta en medio de las rocas, donde escasamente halló la profundidad suficiente para echar ancla sin tocar fondo, en medio de una violenta corriente. Si hubiera tocado, se habría inevitablemente dado vuelta, siendo la tierra más próxima que teníamos un peñasco cortado a pique, donde no habría habido probabilidad de que salvase un solo hombre. Después de perder una ancla con su cadena, como también un anclote y guindaleza, escapamos al peligro y fuimos a fondear en nuestro antiguo sitio cerca de Barbacura.

Fuentes tuvo la osadía de ofrecer capitular, a título de gobernador de Chiloé, lo que, por supuesto, Aldunate rehusó indignado. Los oficiales

del 4.º enviaron un parlamentario con una carta en que pedían las condiciones que se les concederían, tratando de paliar su culpabilidad echándole toda la culpa de la insurrección a Fuentes. Aldunate, con todo, insistió en que debían rendirse a discreción, haciéndoles saber, á la vez, que les perdonaría la vida, hasta que se supiese la resolución del Gobierno. Fueron obligados a aceptar estos términos, y todos conducidos a bordo como prisioneros. Fuentes, que se había conducido como loco y repetidamente trató de suicidarse, fué encerrado en un camarote, con centinela de vista, durante el pasaje a Valparaíso. Tan resuelto estaba a acabar consigo mismo para librarse de la muerte pública e ignominiosa que sabía había de tener, que cuando se fumigó al *Aquiles* cerca de la isla de la Mocha (como precaución saludable contra epidemias, en vista de hallarse atestado de tropas), logró esconderse en los bajos del barco y al echarle de menos, fué buscado y llevado, medio sofocado, sobre cubierta por dos oficiales ingleses, en vista de que sus paisanos se negaron a arriesgarse buscándole. Muchos de los soldados rasos del 4.º fueron llevados a Santiago y distribuídos allí en diferentes cuerpos. Fuentes y otros tres oficiales de los más comprometidos, condenados a ser fusilados, fueron indultados por Pinto, conmutándoles aquella pena en destierro perpetuo.

El viejo gobernador Picarte, que era un verdadero indio por su nacimiento y hábitos, aunque

tenía el grado de coronel en el ejército y estaba casado con una señora de familia respetable, insistió mucho cerca del capitán Wooster para que fusilase una media docena de oficiales en la travesía hasta Valdivia, y se creyó muy desairado por no haberse accedido a su demanda. A su llegada a Valdivia se encontró con que la revuelta había alcanzado hasta esa provincia, porque un destacamento del 4.º, que había sido apostado en la villa de Carelmapu, marchó contra la ciudad de Osorno en los llanos, de que se había apoderado, y se preparaba para entrar a Valdivia. Pero al saber las noticias que llevábamos de Chiloé, se entregó tranquilamente.

La acuñación de moneda había estado durante algún tiempo en Santiago casi paralizada, a causa de la escasez de metales preciosos, por la falta de producción de las minas y su mal laboreo, a cuya causa Pinto resolvió enviar toda la maquinaria de la Casa de Moneda a Coquimbo, donde se podía obtener plata en gran cantidad. Paso atrevido era éste (por más falta de importancia que aparezca en qué lugar del país se acuñe la moneda), y contribuyó en gran manera a hacer impopular a Pinto entre los habitantes de Santiago, cuya vanidad se sintió lastimada en parte sensible por una medida que estimaron infracción de los privilegios de la capital. Se hablaba aún sin rebozo por muchos de ellos (y los sucesos posteriores han acreditado el hecho como de ningún modo improbable) de que Pinto

aspiraba al engrandecimiento de la provincia de que era originario, a expensas de Santiago; y además, que como contaba con muchos partidarios en Coquimbo, que antes había gobernado, alimentaba el proyecto de separarla del resto de Chile y colocarse en persona a su cabeza como presidente de un estado independiente.

La traslación de esta pesada maquinaria, algunas de sus grandes pilastras de piedra y otras partes sólidas, que pesaban de ocho a diez toneladas, fué tarea abrumadora para los ingenieros chilenos. Se construyeron varios vehículos, que en el camino resultaron ineficaces; y tan frecuentes y largas fueron las paradas que ocurrieron durante el viaje en que la maquinaria era trasladada de la capital al puerto, que la parte supersticiosa de las gentes comenzó a formular serios reparos por la demora, creyendo que había algo de funesto al privar a Santiago de tan valioso privilegio. Hubo también no pequeñas dificultades para embarcar varias de las piezas en las lanchas y llevarlas al costado del *Aquiles*, que fué designado para transportarlas a Coquimbo, pues en Valparaíso no había muelle ni grúa. Al fin se subió todo a bordo por medio de cabrestantes y tecles, sin muchos percances, y fué conducida en salvo hasta el lugar de su destino.

Al saberse en La Serena que la maquinaria había llegado a Coquimbo se celebraron grandes fiestas, ganando, de seguro, Pinto tanta popularidad allí por la traslación hecha, como la que perdió en

Santiago. En vista de que no se pudo obtener lanchas en Coquimbo, se unieron dos botes, sobre los cuales se colocó una plataforma para recibir la maquinaria. Multitud de coquimbanos se congregó en el desembarcadero para ayudar a ponerla en tierra, y de La Serena se llevó una banda de músicos para festejar el arribo. El pueblo hasta se unció al carro en que había de conducirse a la ciudad, y, a no dudarlo, lo habría arrastrado hasta allí, pero el camino resultó tan arenoso, que se gastó casi una semana en conducir cada una de las diferentes piezas al lugar señalado.

De Coquimbo proseguimos para el Callao, para conducir un enviado especial, apellidado Trujillo, que el Gobierno de Chile enviaba a Lima. Como marchábamos a lo largo de la costa con viento favorable, divisamos con frecuencia la Cordillera cubierta de nieves perpetuas: espectáculo que jamás deja de llamar la atención aún a los del país, que no cesan nunca de mirarla. Los picos más altos y distantes rara vez lograban verse, salvo por breve tiempo, antes de salir y de ponerse el sol. En muchos casos podíamos observar la silueta bien definida de algún pico muy lejano en el disco del sol al levantarse; pero la montaña parecía fundirse inmediatamente en la atmósfera y se hacía invisible para nosotros a causa de la distancia. Observamos el mismo curioso fenómeno al levantarse la luna, y de manera aún mucho más bella, porque por el momento no se distinguía otra montaña al-

guna, excepto el solo pico interpuesto entre nosotros y ese luminar.

Muchas rocas y pequeñas islas se ven a lo largo de la costa, completamente blancas y que a la distancia aparecen como si fuesen de cal. Están cubiertas de *guano*, o estiércol de las aves marítimas, que forma un considerable renglón de comercio en la costa del Perú. Muchos buques se hallan continuamente ocupados en extraerlo y conducirlo a los diferentes Puertos Intermedios. Allí se vende por fanegas y alcanza un alto precio, porque sin él nada puede cultivarse en aquel árido y arenoso suelo. Los buques que van a buscarlo fondean cerca de alguna roca en que exista en abundancia, provistos de una especie de puente hecho de tablas, que va de tierra a la bodega, por el cual lo acarrean y toman en breve plazo una carga de valía, aunque dañosa en extremo. El olor es, en verdad, sumamente desagradable, y resulta tan molesto ir a bordo de un *guanero* como de un ballenero. La profundidad a que alcanza este abono, en los sitios en que se le encuentra, es, realmente, asombrosa, llegando a veces a cuarenta y cincuenta pies de espesor, y en tal abundancia, que al parecer es inextinguible.

Las conspiraciones contra Pinto comenzaron una vez más a asumir un carácter serio y las revueltas se sucedían con frecuencia en Santiago, encabezadas principalmente por el coronel Infante, don N. Urriola y otros demagogos. Eran estos hombres

capaces de todo, pero ligados a buenas familias de Chile por su nacimiento o matrimonio. Las influencias de sus deudos eran lo bastante poderosas cerca del Gobierno para invalidar las consecuencias, que de ordinario recaen con severidad en los agentes secundarios de estas conspiraciones, en tanto que los cabecillas se retraen simplemente por unos pocos días en las estancias de sus amigos, hasta que la justicia se muestra satisfecha con unos pocos castigos ejemplares, y se presentan después atrevidamente en público, listos para aprovecharse de otra oportunidad que se les ofrezca para turbar de nuevo la tranquilidad del país.

Los dos partidos que por el momento se disputaban el poder se les distinguía con las denominaciones de liberales y pelucones. Estos, cuyo nombre significa literalmente «los grandes pelucas», eran principalmente españoles, o criollos que de antes habían sido decididos realistas y de quienes se abrigaban todavía fuertes sospechas de echar menos en su interior al Gobierno de España. En su mayor parte eran hombres acaudalados y de familia, y muchos de ellos gozaban de puestos importantes en la Iglesia y en el Estado, en los cuales (según decían los del partido contrario) sólo se mantenían merced al cohecho. Fuerte y ciegamente apegados a los antiguos usos, por insignificantes que fuesen, o aún mal adaptados al estado actual de cosas, se manifestaban obstinados a todas y cada una de las innovaciones, ya fuesen en sí mismas

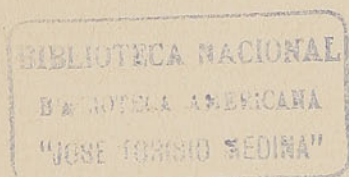
inocentes o saludables para el propósito que buscaban. En materias religiosas eran observantes escrupulosos hasta lo último de todas las ceremonias y supersticiones, teniendo como caso de conciencia creer cualquier cosa, sin excepción alguna, que los sacerdotes estimasen oportuno comunicarles.

Los liberales se diferenciaban, como ellos mismos deseaban que se entendiese, en todos respectos de los pelucones, jactándose de la liberalidad extrema de sus opiniones, cual bien lo indicaba el nombre que habían adoptado para distinguirse. Los cabecillas de este partido eran, ciertamente, hombres de talento e ilustrados y muchos de ellos dueños de buen caudal y ligados a familias respetables; pero en su mayor parte afectaban despreciar esas ventajas de los pelucones, y hasta llegaban a insistir en que eran incompatibles con el carácter de un verdadero liberal. En todos respectos se afiliaban en el extremo opuesto de sus adversarios en política, y aunque, merced a sus esfuerzos, se habían logrado muchos cambios altamente ventajosos en las antiguas formas de gobierno, en los tribunales de justicia y en el estado de la sociedad en general, sus ideas de libertad aun tendían al anarquismo, y para eludir el dictado de supersticiosos, no pocos de ellos se hicieron libres pensadores. Muchos pretendían desechar toda religión en general; razón por la cual sus adversarios les negaban

el nombre de *liberales* y los infamaban con el calificativo de *libertinos*.

Una reunión tumultuosa de los más violentos partidarios pertenecientes a esta facción, encabezada por Infante,—que halló medios de sobornar a uno de los regimientos por medio del dinero y la promesa de que se le pagaría los sueldos que se le debían,—logró apoderarse de la Plaza durante unas cuantas horas. Un destacamento de soldados, al mando del coronel Latapiat, fué enviado a disolver el Congreso, que por ese tiempo estaba en funciones. Se portó allí con gran violencia, llegando a amenazar a sus miembros con fusilarlos si al punto no dejaban de sesionar. Mostraron, sin embargo, una firmeza que no se esperaba, ordenándole que en el acto se retirase con su gente, orden reforzada por varios del partido liberal allí presentes, que desaprobaban altamente tan violentos procederes, y que fué obedecida sin más demora. En el trascurso del día, los cabecillas de los facciosos se disgustaron entre sí y retiraron sus fuerzas a la Maestranza, cerca de la Cañada. Desde ese punto los soldados se disolvieron poco a poco, viéndose defraudados de la expectativa de que se les permitiera saquear la ciudad. Uno de los cabecillas de los revoltosos, cierto mayor de ejército, buscando su propia seguridad a la vez que sus conveniencias, entregó en manos del Gobierno a los principales de sus confederados, entre quienes estaba Infante, servicio que le valió una conside-

rable suma de dinero y un ascenso. Se creyó en un principio por todo el mundo que estos revoltosos serían condenados a ser pasados por las armas, pero resultó que el Gobierno no estimó prudente llevar las cosas a este extremo, en tiempos en que sus miembros se sentían por su parte inseguros. Muchos de los oficiales comprometidos eran hombres casados, y tales empeños se movieron en su favor, que fueron puestos en libertad después de un breve arresto a bordo del *Aquiles*, y esto puramente por fórmula, porque el oficial que los tenía a su cargo les daba permiso de bajar a tierra todas las noches bajo palabra de que regresarían en la mañana temprano.



CAPITULO XII

Los *rotos* chilenos.—El Congreso se traslada a Valparaíso.—Tumultuosos debates.—Guerra civil en Santiago.—La milicia de Valparaíso.—Motín durante la marcha.—La insurrección sojuzgada.—Exhumación y nuevo entierro de los tres generales Carreras.—Se proclama una nueva Constitución.—Pinto reelegido Presidente.—Se retira a Coquimbo.—Chiloé, Concepción y Coquimbo sublevadas.—Conclusión.

El Congreso vió claramente que, aunque hasta entonces había librado bien, sus sesiones no podían continuar en la capital sin peligro constante de ser perturbadas, después que varios de sus impopulares miembros habían sido amenazados por los *rotos*,—ciertos hombres de las clases sociales más bajas de Santiago, que responden a los que en Italia llaman *lazzaroni*.

Los *rotos*, así llamados por andar hechos pedazos, son fornidos, vagamundos sin Dios ni ley, ni con medios ostensibles de vivir, que, si bien raras veces se les ve en épocas de tranquilidad cuando permanecen en asecho en los barrios de Guangualí y la Chimba, pululan como lobos en las calles en la expectativa de saqueo cuando se

ofrece alguna reyerta o revolución. La presencia de sus figuras escuálidas y de aspecto salvaje en la Plaza o en otros sitios públicos concurridos, es seguro indicio a los habitantes de Santiago de que se aproxima alguna revuelta política, pues saben de tiempo atrás que son agentes siempre listos para tomar parte en cualquiera tropelía que se proyecte.

Resolvió el Congreso, en vista de eso, abandonar la capital y trasladarse a Valparaíso como lugar seguro para sus sesiones. Desde allí, en el caso de que sus miembros se viesan amenazados de cualquier peligro serio, tenían los medios de escapar con toda facilidad, ya refugiándose a bordo del *Aquiles* o ya en cualquier otro buque de guerra extranjero, de los que no faltaban nunca algunos en la bahía. Este puerto ofrecía, además, la ventaja de haber siempre permanecido tranquilo en todos los trastornos que se habían producido en Santiago, cosa que debe atribuirse a que los porteños viven dedicados por completo al comercio y sin que se vean ociosos, ya que nunca falta allí ocupación al que desea trabajar, y porque los alcaldes de barrio se manifiestan inflexibles en enviar a la cárcel o a trabajar en las obras públicas a todo aquel que se encuentre en la calle sin medios ostensibles de ganarse la vida. La policía es también mucho más numerosa y mejor disciplinada que en la capital, a causa del mayor número de comerciantes, principalmente extranjeros, que tienen propiedades va-

liosas que cuidar, y quienes por tanto, contribuyen liberalmente para el sostenimiento de esta salvaguardia. Los mismos comerciantes y sus inmediatos dependientes forman, en todo tiempo, un cuerpo fuerte, siempre listo para acudir al primer llamado para el mantenimiento del orden.

Se aderezó la iglesia de Santo Domingo para la recepción del Congreso. Los corredores y celdas del convento, en años atrás, habían sido arreglados para cuarteles del cuerpo de artillería estacionado en el puerto. Era ése formado por hombres de confianza, que se hacían notar por su uniforme buena conducta, y como había permanecido de guarnición bastante tiempo, muchos de ellos se hallaban casados; y así, su proximidad a la iglesia, donde el Congreso debía reunirse, se consideró por los diputados como su mayor seguridad.

Los debates fueron muy acalorados y tumultuosos, ocupados como se hallaban en discutir las bases de una nueva constitución, cuyo proyecto había sido elaborado últimamente por una comisión y sometido a sus deliberaciones. Las continuas discusiones entre los pelucones y liberales que formaban parte del Congreso eran llevadas de manera del todo antiparlamentaria, porque frecuentemente descendían a alusiones personales e interrumpían sin cesar los debates con sus querellas de partido.

En tanto que el Congreso continuaba sus sesiones en Valparaíso, una revuelta más seria que todas las que antes habían ocurrido en la capital vino

a estallar. Fué encabezada, como de costumbre, por Infante y Urriola, que eran infatigables para conspirar y no se habían desalentado por sus anteriores intentonas, para tratar de nuevo de derrocar al Gobierno. Nada era más fácil que sobornar las tropas, sobre todo las que se hallaban de guarnición en lugares alejados de la capital, porque desde el momento en que se ausentaban de su vecindad, el Gobierno no se cuidaba en lo menor de atender a su paga ni vestuario, hasta que ocurría alguna revuelta que venía a hacer acordarse del ejército. Un grueso cuerpo de infantería y caballería, con sus respectivos oficiales, fué prontamente reunido por los mencionados revoltosos y se dirigió sobre Santiago. Pinto, que había enviado a reconocer a los insurgentes a su escolta de coraceros, mandada por el teniente coronel Carson, originario de Norte América, se pasó a ellos con la mayor parte de sus hombres. Acamparon luego en el Llano de Portales, desde donde despacharon un parlamentario a Pinto, con varias peticiones, a las cuales no se prestó oído, y amenazas, de que no se hizo caso. Fueron, con todo, impotentes para entrar a la ciudad, a causa de que el cuerpo de artillería y la guarnición se mantuvieron fieles a Pinto.

Pronto comenzaron a presentarse en Santiago para su defensa los milicianos de varios pueblos, y los principales vecinos y comerciantes formaron entre ellos un cuerpo de caballería eficiente para el resguardo de la ciudad, que habría sido saqueada

en caso de que los revoltosos lograran apoderarse de ella. Valparaíso también contribuyó con su cuota, despachando todos los artilleros que allí estaban para unirse al ejército del Presidente. Juntáronse, asimismo, al propio intento tres compañías de milicianos de más de cien hombres cada una, pero, por desgracia, fué imposible reducir a este refuerzo a que pasase más allá de los suburbios de la ciudad, donde terminó su campaña. La gente que componía este cuerpo era toda de artesanos que habían sido sacados de sus labores y del seno de sus familias, a las que mantenían, con aviso anticipado de un momento para marchar a Santiago, y eso, para ir a combatir contra una causa,— que era más bien popular que otra cosa,— con hombres de su clase y a favor de un Gobierno al cual le era hostil. No hacía mucho que habían sido alistados, ni recibido tampoco vestuario ni armas. Los fusiles que se les distribuyó se sacaron a toda prisa, con el apuro del momento, de varios almacenes y se pusieron en sus manos en el peor orden posible, sin limpiarlos o siquiera revisarlos. Los alcaldes, después de revistar los hombres de sus respectivos barrios pertenecientes al cuerpo, los hicieron marchar, muy contra su voluntad, al fuerte de San Antonio, a cuyas puertas se colocaron centinelas, sin permitirles salir.

Habiendo sido apresuradamente separados en tres compañías, se pusieron bajo el mando de algunos oficiales retirados, que ofrecieron sus servi-

cios al gobernador, sin imaginarse, al tiempo que hicieron ese ofrecimiento, de la clase de soldados de que habían de encargarse y sin darles el tiempo indispensable para cerciorarse de si esos hombres entendían algo de milicia, aunque ya a punto de ponerse en marcha para combatir con tropas regulares. Sin embargo, en un país sujeto a revoluciones todos tienen nociones del arte militar; y estos milicianos, en su mayor parte, habrían resultado servibles si se les hubiera concedido siquiera unos cuantos días para reconocer sus puestos en las filas y hacerse familiares con los rostros de sus oficiales. Durante el día y la noche que permanecieron en el fuerte no se les proveyó de cosa alguna y se entregó sólo un peso a cada uno para alimentarse en el camino, que debía de ser por lo menos de cuatro días. Este trato inconsiderado de parte de las autoridades locales y la expectativa de dejar a sus mujeres y familias sin socorro durante su ausencia era lo menos a propósito para que aceptasen de buen grado esa campaña.

A la mañana siguiente se ponían en marcha, en ayunas y rezongando, a través de la ciudad, con el aspecto menos militar imaginable, todos con *ponchos* y *guarapones* y cargando armas mohosas de hechuras varias. Al llegar al Almendral, la fila en marcha fué rodeada por las familias de esos hombres, que a gritos protestaban del desamparo en que iban a quedar con su partida; a cuya vista hicieron alto los milicianos y se negaron en abso-

luto a salir de la ciudad antes de que se les diese alguna paga adelantada. Repartióse un peso a cada uno y se les prometió que al cabo de un día de camino se les daría el sueldo de un mes. Prosiguieron entonces, al parecer satisfechos, hasta la mitad de la subida del primer cerro, donde de improviso se apoderaron de la pólvora que iba en mulas, entre ellos y la artillería, que marchaba a la vanguardia, y después de distribuir apresuradamente los cartuchos, comenzaron a disparar sin ton ni són. Los oficiales que trataron de contener tan desordenada conducta fueron obligados a retirarse y a dejarlos, porque dispararon sobre varios, hiriéndolos levemente. Durante el desorden, dieron con el dinero destinado a su pago y al de los artilleros, y después de distribuírsele, se volvieron tranquilamente a sus casas, y entregaron sus armas, sin que se hiciese averiguación alguna del caso.

Las fuerzas reunidas en Santiago por el Gobierno atacaron a los insurgentes en el Llano de Portales y los derrotaron después de un combate encarnizado. Se hizo, como de ordinario, algunos castigos ejemplares entre los subalternos, varios de los cuales fueron fusilados. Infante, con su colega Urriola, después de un breve alejamiento al campo, volvieron de nuevo a la capital, donde se exhibieron en público, como si nada de extraordinario hubiese ocurrido.

Antes de que el Congreso clausurase sus sesiones,

se decretó por unanimidad que los huesos de los tres Generales Carrera debían ser traídos de Mendoza a Santiago y enterrados en el Panteón con los honores debidos a su rango y eminentes servicios a su patria. Estos tres hermanos pertenecían a una de las más respetables familias de Santiago. Valiéndose de sus riquezas, talentos e influencia, fueron los principales instigadores y sostenedores de la revolución y tuvieron el mando de las primeras fuerzas patriotas formadas en el país. Las tropas realistas, al mando del Presidente español Osorio, habiendo conseguido vencerlos en varios encuentros en los que los patriotas perdieron, tanto hombres (de quienes pocos sobrantes podían tener en aquel tiempo), como la confianza en sí mismos, se marcharon a la vecina República de Buenos Aires en busca de la ayuda de las tropas de ese Gobierno, que habían permanecido ociosas durante varios años. Su petición fué aceptada y un ejército considerable se envió a las órdenes del General San Martín, que por acaso ayudó a echar del país a los españoles y a asegurar la independencia de Chile en las batallas de Chacabuco y Maypú.

O'Higgins, mientras tanto, habiendo sucedido en el mando del ejército y sido designado en su ausencia Director de Chile, se sentía temeroso de verse privado de su alto cargo por su vuelta, y así, procuró que fuesen arrestados en Mendoza, ciudad que, aunque situada del otro lado de los Andes, forma, sin embargo, parte de la República de Chile. Después

de un proceso de pura fórmula, que les siguió una comisión de oficiales del partido de O'Higgins, se les declaró traidores a la república, y se les fusiló. Fueron sepultados clandestinamente en un oscuro rincón de Mendoza, pero, aunque bien tarde, se hizo justicia a su memoria. Sus restos, entre los cuales figuraban los grillos que cargaban al ser fusilados, después de haber sido conducidos en magnífica procesión, a la luz de las antorchas, a la Iglesia de la Compañía, donde se celebraron solemnes honras fúnebres, fueron depositados en el Panteón.

Habiéndose restablecido por breve tiempo la tranquilidad en Chile, la Constitución que se estuvo discutiendo por espacio de algunos meses fué al fin aprobada por el Congreso y sancionada por el Presidente, quien señaló día para la ceremonia de jurarla observar y mantener en todas las ciudades de Chile. Un ejemplar fué llevado en procesión al altar mayor de todas ellas, donde estuvo depositado por una semana; se exigió el juramento al ejército, a la marina y a los civiles por los respectivos gobernadores o alcaldes, con la debida solemnidad y con toda la pompa de que los sudamericanos son tan amigos. Arcos triunfales, cubiertos con ramas de *curagüilla* y adornados con pinturas alegóricas se erigieron en todas las plazas; y la ceremonia se llevó a cabo en medio de las salvas de la artillería, repique de campanas y vivas del populacho, al cual se arrojó dinero en abundancia.

Poco después, estando ya para expirar el tiempo en que por la ley debía permanecer el Presidente en su cargo, fué de nuevo Chile arrojado en estado de confusión y excitación por causa de una proclama lanzada para la elección de la nueva cabeza del Estado. Aunque Pinto había declarado en privado hallarse profundamente fatigado de la situación que pesaba sobre él y en la que se había podido mantener con dificultad por las continuas luchas contra las maquinaciones de sus adversarios políticos y enemigos personales, se resolvió a presentarse como candidato para la reelección para demostrar en cuanta estimación eran tenidas sus dotes de gobernante por la mayoría de la nación. Hizo luego amago de retirarse a la vida privada al seno de su familia, en Coquimbo. Se ensayó cuanto intriga era posible, y de nuevo se renovaron los esfuerzos de los partidos en lucha para lograr la elección de su candidato favorito. Los ultraliberales proclamaron a Infante, y los pelucones votaron por Novoa, el Ministro de Hacienda. Las elecciones se verifican en Chile por votación, y las cajas destinadas a este efecto en cada barrio se guardan de noche en las salas de los cabildos de las ciudades bajo la custodia de personas de confianza señaladas por ambos partidos, hasta que se verifica el escrutinio. Las reyertas que se producen en las mesas para depositar los votos llegaron en esta ocasión a ser tan frecuentes y violentas, que se hizo necesario llamar a la milicia para la conser-

vación del orden, no obstante lo cual, ocurrieron muchas muertes en los conflictos que se produjeron. Pinto fué reelegido por gran mayoría de votos, y satisfecho con tan decisiva victoria sobre sus opositores, resignó poco después las riendas del gobierno. Se retiró casi precipitadamente a Coquimbo, adonde había enviado con anterioridad a su mujer e hijos, embarcándose en un buque francés de guerra, y llevando consigo, según públicamente se dijo, cerca de 400 mil pesos en dinero contante.

La provincia de Concepción, disgustada bien pronto con la Constitución que acababa de jurar amar, honrar y obedecer, se declaró separada para siempre de Chile; y Prieto, que mandaba el ejército levantado en aquella provincia, derrotó en dos encuentros generales las tropas despachadas por el Gobierno de Chile para sofocar la revolución. Las provincias de Coquimbo y Chiloé siguieron el ejemplo de Concepción; en tanto que el caudillo Pincheira, que había tomado y saqueado a Mendoza, se esperaba a diario (en Diciembre de 1829) que cruzase la Cordillera por el paso de Aconcagua para introducir sus bandidos en el corazón del país.

La Armada de Chile, que es fuerza la más apropiada para un país de extensa costa y con islas, y además, situado a la entrada del Pacífico, ha ido disminuyendo gradualmente, tanto en poder numérico como en eficiencia inmediata, desde el tiempo en que Lord Cochrane renunció su mando.

A fines de 1829 estaba reducida a un bergantín, el *Aquiles*, al paso que para mandarla había dos almirantes rivales, Blanco y Wooster. Muy pocos extranjeros permanecen aún en el servicio, pero casi todos los que se han quedado en el país se han casado, y se hallan, por supuesto, establecidos. Algún cambio capital debe tener lugar en la organización del Gobierno (para efectuar el cual se necesitaría de un segundo Bolívar), antes de que Chile, sin embargo de ser el jardín de la América del Sur, pueda ofrecer una residencia agradable y aún segura.

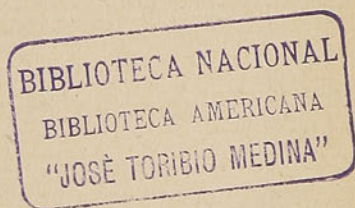
Cuando una nación se ve así convulsionada por la guerra civil, la prudencia parece aconsejar a los extranjeros todos el deber de alejarse de la contienda; con más razón cuando han entrado a su servicio al tiempo en que se hallaba unido para combatir al común enemigo, y con expresa o implícita declaración de que han de servir sólo contra él. En las luchas intestinas, como en los pleitos de familia, se encuentran de ordinario faltas en ambas partes; y el extranjero, en uno y otro caso, que imprudentemente se interpone, con toda seguridad ha de considerársele de más cuando se produce la reconciliación. Si se mostró activo y celoso en la causa a que se ha plegado, llegará a ser aborrecido por ambos partidos y considerado como incendiario; y si ha recomendado la moderación con el precepto o el ejemplo, será despreciado y se hará sospechoso, tanto por amigos como por sus antagonistas, de

complaciente y espía. Ninguna guerra de facciones, salvo en su propio país, puede interesar lo bastante a un hombre (dejando aparte motivos mercenarios) para servir de plausible excusa, aún para él mismo, y continuar sirviendo como partidario.

Solicité y obtuve licencia para ausentarme, a fin de visitar Europa, en Noviembre de 1829, siendo entonces lo único difícil de discernir quién era, *bona fide*, el legítimo presidente de Chile, porque había dos que se jactaban de este elevado título, acampados a la cabeza de sus respectivos ejércitos en el Llano de Portales y en el estero de Pudahuel; en tanto que el tercero, que era jurisconsulto de profesión, y, en consecuencia, poco versado en asuntos militares, había escapado a la tormenta que se aproximaba y refugiándose a bordo del *Aquiles*, bajo la doble protección del estandarte nacionalizado al tope del palo mayor y de la insignia del vicealmirante Wooster en la proa del bergantín.

Después de una excelente travesía de cerca de cuatro meses, durante la cual pasamos muy cerca de Juan Fernández, el Cabo de Hornos y Pernambuco, además de tocar en Río Janeiro, desembarqué en Portsmouth, en la primavera de 1830, al cabo de trece años de ausencia.

FIN



ÍNDICE

¿QUIÉN FUÉ EL AUTOR DE ESTE LIBRO?..... V

CAPITULO PRIMERO

Lord Cochrane y la Escuadra.—Entra el autor al servicio de Chile.—La Escuadra chilena se hace a la vela para Acapulco.—Islas de la Plata y Cocos.—Captura de un falucho pirata.—Golfo de Fonseca.—Volcanes en la costa de Tehuantepec.—*El Araucano* detenido en Acapulco.—Lord Cochrane penetra en la bahía.—Descripción de Acapulco.—*La Independencia* y el *Araucano* enviados a California.—Islas de las «Tres Marías».—Captura de un cañero español.—Comisión para el Cabo Sanlúcar.—Desgraciada expedición en tierra.—Declaración de independencia en California del Sur.—Motín y pérdida del *Araucano*.—Guaymas, en el golfo de California.—Partida para Chile.—Llegada a Coquimbo. 1

CAPITULO II

Valparaíso.—El Puerto.—El Almendral.—Quebradas.—Aldea y cementerio ingleses.—Fuertes San Antonio y el Barón.—Mercado en la Recova.—Vientos de verano e invierno.—Numerosos naufragios.—Niño salvado por los huasos.—Navíos naufragos.—Temblor de 1822.—Continua elevación de las capas terrestres en la costa.—Adobes.—Carretas de bueyes.—Arrieros.—El poncho..... 33

CAPITULO III

- Traje de los huasos.—Supersticiones.—Chinganas.—
 Carreras de caballos.—Bailes nacionales.—El rodeo.
 —Marca del ganado.—Toros bravos.—Destreza de
 los jinetes.—Caza con halcón.—Caza de la vicuña.
 —Viñedos de Chile.—Exportación de caballos.—
 Charqui.—La polilla.—El escorpión y la tarántula.
 —El río Biobío.—Habitantes de Santiago.—El es-
 trado.—Bebida del mate.—Trajes de las chilenas.. 61

CAPITULO IV

- Camino de Valparaíso a Santiago.—Cuesta de Zapa-
 ta.—Aspecto matinal de Casablanca.—Cajón de Za-
 pata.—Bustamante.—Madera de espino.—Cuesta de
 Prado.—Llano de Santiago.—Vista de los Andes.
 —Estero de Pudahuel.—Entrada a la capital.—
 Plaza mayor.—Aguadores.—Edificios públicos.—Es-
 cuelas.—Plata labrada de las iglesias.—Penitencia
 pública.—Cargando la cruz.—Festividad de Corpus
 Christi.—Procesión de San Pedro por el mar.—Casa
 de Ejercicios..... 79

CAPITULO V

- Río de Santiago.—El Tajamar.—Anécdota de un mar-
 qués chileno.—Paseo de la Cañada.—Cafés.—Impro-
 visadores.—Puente.—El Mercado.—Fuerte de Santa
 Lucía.—Cementerio público.—Crueldades de San
 Bruno.—Modo de transportar la correspondencia en
 Chile.—Vigilantes.—Policía.—Impunidad de las mu-
 jeres criminales..... 97

CAPITULO VI

- Motín a bordo de la fragata *Lautaro*.—Parte la *In-
 dependencia* a bloquear a Chiloé.—Breve pasaje a
 Huechucucui.—El Archipiélago.—Tablones de alerce.
 —Piraguas.—Bocas de Carelmapu.—Bahía de Val-
 divia.—Fuertes.—La ciudad.—Insurrección en Con-

- cepción.— Embarque del Regimiento del Coronel Beauchef.—Isla de la Mocha.—Bahía de Talcaguano.— El capitán Wilkinson herido.— Arribo de Freire a Valparaíso.— Deposición de O'Higgins.— Se retira al Perú.— Freire elegido Presidente..... 113

CAPITULO VII

- Bahía del Callao.— Pasaje del Boquerón.— Castillos.— Casasmatas.— Penurias de los prisioneros patriotas.— Ruinas del antiguo Callao.— Ciudad del Nuevo Callao.— Ciudad de Lima.— Monasterio de Santa Rosa.— Tesoros indígenas.— Afición de las limeñas a las flores.— Sus trajes.— El Conde de Torretagle y su familia en la miseria.— Regreso a Chile.— Anécdota de la Inquisición.— Isla de Más Afuera.— Juan Fernández.— Colonia de penados.— El pescado manta.— El *Lautaro* se hace a la vela para Arica.— Degüello de caballos.— Buque español de corso..... 133

CAPITULO VIII

- La Independencia* se hace a la vela para Talcaguano.— La ciudad y el puerto.— Ventas de niños.— Venancio y los indios araucanos.— Batalla simulada.— Visita de los caciques a bordo.— Embarco de reclutas.— Epidemia a bordo.— Partida para Coquimbo.— Ciudad de La Serena.— Lúcumas.— El buque se dirige a Valdivia.— Oficiales chilenos.— Arribo de la expedición a Chiloé.— Fondea en Chacao.— Pérdida de la corbeta *Voltaire*.— El ejército es derrotado.— El *Tucapel* desmantelado.— La expedición regresa a Valparaíso..... 157

CAPITULO IX

- Expedición del Almirante Blanco.— La última escuadra española dobla el Cabo de Hornos.— Partida para el Callao.— Encuentro con el Almirante Guise.— Se dirige a Manila.— Motín de los *huachinangos*.— Conducen al *Asia* a Acapulco y el *Aguiles* a Valparaíso.— Rendición del Callao.— Bolívar amenaza a Chiloé.—

Freire ataca el Archipiélago.—Desembarco del ejército. — Los buques traban combate con las baterías.—Quintanilla capitula.—El último pabellón español es arriado. — Venta de la escuadra chilena a Buenos Aires.—La fragata *O'Higgins*, capitán Cobbett, se va a pique en el Cabo de Hornos..... 177

CAPITULO X

Preparativos para una excursión a Aconcagua.—Caza de aves acuáticas.—Mirtos de Chile. — Cena en una chacra.—Frutas.—Picaflores.—Tordos habladores.—Gatos silvestres.—Piuchén.—Guanacos y vicuñas.—Lechuzas de madrigueras. — Arbustos y flores.—El león chileno. — Avestruces. — Puentes indígenas colgantes. — Campo de batalla de Chacabuco.—Regreso a Santiago..... 193

CAPITULO XI

El gobierno de Aldunate. — Insurrección de Fuentes en Chiloé. — El *Aquiles* destacado al Archipiélago. — Los indios se pliegan a Aldunate.—Los artilleros entregan el castillo.—Estrecha escapada del *Aquiles*. — Los revoltosos se rinden.—Fuentes intenta suicidarse.—Envío de una Casa de Moneda a Coquimbo. — Dificultades que ofrece su translación. — El *Aquiles* parte para el Callao.—Los Andes al salir el sol.—Huano.—Conspiraciones contra Pinto.—Pelucos y liberales.—Insurrección en Santiago..... 215

CAPITULO XII

Los *rotos* chilenos.—El Congreso se traslada a Valparaíso. — Tumultuosos debates. — Guerra civil en Santiago. — La milicia de Valparaíso. — Motín durante la marcha.—La insurrección sojuzgada.—Exhumación y nuevo entierro de los tres generales Carreras.—Se proclama una nueva Constitución.—Pinto reelegido Presidente.—Se retira a Coquimbo.—Chiloé, Concepción y Coquimbo sublevadas.—Conclusión..... 231

BIBLIOTECA NACIONAL

COLLECTIO MEXICANA

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"



ESTADO 63